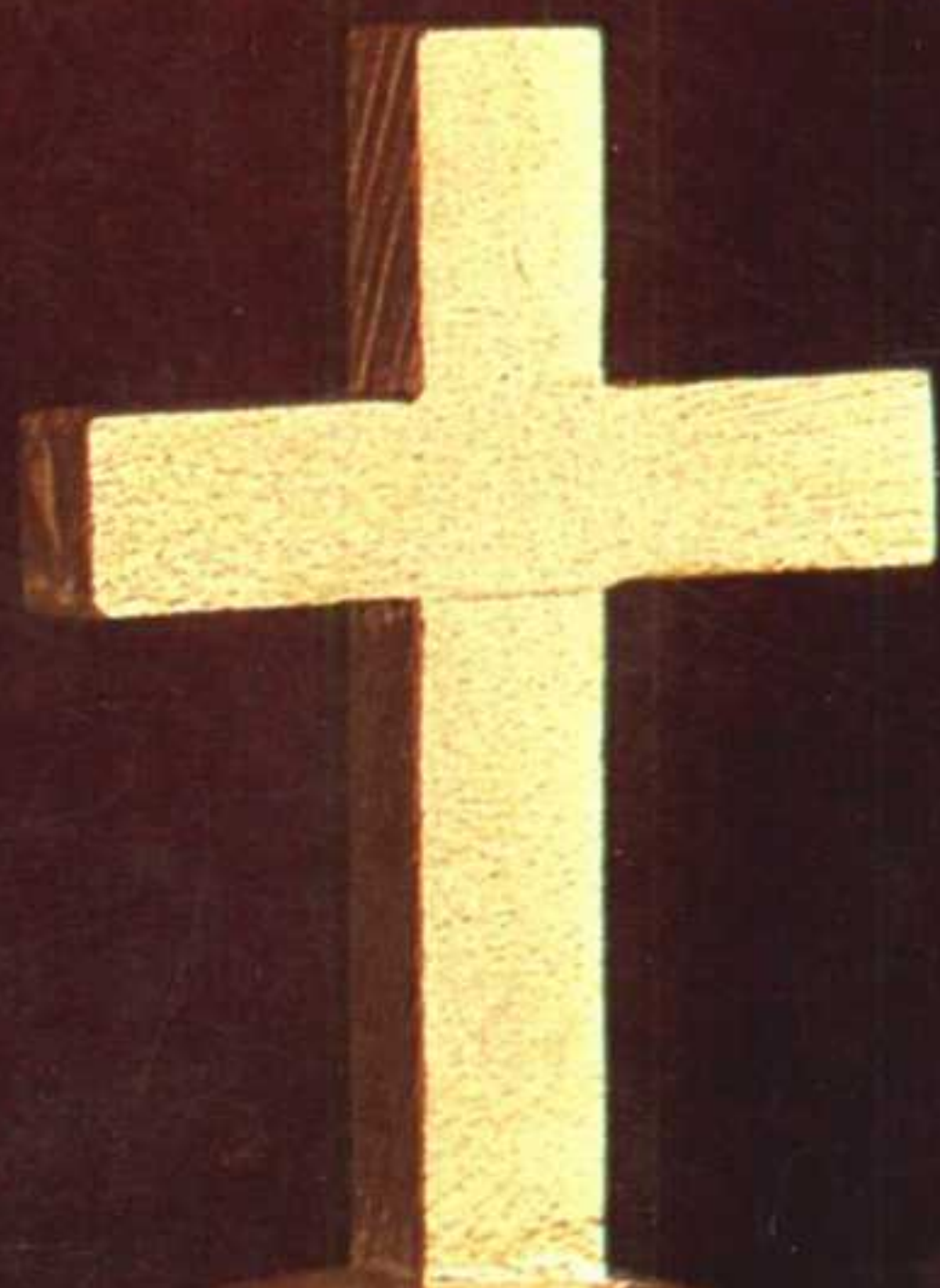


CARLOMAGNO

WOLFGANG BRAUNFELS



BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS



CARLOMAGNO

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

CARLOMAGNO

WOLFGANG BRAUNFELS

SALVAT

Versión española de la obra original alemana: *Karl der Grosse*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag, GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de María José Buxó-Dulce Montesinos.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Indice

	<i>Página</i>
1. Los francos	9
2. El auge de los carolingios	25
3. Las victorias de Carlos	36
4. Campañas contra aquitanos, lombardos y árabes	42
5. La guerra contra los sajones	49
6. El sometimiento de Tasilón	55
7. Campañas contra los ávaros	62
8. Los inicios del arte carolingio	65
9. Personalidad y programa cultural	71
10. Coronación Imperial	88
11. El anciano emperador en su palacio de Aquisgrán	96
12. Los talleres de la Corte	128
13. El tesoro de Carlomagno	150
14. Decadencia y disolución	160
Cronología	179
Testimonios	181

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1985.

© Rowohlt Taschenbuch Verlag, GmbH, Hamburgo, 1972.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8201-5

Depósito legal: NA-956-1985

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49. 08029 - Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.

Printed in Spain



Carlomagno

La figura de Carlos I, conocido como Carlomagno, rey de los francos y de los lombardos, y más tarde emperador del llamado Sacro Imperio Romano Carolingio, ocupa un lugar central en la historia de los siglos VIII y IX de Occidente. Hijo del rey de los francos Pipino el Breve, a la muerte de su padre (768) compartió el reino con su hermano Carlomán, a cuyo fallecimiento se convirtió en soberano de los estados francos y llevó a cabo una continua expansión de sus territorios. Primero se dirigió contra Sajonia (772), al año siguiente emprendió una expedición a Italia y en 774 adoptó el título de rey de los lombardos. En 776 concluyó la ocupación del norte de Italia, volviendo después de nuevo contra Sajonia, país al que organizó en Marca. En la primavera de 778 mandó una doble expedición a España, pero fue rechazado en Zaragoza y su retaguardia aniquilada por los vascos junto a Roncesvalles. El eco de esta derrota provocó la insurrección de diversos pueblos sometidos y Carlomagno tomó duras represalias contra ellos. Dos nuevas expediciones a Italia le permitieron hacerse reconocer por el duque de Spoleto (781), así como, años después, afianzar su poder sobre el ducado de Benevento y dar su forma definitiva al Estado pontificio. Tras numerosas campañas para sofocar diferentes sublevaciones en los territorios conquistados, derrotó a los ávaros (795) y ocupó progresivamente la zona pirenaica de Cataluña, fundando en ella la Marca Hispánica. Por esta época, Carlomagno gozaba ya de un inmenso prestigio y, tras ayudar al papa León III, fue coronado emperador en la Navidad del año 800. Emprendió entonces una amplia tarea de reforma para forjar un Occidente cristiano provisto de un mismo sistema institucional. Tras plantear la división del Imperio entre tres de sus hijos, Carlomagno murió en su palacio de Aquisgrán, ciudad en la que se conservan algunas de las muestras más importantes del arte que floreció bajo su impulso.

Foto Ann Bredol-Lepper, Aquisgrán

◀ Busto-relicario realizado para cubrir el cráneo del emperador Carlomagno (h. 1350). Cámara del Tesoro de Aquisgrán.



Detalle de la estatua ecuestre del emperador Carlomagno, conservada en el Museo del Louvre, París.

1. Los francos

Antes de que Clodoveo forjara su reino y le diera un programa político tras ser bautizado en la fe católica en la Navidad del año 496, en Reims (el año no es seguro, aunque se sabe que fue antes del 506), el pueblo de los francos — nombre que se había dado a sí mismo y que significa «los libres», o «los no atados»— ya tenía más de 250 años de existencia, existencia plagada de enfrentamientos, con muchas victorias y también derrotas. En efecto, bajo el emperador Gordiano III (238-244) los francos fueron derrotados por primera vez, «hasta la aniquilación», por Aureliano, tribuno de la Legio Gallicana y más tarde emperador, tal como escribe un cronista (*Historia Augusta*, 7, 1-2). Más tarde, en época de Valeriano (253-260), vemos cómo en atrevidas incursiones llevan su acción devastadora hasta España y Africa y, después de la muerte de Aureliano (275), ocasionan en diversas ciudades galas la más fiera devastación que hasta entonces habían conocido. Encontramos también a los francos aliados ocasionalmente con los romanos para la defensa de un orden al que pocos años más tarde combaten. Los historiadores que se ocupan del Bajo Imperio Romano describen asombrados su inmovible valentía, sólo quebrantada por la muerte. Esta bravura, alimentada por la religión, por las costumbres y por cierto sentimiento de superioridad, determinó su imagen del mundo, que encuentra su más clara expresión en los versos que inician el código legislativo de los francos salios. Durante siglos debieron ser cantados, e incluso reformados, hasta que, traducidos bajo Pipino el Breve en 763-764, adoptaron la versión latina que ha llegado hasta nosotros. Son estos:

«El insigne pueblo de los francos, fundado por Dios creador, bravo en las armas, firme en la alianza, hondo en el consejo, noble en el cuerpo, de porte impávido, avisado, ágil, impetuoso, joven en la fe católica, libre de la hechicería, se esforzó mientras todavía conservaba las costumbres bárbaras en encontrar las llaves de la sabiduría por inspiración de Dios y procuró atenerse a la equidad según la forma de sus costumbres y guardar la devoción.

«¡Salud a aquel que ama a los francos! — *Vivat qui Francus diliget*—. Que Cristo guarde su reino, llene a su caudillo de la luz de la gracia, proteja al ejército, robustezca la fe; que el Señor de los poderosos le ofrezca la alegría de la paz y tiempos de dicha... Del durísimo yugo de los romanos liberaron los francos, luchando, su cerviz y, tras recibir el bautismo, adornaron con oro y piedras preciosas los cuerpos de los santos mártires que los romanos habían quemado con el fuego o herido con la espada o echado a las fieras salvajes para que los desgarraran.»

Cuando en el crepúsculo de la Edad Antigua los poetas y los padres de la Iglesia describieron a sus contemporáneos el más allá como verdadera patria e intentaron que el arte plasmara tal idea, lo terrenal y lo sobrenatural formaron una unidad para los francos. Lo sagrado se hacía presente y efectivo en las reliquias. La religión cristiana les enseñó a entender la magia de las formas y de los metales, expresada a través de preciosas envolturas. Los ornamentos, tanto los de creación propia como los de imitación, nos indican que lo sagrado estaba cercano a ellos, aunque lleno de misterio y más entrañado en criptas, tumbas y cuevas que en el cielo, en el paraíso.

El año 454 después de Cristo representó para los francos la rotura de los diques que les contenían. Las líneas romanas y el mismo sistema de defensa se derrumbaron. Después de la muerte de Aecio, el asalto fluyó hacia el Oeste. Una nueva nación surgió como conjunto de pueblos fraccionados en las luchas defensivas contra los amenazantes sajones y frisonos en el Norte y en los territorios costeros, y en las luchas ofensivas contra las últimas posiciones de la soberanía romana. Los francos se dividieron en la tribu de los salios, entre el Mosa y el Somme, y la Francia Rinensis, entre el Mosa, el Rin y el Mosela. De las clases selectas de los salios surgió la estirpe de los merovingios, a la que dio nombre el rey legendario Meroveo, soberano que vivió, en realidad, seguramente después del siglo V, y del cual relatan los cantares que había sido hijo del rey del Mar y padre de Childerico. Vemos combatir a los últimos jefes militares romanos Egidio y Siagrio, en la Galia, y con la ayuda de Childerico, entre 460 y 480, enfrentarse tanto a los visigodos en el sur de Francia como también a los sajones. Estos habían atravesado el canal y avanzado por lo que más tarde sería Normandía y, llegando hasta el Loira, habían tomado Angers. Los mismos sajones, que poco antes habían conseguido llevar a cabo la conquista de Inglaterra, serán desde un principio los grandes rivales de los francos en la herencia de Roma.



Clodoveo, (465-511), hijo de Childerico, venció a Siagrio en el 486. La corriente de los guerreros y campesinos francos se extendió sin freno hacia Occidente. París se convirtió en la nueva capital, y Soissons, —donde Siagrio había residido—, Reims y Orleans fueron elevadas al rango de residencias secundarias de la Corte. Con la elección de su capital —igual que antes hicieran los reyes de Borgoña con Lyon, y los reyes godos con Toulouse—, Clodoveo asumió un programa de gobierno extraño y nuevo para los francos. El centro del poder merovingio se extendió desde el Rin y el Mosa hasta el Sena, en el territorio situado entre el Sonne y el Loira. Este traslado significó pasar de un área ocupada en su mayor parte por germanos a otra en la que predominaban los galo-romanos. Sobre estas bases, Clodoveo llegó a formar un gran imperio mediante campañas rápidas y extensas. Las victorias decisivas fueron obtenidas contra los alamanes en el Sudeste y los visogodos en el Sudoeste. Los adversarios de los merovingios no eran ya los romanos, sino los príncipes germanos.

Estas victorias condujeron al mismo tiempo a dos decisiones de trascendencia para la historia mundial, pues aseguraron la estabilidad del reino franco. Después de la victoria sobre los alamanes, Clodoveo se hizo bautizar en Reims por el obispo Remigio (que más tarde fue venerado como santo). Conocemos la fecha: fue el 25 de diciembre, fiesta de la Navidad (el mismo día en que, varios siglos más tarde, tendría lugar la coronación de Carlomagno como emperador en Roma). En realidad, lo que no conocemos es el año. Los cálculos modernos lo sitúan entre 496 y 506, años en los que Clodoveo batalló durante varias campañas contra los alamanes. Después de la victoria sobre los visigodos en el 507, en Vouillé, Clodoveo recibió en Tours las insignias consulares que el emperador bizantino, con sagacidad, le había enviado. Tanto en calidad de rey cristiano y católico como en cuanto cónsul romano, tomó posesión de la herencia de la alta cultura de la Antigüedad, y con ello creó una síntesis que influyó en todos los órdenes de la vida.

La obra de Clodoveo fue continuada por sus cuatro hijos, Teodorico, Clodomero, Childeberto y Clotario. En 531, Teodorico y Clotario conquistaron el reino de los turingios e hicieron retroceder a esta tribu hasta el norte del Main, del mismo modo que antes los alamanes les habían empujado hacia el Sur. Así surgió Franconia, la única región que ha conservado el nombre de los francos en territorio alemán. También Baviera se convirtió en dependiente de los reyes merovingios en el siglo VI. En Sajonia, al este del Rin, se alternaron durante siglos los éxitos con las derrotas. Solamente los frisones —única tribu germánica que no había emigrado— se resistieron a la anexión. Este pueblo de la costa no fue vencido hasta la época de los carolingios, convirtiéndose a la fe cristiana.

Si se observa la población del nuevo reino franco desde el punto de vista de la intensidad de la colonización franca, se pueden distinguir tres territorios: el Este, colonizado por los germanos; el Centro, de población mixta, y el Oeste, con una colonización galo-romana en su mayor parte. La cuestión de cómo delimitar las fronteras de estos tres territorios y qué grado de mezcla podemos suponer en cada uno de ellos es una de las más discutidas entre los investigadores. Sólo la densidad de tumbas francas puede dar algún tipo de información verosímil, aunque éstas sólo han podido ser localizadas e investigadas en una pequeña proporción. Cabe advertir una frontera entre las gentes exclusivamente francas y que más tarde hablaron «thiv-disc», o alemán, por una parte, y aquellos que se valían principal-

mente de la «vulga romana lingua» y más tarde de la lengua francesa. Esta se había estructurado antes de finalizar el siglo VIII, y ya no se transformaría de modo esencial posteriormente. Tal divisoria puede servir también como frontera entre los territorios del Este colonizados por los germanos y esa zona central poblada de modo mixto. Se la ha descrito como una línea de equilibrio que sirve de base a la hipótesis de que, en cada caso, la parte de población más fuerte impone su lengua a la más débil.

El núcleo del poder merovingio estaba situado al oeste de esta frontera, llegando hasta el Sena. Esta cuenca presenta la mayor densidad colonizadora, a la vez que se pierde casi todo el ascendiente demográfico-político más allá del Loira. Los condes francos quedaron en situación de extraños en tal zona. El proceso en cuyo transcurso fue absorbido el estamento conquistador franco por la población galo-romana quedó casi concluido en el siglo IX, también en el territorio central. Esporádicamente oímos hablar de que algunas familias nobles enviaban a sus hijos a los conventos alemanes a estudiar para que pudieran conocer de nuevo la perdida lengua materna. Aun cuando los merovingios de finales del siglo VI habían establecido ya la diferencia entre el reino de Neustria, en el Oeste, y Austrasia, en el Este, no se había querido significar con ello la existencia de fronteras etnográficas de ninguna clase. Sin embargo, se daba el caso de que Neustria —a la cual, en el curso de distintas divisiones del reino entre los hijos de los reyes, se había añadido Borgoña— seguía siendo un territorio predominantemente galo-romano, mientras que Austrasia era mayoritariamente germánica. De ello se desprende que la nueva estirpe soberana de los carolingios, que procedía de la nobleza austrásica, tenía mayores perspectivas de éxito en su lucha por el poder que todas las familias contrapuestas de Neustria, ya que podía apoyarse en unos seguidores germánicos homogéneos.

La herencia más funesta que Clodoveo había dejado a sus hijos y nietos fue el mismo derecho sucesorio franco. En la época precedente de las guerras entre pueblos, había tenido poca importancia el modo en que un príncipe, a su muerte, repartiera entre sus hijos sus posesiones de armas, joyas y ganado, así como su séquito, que estaba ligado a él por juramento. En la guerra se volvían a encontrar todos juntos y se sometían espontáneamente al que había triunfado.

Se ha hablado de alianzas de personas, no de estados, para las cuales era adecuado este derecho sucesorio. El fracaso de los merovingios, que tuvo trascendencia en la historia mundial, y

posteriormente el de los últimos carolingios, surgió del hecho de que una generación no logro ponerse de acuerdo sobre el reparto de los territorios de soberanía; y la frecuente variación de las fronteras añadía nuevas dificultades a la administración de esos territorios.

En efecto, las particiones hereditarias muestran que los francos siempre habían considerado su patria la tierra desde el Loira hasta el Main, en la cual a veces se incluía parte de Borgoña, del mismo modo que Aquitania y Provenza eran considerados territorios conquistados, como Alemania y más tarde Baviera. Aún bajo Carlomagno se señalaba la Francia del sur como tierra de los romanos. Al igual que en Borgoña con los burgundios, el estrato gótico superior fue rápidamente absorbido en Aquitania, si bien nunca fue expulsado.

Dos características diferencian por encima de las demás a la nueva soberanía franca en la Galia de la romana precedente. Ambos rasgos son de naturaleza sociológica. Así como en el mundo de la Antigüedad fue avanzando el cristianismo de abajo hacia arriba, desde los esclavos y extranjeros a los señores y ciudadanos romanos, en el estado franco, como en la Inglaterra anglosajona, el camino fue el contrario, de arriba hacia abajo. El rey fue el primero en convertirse; después, le siguió la nobleza; más tarde, el grupo de los libres, y, por último, el pueblo más humilde, semilibre, que se había mantenido fiel durante mayor tiempo a los antiguos ritos y usos, y que en algunas partes de Alemania y Escandinavia nunca había sido cristiano del todo. La adopción del cristianismo por la clase superior no solamente tuvo como consecuencia que los reyes francos mantuvieran la organización eclesial y que donde estuviera quebrantada la restaurasen, sino también que la nobleza franca entrara en estrecha relación con las familias de los senadores romanos que aún perduraban. Estas ocupaban en el sur de la Galia los obispados y abadías más importantes, y desde allí también habían reorganizado los obispados en el Rin, Mosa y Mosela.

El cristianismo fue en Francia un signo de posición social. A través de todos los desórdenes y crueldades de la soberanía merovingia se entrevera continuamente la sensación de que el ejercicio de las virtudes cristianas es una señal de conducta distinguida. Junto a la lucha por el poder se formalizó la exigencia de una legitimación por medio de una consagración ritual. Tam-

Detalle de una pintura mural del siglo IX que representa a un noble franco. Benedict in Mals, Vintschgau.



bién pertenece a las virtudes cristianas, aunque a menudo dificultado por las exigencias ascéticas, el cuidado de los bienes culturales, en el que sólo podían remitirse en todos los aspectos a los criterios romanos.

La segunda característica se hace notoria cuando se analiza el comportamiento del rey para con su séquito de nobles y el de la nobleza con los propietarios de las tierras y los campesinos libres y semilibres. Se ha refutado hace mucho tiempo que la construcción del reino merovingio fuera sobre todo obra de los reyes. Estos nunca pudieron prescindir de la ayuda voluntaria de los grandes, siendo, por tanto, dependientes de ellos. Dichos grandes eran apoyados por un séquito de hombres libres que se asentaban en tierra propia y que consideraban inviolables sus derechos hereditarios. Los escritores de la época final del Imperio Romano se quejaban de que los colonizadores y los esclavos de las grandes haciendas se sometían con gusto a los conquistadores germanos para escapar de la enorme presión fiscal del Estado y de la dependencia de las familias senatoriales.

En efecto, el siervo de la gleba no perdía del todo su libertad y muchos ascendían hasta recuperar la condición de campesinos libres. Las necesidades del estado romano iban imponiendo sobre el particular cada vez mayores cargas y, por el contrario, los estados germanos habían nacido en el curso de guerras en las que el particular, como recompensa por sus servicios militares, recibía una tierra en la cual podía desarrollar libremente su actividad. El resultado fue que a un aumento rápido de la población romanizada en los siglos IV y V correspondió una disminución igualmente veloz en los siglos VII y VIII, lo cual crearía las premisas del auge de los carolingios.

En el largo periodo de las guerras, tanto defensivas como ofensivas, entre ambos pueblos se encontraron frente a frente dos culturas que tenían poco en común y que, sin embargo, se dispensaban admiración mutua, tal como Tácito manifiesta al referirse a las costumbres germánicas y a los mercenarios germanos y compararlas con el modo de vida romano. De la misma manera, la conducta y la filosofía de Gregorio de Tours, como la de los reyes merovingios, cuyos hechos describe en sus diez libros *Historia de los francos*, están determinadas por diversas mezclas de ambas formas culturales.

Con la toma del país, la cultura primera de los francos no destruyó la superior cultura romana, sino que más bien la asimiló. Los deseos de bienestar, las formas de la administración, las ideas de orden procedentes de esa cultura superior eran gratas a los

francos. La imagen tenebrosa que deja la lectura de la historia de Gregorio de Tours y del llamado Fredegario, cuya *Historia Francorum* llega hasta el año 641, nace del hecho de que los merovingios no sabían conservar esos bienes culturales ni transformarlos. No obstante, algunos intentos aislados de regeneración no pudieron evitar, vistos en conjunto, que durante los siglos que duró su soberanía se continuara la labor destructora. Las ruinas se desmoronaban. Sobre las obras de una civilización humillada, volvió a crecer en muchos lugares la vegetación. Al final de su época quedaban menos obras romanas en pie que al principio, y lo que la cultura merovingia había aportado representaba sólo una mínima compensación. Solamente podrían mencionarse aquí los trabajos de forja de armas y joyería de oro. Gregorio de Tours añoraba esta cultura romana que procedía de los antiguos obispos y de la nobleza senatorial, sin que él mismo perteneciera a ella.

En el fondo, todos los reyes merovingios se enfrentaban a problemas casi irresolubles. Sólo habían aprendido una cosa: la lucha, y es digno de admiración que logran reunir una y otra vez para sus empresas bélicas a la dispersa nobleza terrateniente y campesina. Casi todos los adversarios que más tarde los carolingios combatieron y vencieron habían sido también enemigos de los merovingios. En repetidas ocasiones tuvieron que hacer frente a los movimientos de rebeldía de los alamanes, bávaros, turingios, y con la misma reiteración tuvieron que luchar contra los sajones. El reino de los godos en el sur de Francia, Provenza y Bretaña inquietó desde el primer momento al joven estado franco. No existía ninguna frontera segura, ninguno de esos pueblos se conformaba con su destino. El estudioso adquiere la impresión de que las empresas bélicas, su preparación, su realización, la remuneración del séquito, los tratados que conducían a alianzas o nuevas guerras reclamaban toda la atención y la actividad de aquellos reyes.

Para las tareas administrativas no tenían vocación, ni tiempo, ni capacidad. El ancho país quedó abandonado a su suerte. Las ciudades llevaban bajo el control de sus obispos una vida propia que es difícil imaginar, sobre todo cuando cada breve época de florecimiento aumentaba su valor como botín, en forma desproporcionada a la capacidad defensiva del pueblo que sobrevivía tras las murallas romanas destruidas repetidamente.

El tamaño de esas ciudades sólo se puede calibrar indirectamente por el número de sus iglesias y monasterios. Tenemos noticia de unos dieciséis en París, de treinta en Vienne, de doce en

Le Mans, de ocho en Lyon, y en Metz, Tréveris, Colonia y Tours, siete en cada una.

A los francos les era tan difícil estudiar la Antigüedad como les era difícil a los galo-romanos defenderla. Causa cierta emoción el ver cómo ambos se esforzaron en ello.

Los artistas de la época merovingia se encontraron enredados y estimulados en una confrontación, a la vez inquietante y atrayente, con la destruida antigüedad mediterránea. Si los reyes merovingios, y después con mayor decisión los carolingios, buscaron la alianza con lo antiguo y lo sagrado, fue porque creían, como más tarde sucedería en toda la Edad Media, que únicamente la Antigüedad podía ofrecer ornato no sólo a la Iglesia, sino también a toda autoridad legítima. Siempre que estas gentes intentan trabajar con técnicas, materiales o figuras que les son ajenas, obtienen un resultado torpe. Sus trabajos no proceden de una tradición larga y cuidada, sino que resultan en cada caso concreto del intento de imitar el modelo de la Antigüedad. La inseguridad desaparece principalmente allí donde la gente puede recurrir a una tradición propia, o al menos a unas experiencias artesanales genuinas. Esto es válido para la construcción de casas, palacios e iglesias de madera, sobre la cual a través de los cimientos enterrados, sólo sabemos que era sencilla. Sirve esto también para la cerámica de los pueblos germanos, que, por cierto, continuó siendo austera en el uso de las formas de adorno. Tal criterio vale en primer lugar para los trabajos de armeros y orfebres, cuyo desarrollo se ha transmitido hasta nosotros en una sucesión casi ininterrumpida de hallazgos de tumbas desde el siglo V hasta el VIII. Está relacionado con la mejor comprensión de la fe cristiana el hecho de que, desde finales del siglo VIII, las ofrendas funerarias se hacen más escasas, para cesar del todo poco después. En su lugar aparecen piedras y cruces funerarias, según el modelo romano, que también fueron utilizadas por los francos desde su conversión. Sin embargo, las hay también «paganas».

La imagen histórica de los reyes merovingios quizás haya quedado empañada por el hecho de que durante más de un cuarto de milenio, durante el cual gobernaron su reino por lo menos nominalmente, fue desvirtuada por monjes y príncipes de la Iglesia, los cuales, por su formación latina y eclesiástica, se consideraban superiores a ellos y condenaban la mayoría de sus actos como crímenes bárbaros. Esto sucede sobre todo con Gregorio de Tours, el historiador más importante de la época (583-594). Es válido también para Eginhardo —que escribió una



Fíbula de lino del siglo XVI. Biblioteca Nacional, París.

Vida de Carlomagno hacia el año 830—, cuya descripción del más débil de estos reyes dejó sin embargo un recuerdo más intenso que el de cualquier otro:

«Al monarca no le quedaba otra misión que, contentándose con el simple nombre de rey, sentarse en el trono, portando largos cabellos y una barba crecida, y representar el papel de señor, escuchar a los emisarios venidos de todas partes y darles a su partida las respuestas, aprendidas o impuestas, que le señalaba a su arbitrio el mayordomo, y como medios de vida poseía sólo como propios una pequeña parte de los bienes correspondientes a la Corte. Estos últimos servían para mantener un palacio y un pequeño número de siervos que le procuraban con ello lo más indispensable y le servían. Cuando tenía que viajar lo hacía en un carro, del cual tiraba un buey uncido a un yugo, y al cual conducía un pastor de ganado según el uso campesino. Así iba tanto a palacio como a la asamblea comunal, que se reunía una vez al año para bien del reino, y así volvía a casa.»

Eginhardo describió en este rey al último merovingio, Childe-rico III, al cual pusieron en el trono Pipino y Carlomán. Un cronista bizantino, Teófanos el Confesor, ha interpretado mal la peculiaridad regia de llevar cabellos largos en su *Crónica*, escrita en 810-814: «Era costumbre principal entre ellos que su señor, al cual ellos también llamaban rey, sólo regía de nombre y no hacía ni ordenaba nada, sino que solamente comía y bebía sin medida. No abandonaba nunca su palacio. Sólo el día 1 de mayo ocupaba la presidencia en la asamblea popular, la saludaba y recibía su homenaje, y así transcurría su vida privadamente hasta el mayo siguiente. Sus descendientes se llamaban "*crístatae*", que significa "los que tienen vello en las espaldas", ya que tenían pelo en la espina dorsal como los cerdos.»

Las descripciones de disturbios, horrores y debilidades se acumulan en los relatos de esta estirpe y de sus hechos. Sin embargo, aun en el siglo IX brotaba de ella un esplendor tan grande, que Carlomagno dio al hijo, que debía ser su sucesor, después de la muerte de su hermano mayor, el nombre merovingio de Luis (Ludwig, es decir, Clodoveo, también llamado Ludovico Pío) y a su hijo mayor, el de Lotario (es decir, Clotario). Los relatos históricos, las falsas interpretaciones y el brillo legendario que rodean a la estirpe merovingia dependen de su relación con el imperio romano y la antigua cultura, que fueron al mismo tiempo admirados, imitados y destruidos.

Se sabe cuán altamente estimaron los francos a los artistas del metal y cómo les dieron seguridades por medio de leyes especiales. En sus leyendas encontraron un lugar relevante Wieland el herrero y Mime el enano, casi con el mismo rango que San Eligio (Eloy) en la leyenda sacra, que fue una personalidad histórica, orfebre y maestro monedero del reinado de Clotario II y Dagoberto I, que vivió entre 590 y 660, y sobre cuyos trabajos, tanto eclesiásticos como profanos, tenemos información cierta. Debía el obispado de Noyon al favor del rey. Ya Casiodoro describe, lleno de admiración, sus trabajos de forja de largas espadas que fueron enviadas a Teodorico el Grande desde Turingia. A él le parecieron más valiosas que el oro, gracias al arte de preparar el hierro. Estaban tan lisamente pulidas que uno se podía reflejar en sus hojas, tan afiladas y tan limpias que, a la vista, acostumbrada a los trabajos antiguos, parecían más bien fundidas que martilleadas. Se ha demostrado a través de las investigaciones de Eduard Salin que los merovingios habían desarrollado nuevas técnicas de forja, comprendiendo el filo de las hojas adamascadas, conseguido con un material más duro.

No está del todo aclarado lo que motivó a los francos a llevarse consigo a la tumba sus armas y sus joyas, además de utensilios diversos. ¿Se quería con ello honrar al difunto? ¿Iban a disfrutar de ellas en el más allá? ¿Les protegerían sus fuerzas mágicas de los poderes de las tinieblas? Aun en la época de Tácito los germanos quemaban a sus muertos. El enterramiento no parece que haya aparecido o que se haya recuperado hasta que se produce el contacto con la Antigüedad. Y, sin embargo, lo hicieron suyo rápidamente todos los pueblos germánicos. El poder y la posición social de cada guerrero, de su mujer y también de sus hijos se hacen patentes en las ofrendas que cubrían su tumba. A menudo, la rica tumba de un caballero se encontraba rodeada de las de muchos siervos que sólo estaban provistos de puñal y lanza. En otros lugares yacían juntos muchos hombres libres de mediana fortuna. De ello se podía deducir la estructura de población. Existían granjas particulares y pueblos en los que vivían propietarios de tierra capaces de defenderse. Finalmente, el cambio de los conceptos generales acerca de lo que había después de la muerte, así como una mejor comprensión de la fe cristiana, determinó que a finales del siglo VII y en el transcurso del siglo VIII las tumbas con ofrendas se hicieran menos frecuentes, a la vez que abundaban cada vez más las lápidas funerarias, que eran también imitaciones del arte romano, y en las que iban penetrando a la par el simbolismo germano-pagano y el cristiano.

El testimonio más sorprendente de este arte funerario germánico ha sido hallado en Hornhausen, Turingia. Los ejemplos comparativos no son suficientes para establecer la fecha exacta y el sentido de lo representado. ¿Se trata de un dios o de un príncipe, una losa funeraria o un monumento a los dioses? Lo único que es seguro es el carácter no cristiano, o quizás anticristiano de la representación. Se ha pensado en Wotan, que cabalga sobre ese caballo grande con cabeza pequeña, llevando lanza, espada y escudo, tal como ocurre en las representaciones ecuestres chinas.

Debajo del suelo está el reino de las serpientes. El dominio de los planos y la seguridad con que se determinan los ritmos contrarios de arriba-abajo entre ellos acentúan la impresión.

El cristianismo —igual que más tarde el Islam— es una religión de textos. No se podía llevar a cabo ningún servicio religioso sin libros; ningún obispo ni sacerdote podía cumplir su cometido sin ellos; ningún convento podía vivir su regla sin textos. Dondequiera que la nueva fe se hizo firme hubo que distribuir libros. También los misioneros los llevaron consigo. Y, en conse-

cuencia, ninguna otra rama del arte y de la cultura romanos padeció de modo tan manifiesto la labor destructora de los germanos como la escritura y la producción de libros. Los hombres de pluma no pudieron proteger sus textos de los hombres de espada, que destruyeron con una furia especial lo que para ellos era incomprensible e inútil.

Así, no sorprende que el libro más antiguo que se conserva de todo el reino franco esté fechado en 669. Se trata de un códice del monasterio de Luxeuil, que se encuentra actualmente en la Biblioteca Morgan, de Nueva York, y que es más valioso que cualquier joya. Se sabe que el irlandés Columbano fundó ese importante santuario de la cultura ya en el 590. Debemos contar aquí también con grandes pérdidas ocurridas durante el tiempo intermedio. Sin embargo, sorprende el pequeño número de escritores del reino franco y de Italia de los que nos han quedado libros desde finales del siglo VII. Se conocen sólo dos en Italia: Verona y Bobbio, y tres en el reino franco: Luxeuil, Corbie y Tours. En ellos son raras las representaciones de figuras. Las que aparecen dan a entender que estos monjes buscaban sus modelos en los manuscritos italianos, que adquirían para las bibliotecas de sus monasterios con ocasión de sus peregrinaciones a Roma.

Los escritores —casi siempre pintores— estaban más familiarizados con la expresión pictórica del pincel que con el lenguaje más duro de la pluma. Sus colores son claros, exuberantes, fluidos. El verde, el ocre, el rojo cinabrio luminoso —y esto vale sobre todo para las orlas decorativas de Luxeuil— confirman la impresión de que no están distribuidos en planos grandes o limitados con precisión, sino que han sido pintados con pequeños toques de pincel muy superficiales. Apenas se encuentra un solo motivo que se haya tomado del arte ornamental germánico. La imagen, la referencia a lo tierno, nada vigoroso, corresponde, junto a los animales, a rosetas rodeadas de flores y hojas, con lo que se explaya la alegría ingenua del adorno en formas poco claras.

Los monjes que pintaron los ramos de flores, los pavos reales y las rosetas eran hombres sencillos. No procedían de la estirpe vencedora, de los grandes, que encargaban a sus orfebres y herreros los más ricos relicarios y las mejores espadas. Debían de ser humildes hermanos, no abades; servidores escritores llenos de paciencia, y no señores. Tampoco se les puede imaginar como ascetas. Estos monjes están insertos en la historia espiritual de la Edad Media, la cual en este tiempo intenta elevarse, bajo la enérgica dirección de los príncipes, desde la condición histórica de



Losa funeraria hallada en Hornhausen, Turingia. Representa a un caballero —tal vez el dios Wotan— armado con lanza, espada y escudo como en las representaciones ecuestres chinas. Es el testimonio más sorprendente del arte funerario germánico (h. 700).

las personas que permanecen igual dentro de una existencia siempre repetida. Dichos monjes aparecen como niños que, con una alegría inocente y con un impulso creativo aún torpe, juntan los pequeños zarcillos de flores y sus motivos puntillistas para formar simples formas geométricas, y presentan sus muestras en este mundo sencillo y popular.

Este arte infantil no alcanzaría su expresión consciente hasta los primeros carolingios, fecundado por el propósito ornamental, lleno de movimiento, de los celtas y anglosajones. Nos encontramos con obras de una primera cultura antigua, en la cual surgieron las más diversas formas mixtas del contraste con el mundo antiguo mediterráneo y cristiano. El nacimiento de una alta cultura latina que se superpuso a la cultura merovingia primitiva no se produjo hasta la unión de fuerzas que constituye la empresa vital de Carlomagno.

2. El auge de los carolingios

Dos flujos en los cursos del destino atraen la mirada durante todos los decenios del siglo VIII y confluyen en las corrientes de la historia: el auge de los carolingios y la influencia de los monjes anglosajones e irlandeses en el continente. Debemos describir los hechos de Carlos Martel, Pipino III y Carlomagno y las enseñanzas de los anglosajones, entre los cuales sobresalieron Bonifacio (672/73-754), el hombre de la Iglesia, y más tarde, Alcuino (hacia 730-804), el hombre de la cultura.

Carlomagno nació un año escaso después de que Pipino y su hermano asumieran el poder sobre el reino franco, de manos de su padre. El acontecimiento sucedió en los primeros días de abril del año 742 —si debemos confiar en las cuentas de los contemporáneos—, concretamente el día 4 de dicho mes. Tenía veintiséis años cuando en 768 asumió la sucesión de su padre. El 7 de octubre de dicho año recibió la corona en Noyon, el mismo día que su hermano Carlomán lo hacía en Soissons. Cuando Eginhardo, confidente de sus últimos años de vida, escribió poco después de 830 su *Vida de Carlomagno*, —aquella casi clásica *Vita Caroli* para la cual le había capacitado la lectura de Suetonio—, tuvo que confesar que no podía proporcionar ninguna noticia fiable sobre la época de su juventud. Tampoco los anales del imperio aportan dato alguno relativo a la época anterior a su toma del poder, pues sólo se le menciona una vez, con ocasión de la consagración de Pipino III y de sus dos hijos por el papa Esteban II (754) en Saint-Denis. Carlos, de doce años de edad, fue llevado al encuentro del papa —entonces en Saint-Maurice— en Wallis, y le acompañó a reunirse con su padre en la residencia de invierno de Ponthion. ¿Sabemos hoy algo más?

Es asombroso, a medida que sabemos más, y característico de esa época, el que nos parezca cada vez más interesante. Sin embargo, todas las informaciones que tengamos sobre ella no podrán engañarnos en cuanto a que nosotros continuaremos siendo extraños respecto de ese siglo, que era familiar para

Eginhardo. Era igualmente el mundo de Carlomagno, y así surge la cuestión, al principio de su historia, de cómo influía éste en su conciencia, cómo lo vio él y cómo lo había transformado. ¿Hasta dónde alcanzaban sus recuerdos? Paulo Diácono refiere en la historia de los obispos de Metz que Carlomagno era aficionado a que le explicaran hazañas y también relatos de sus antepasados, entre los cuales se contaban Arnulfo de Metz y también Pipino el Viejo, el primer mayordomo de Austrasia de su estirpe. Ambos, en el año 613, se habían encontrado por primera vez en una batalla de la nobleza de Austrasia contra la reina Brunequilda, en el foco luminoso de la historia, y los dos murieron en el año 640.

Los cantos germánicos habían hablado también de ellos, así como de los reyes merovingios; se trataba de aquellos «*barbara et antiquissima carmina quibus veterum regum actus et bella canebantur*», que él hizo recopilar, pero que no han llegado hasta nosotros. Tal como Fredegario refiere, este primer combate de la nobleza, bajo la dirección «*Arnulfi et Pippini vel ceterorum procorum*» contenía un programa. Brunequilda, quizá la figura más sorprendente de toda la historia de los merovingios, hija del rey visigodo Atanagildo, esposa del merovingio Sigiberto I (la cual, después del asesinato de éste, en 575, sostuvo el poder en sus manos enérgicas para sus hijo, nieto y bisnieto), fue una defensora decidida del poder real merovingio. Acabó su reinado teniendo más de setenta años, entregada a Clotario II, después de haber sido abandonada por la nobleza burgundia. Dicho rey, después de torturarla durante tres días, la hizo arrastrar por caballos salvajes hasta la muerte. Según Arnulfo, Carlomagno gustaba especialmente de escuchar relatos de su abuelo Carlos Martel, cuyo nombre llevaba y cuya fuerza privilegiada continuaba viva en él.

En este punto, diríjase la vista al árbol genealógico de los carolingios, tal como lo ha puntualizado cada vez con más precisión la investigación reciente y como seguramente Carlomagno debía recitar de memoria. Las noticias de los antepasados se sitúan en el centro de la conciencia histórica de los francos. Eran aún más importantes para los jefes de las fracciones nobles que para la ya consagrada casa real. El único fragmento que quizá procede directamente del libro de los cantos germánicos de Carlomagno, la *Canción de Hildebrando*, lo atestigua en un verso famoso:

Ibu du mi enan sages, ik mi de odre wet

(«Si tú me dices uno, los demás yo me los sé»).



El emperador Lotario, la imagen más antigua que se conserva de un personaje carolingio. Evangeluario del emperador Lotario. Tours, h. 850.

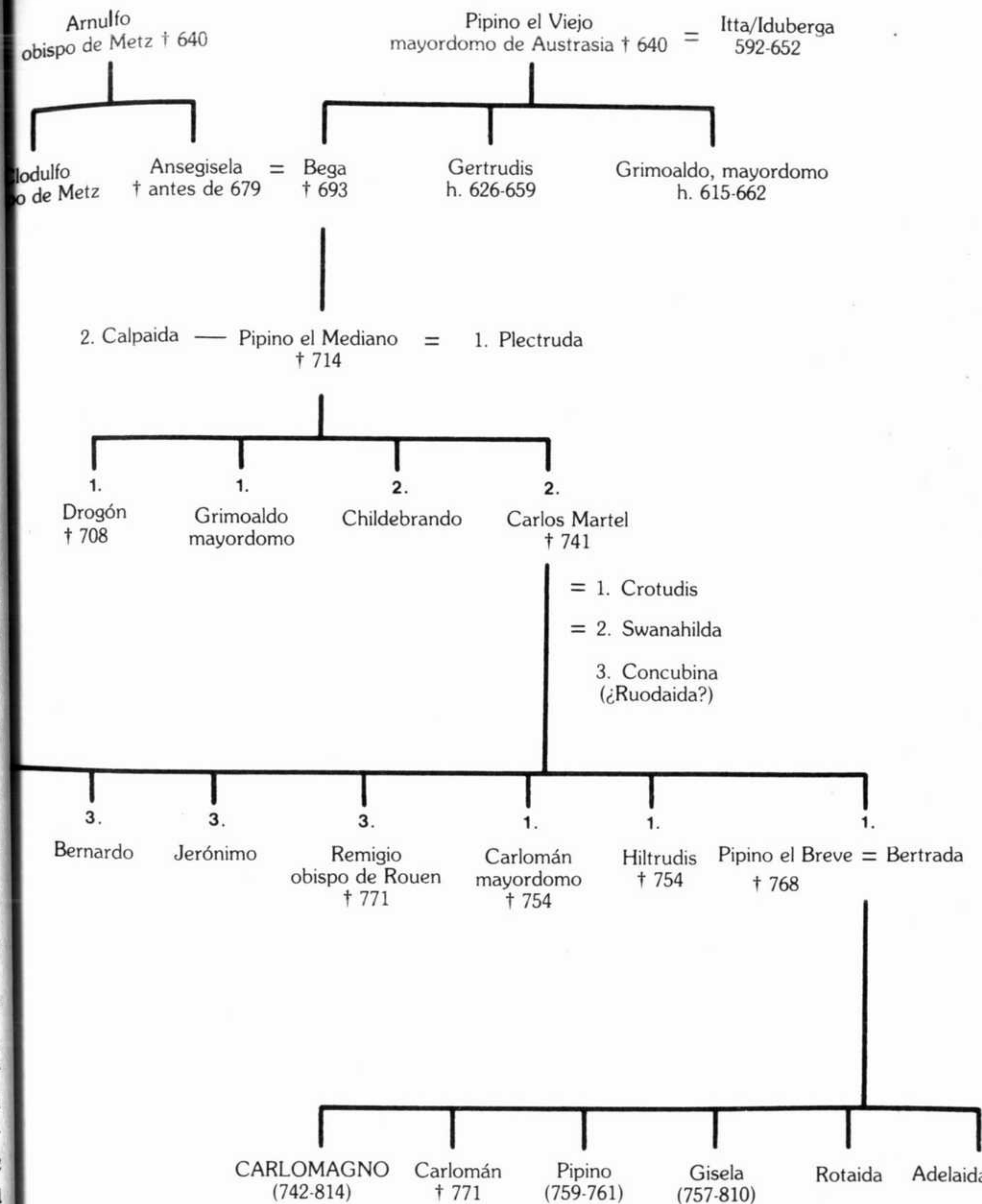
La hija de Pipino el Viejo se casó con el hijo de Arnulfo. Su hijo fue Pipino de Heristal, el joven que venció en 687 en Tectry (Tierry), junto a San Quintín, a sus contrincantes de Neustria, consiguiendo con ello el control de todo el reino franco. Su tío Grimoaldo, verdadero heredero de Pipino el Viejo, empeñado en que su hijo fuera adoptado por el rey merovingio Sigiberto III —que no tenía hijos—, y así ganar ese trono para su casa, fue atraído a una emboscada por los de Neustria y expió su ambición con la muerte en el patíbulo de París en 662. Esto se tomó como un aviso y pudo ser causa de que Pipino el Joven, aunque afianzado en el poder desde su victoria en 687, siempre se comportara como un auténtico rey merovingio para atraerse también los poderes mágicos de la curación real, la victoria, la bendición de la tierra y la abundancia de hijos.

La esposa de Pipino, Plectrudis, era hermana de Bertrada la Vieja, la cual era también abuela de Carlomagno. La casa se enfrentó a una nueva crisis cuando, después de la muerte de Pipino el Joven (714), Plectrudis, desde Colonia, intentó administrar el reino por su cuenta en nombre de su nieto Teudoaldo, menor de edad. La nobleza de Neustria se reveló inmediatamente, y fue una de las mayores suertes de la historia carolingia el que Carlos Martel —hijo de Calpaida, una de las concubinas de Pipino, que debía haber sido muy hermosa— pudiera librarse de su encarcelamiento, reunir seguidores y vencer a los de Neustria en rápidos golpes en 716 en las Ardenas, y en 717 junto a Cambrai; después, a los frisones y sajones, y finalmente, en 732, a los árabes amenazantes, al norte de Poitiers, batalla por la cual entró en la historia universal.

A la muerte de Carlos Martel, las circunstancias se hicieron más fáciles porque los dos hijos de su primera esposa, Pipino el Breve y Carlomán, se habían puesto de acuerdo, con la aprobación de su padre, en repartir el reino únicamente entre ellos. Carlomán se retiró al cabo de pocos años, en 747, primeramente al Monte Soracte y luego al monasterio de Monte Cassino, donde murió poco después.

Carlomán se quedó con el Este germánico, Austrasia, Alemania y Turingia; y Pipino, con el Occidente románico, Neustria, Borgoña y Provenza. La figura realmente trágica entre los hermanos es Grifón —hijo de la segunda esposa de Carlos Martel, la princesa bávara Swanahilda—, al cual sus hermanos sólo concedieron una pequeña herencia, y cuya vida fue una sucesión de revueltas y luchas contra ellos, que no terminaron hasta su muerte en una escaramuza el verano de 753, en Provenza.

ANTEPASADOS DE CARLOMAGNO



Un cuarto hijo, Bernardo, no pudo reclamar ningún derecho por ser hijo de concubina. Y, sin embargo, sus hijos, los primeros más poderosos de Carlos, Adelardo y Wala, se fueron encontrando en la historia de Carlomagno y aun en la de Luis el Piadoso como caudillos, políticos y príncipes de la Iglesia. El mismo Bernardo dio prueba de ser un buen jefe militar.

Después de pasar la vista por el árbol genealógico de la dinastía carolingia, debemos echar una segunda ojeada al mapa del país. Ninguna otra fuente de información nos permite conocer mejor la situación política en la que se encontraron los primeros gobernantes carolingios. Escojo como momento la situación tal como se presentaba alrededor de la mitad del siglo. Carlos Martel se había apoderado de Neustria, Austrasia y Borgoña con pocas batallas. El sometimiento de los frisones hasta el Zuiderzee fue una de las principales realizaciones de su vida. La frontera contra los sajones en el Este, así como contra los bretones en Oeste permaneció insegura durante todo el reinado de Pipino y los primeros decenios de Carlomagno. Aquí se enfrentaron los francos con dos pueblos de cultura muy diferente, a los que constantemente había que volver a someter y obligar a pagar tributo. Primeramente, Carlos Martel consiguió decisivas victorias, extremadamente sangrientas, en 725 y 730, frente a los alamanes sublevados, gracias a las cuales dicha estirpe se anexionó al reino franco definitivamente, aun cuando Pipino el Breve y Carlomagno debieron tomar las armas contra ellos una vez más en 742 después de la muerte de su padre. Para Carlomagno y Luis el Piadoso la aristocracia almana era de igual o casi igual valor que la franca. La elección de esposas, efectuada predominantemente entre casas nobles almanas, lo demuestra.

Baviera permaneció unida al imperio bajo la familia de los Agilulfos, estrechamente emparentada con éste y, por ello, la medida de su dependencia no fue establecida con exactitud bajo Carlos Martel y Pipino. Ni uno ni otro pudieron liberar definitivamente el sur de Francia. Carlos tuvo que luchar aún en 735, 736, 737 y 739 contra los árabes, cerca de Avignon o Narbona. Con la conquista de Narbona, Pipino consiguió expulsar a los árabes de Francia y conquistar Septimania. El sometimiento de Aquitania ocupó los últimos ocho años de su vida, sin que pudiera llevarlo a término.

De los tres reinos germánicos que rivalizaron con los francos en la época de los merovingios para procurarse la sucesión de Roma hubo uno, el de los visigodos, que fue empujado hacia el extremo septentrional de España, en las montañas, a consecuencia

del avance árabe. Los reyes de estirpe visigoda dominaban solamente las fortalezas montañosas de Asturias, desde las cuales empezaron la Reconquista.

El reino lombardo, desde su invasión de Italia en 568, se había expandido sin cesar y empujado a Bizancio e incluso al Papado romano hacia una estrecha zona media, que con la conquista del Exarcado de Rávena, en 751, todavía se empequeñecería más. Había tomado parte enérgicamente en la guerra contra los árabes y desde entonces se sentía muy vinculado a la nobleza de Austrasia por la guerra en común. La Santa Sede, a consecuencia de la irrupción lombarda a mediados de siglo, se vio gravemente amenazada. El emperador bizantino apenas podía considerarse soberano en la Italia media más que de nombre, y sus flotas amenazadas continuamente por las naves árabes, sólo encontraron puertos de apoyo en el extremo sur de la península.

Si se contempla ese mapa desde un punto de vista elevado, se hacen visibles las tres principales empresas de política exterior de la dinastía carolingia. Las dos primeras fueron principalmente militares. Yo las llamaría las guerras franco-germánicas y las guerras franco-romanas. Los visigodos, lombardos, frisones, sajones, turingios, alamanes y bávaros fueron, en diferentes momentos, enemigos de los francos, los cuales, sin embargo, lograron imponerse a todos: o fueron rechazados, como los visigodos, o sometidos como los demás pueblos. Un enemigo acérrimo lo constituyó en el fondo la población romana del sur de Francia. Pero su fuerza se vio quebrantada varias veces por el hecho de que ya en los tiempos de los merovingios había sido subyugada por los visigodos y luego se vio expuesta a los terribles ataques de los árabes.

Durante siglos, Aquitania no pudo ser incorporada al reino franco por completo. Las iniciativas decisivas de liberación estaban aún por realizar, después de que los árabes fueran vencidos y empujados más allá de los Pirineos. Por ello, Pipino el Breve, en sus últimos ocho años de vida, tuvo que trasladarse ocho veces a Aquitania para luchar contra el duque Waifar; también Carlomagno condujo la campaña de su primer año de reinado hacia el sur de Francia, donde Waifar entre tanto había sido muerto por sus propios hombres. Pipino consiguió con su guerra de Aquitania lo mismo que Carlomagno lograría más tarde para Alemania gracias a la guerra contra los sajones. Ambas guerras procuraron la unidad, tanto de la nación franca como de la almana.

La tercera empresa importante para el nuevo poder franco surgió de la necesidad de ponerse de acuerdo con las potencias de

alrededor: las aspiraciones de gobierno espiritual del Papado, la política del emperador bizantino y los comienzos de la supremacía militar y cultural de los árabes.

De esas potencias, los árabes eran los más peligrosos. Su marcha victoriosa pertenece a los prodigios de la historia universal, tanto como el hecho de que se interrumpiera en el Este, ante las murallas de Constantinopla, y en Occidente ante la fuerza superior de los caballeros francos mandados por Carlos Martel. En 632 murió Mahoma. El califa Omar (634-644) dio nuevo empuje militar a los pueblos árabes con la idea de la guerra santa. Al mismo tiempo se hundieron el reino de los sasánidas y el dominio de los bizantinos en Palestina. En 642, Egipto y Cirenaica pasaron a ser árabes. En 698, Cartago fue destruida por segunda vez, novecientos años después de su primer aniquilamiento. La conquista de los territorios de la costa africana no había concluido aún cuando los árabes, en el 711, pasaron a España y tomaron toda la Península con furia imparable. El último rey godo, Rodrigo, perdió simultáneamente reino y vida en julio del año 711. Desde el 720 los ejércitos saqueadores árabes traspasaron los Pirineos. Durante decenios, Narbona constituyó un sólido punto de apoyo para el nuevo poder. En 725 fue tomado Autun, y en 732, Burdeos. El mismo año fue destruido el monasterio de Luxeuil, interrumpiéndose la tradición de su famosa escuela del arte de escribir. Hoy se sabe que la confusión interna de los árabes hizo posible la gran victoria de Carlos Martel, que en octubre de 732 cerró a los jinetes árabes el camino del santuario franco, el monasterio de San Martín en Tours.

Después de cuatro campañas, la cuestión árabe continuó siendo la principal preocupación de Carlos Martel, y lo sería hasta los últimos años de su vida. Sin embargo, su victoria en Tours constituyó el comienzo de una nueva época en la historia universal. Las guerras defensivas de los bizantinos tuvieron la misma significación. Entre 674 y 678 los árabes atacaron cinco veces contra las murallas inexpugnables de Constantinopla, y con ello perdieron tantas fuerzas, que, al final, incluso en campo abierto, en territorio del Asia Menor, tuvieron que aceptar la derrota. En 717-18, les vemos nuevamente cercar por mar y tierra la enorme ciudad y mantenerla sitiada durante un año entero. El «fuego griego», con el cual fue aniquilada su flota por sorpresa, salvó entonces a la capital y al imperio romano de Oriente durante más de 735 años.

Los primeros emperadores de la nueva dinastía isáurica, procedente de Anatolia, León III el Estratega (717-741) y su hijo

Constantino V (741-775), fueron dignos de comparación con los príncipes francos reinantes en la misma época, Carlos Martel, Pipino y el joven Carlos, tanto en tesón como en talento para la organización y fuerza militares. Como políticos, aquéllos quizá fueron superiores a éstos.

Al igual que Carlos Martel, también Pipino fue un gran soldado que en toda su vida no perdió una sola campaña contra los alamanes, los sajones, los lombardos y los aquitanos. Sin embargo, este hombre, de pequeña estatura, entró en la historia principalmente como político. Ya su matrimonio con Bertrada, más joven que él, le proporcionó grandes ventajas políticas, sobre todo porque esta pariente lejana redondeó sus propiedades de la manera más afortunada, con tierras en el Eifel y junto al Mosela.

En contraste con su padre, Pipino, y aún más Carlomán, que habían sido educados en Saint-Denis, protegieron el movimiento reformista de San Bonifacio. Sin duda se dieron cuenta de que la devolución de las tierras de los propietarios nobles a la Iglesia y la expulsión de los laicos —o de los hijos ilegítimos de las grandes familias— de los cargos eclesiásticos les restarían el apoyo de sus mejores seguidores. Pero cuando Carlomán, a causa de esto, y también por la cuestión de los lombardos, sufrió un conflicto de conciencia que le hizo decidir en 747 renunciar al mundo, Pipino entendió que tenía que encontrar un camino intermedio que tuviera como resultado el reforzamiento de la Iglesia y del Estado —él mismo intentó reformar al clero noble franco—. Y pudo alcanzar esta meta más fácilmente cuando los tratados condujeron al mismo tiempo a una relación más estrecha con el Papado.

Si Carlos Martel entró en la Historia como el hombre que derrotó a los árabes, Pipino lo hizo como el que estableció una alianza con el papa, y fue consagrado rey por él en Saint-Denis. Lo que desde el intento fallido de Grimoaldo, en 656, no había osado ningún otro carolingio, pudo pretenderlo Pipino con mayor motivo, ya que, por efecto de la renuncia de Carlomán, la unidad del reino parecía garantizada incluso sin estar personificada en ningún rey merovingio.

Pipino el Joven, Carlos Martel y Pipino el Breve consideraron siempre como rey a un solo merovingio, y con ello aseguraron también la unidad del reino. En tal ocasión el papa vino a secundar los planes de Pipino al solicitarle ayuda contra los lombardos. Teniendo presente los grandes méritos de éstos en la campaña contra los árabes, Carlos Martel había rechazado en 738 una pretensión parecida.

Pipino dio muestras de su olfato político cuando, justo un

año antes de la toma de Rávena (por el rey lombardo), hizo que el obispo de Würzburg, Burkhard, y el archivario de Saint-Denis, Fulrado, formularan al papa Zacarías aquella famosa pregunta —«si era bueno o malo que los reyes en el reino franco no tuvieran ningún poder como tales»— que ha llegado, aunque de modo impreciso, hasta nosotros. Debía de estar completamente seguro de la respuesta, que condujo después a su elección como rey en 751 por los nobles francos y más tarde, en 754, a la consagración por el papa Esteban II, en Saint-Denis.

«El papa Zacarías hizo saber a Pipino que sería mejor designar como rey a quien tenía el poder en vez de a aquel que carecía del atributo regio. Para no perturbar el orden, en virtud de su autoridad apostólica, nombró rey a Pipino.» (*Annales Regni Francorum*.)

Como contrapartida, le cedió al papa el ducado de Roma y el exarcado de Rávena como «patrimonium Petri». Pipino tuvo que entrar en guerra contra los lombardos dos veces, en 754-55 y 756, para poder realizar dicho tratado. Toda la problemática de este proceso se nos revela clara si la vemos como consistente en quitar a los lombardos —aliados antiguos— algo que había pertenecido al emperador bizantino y dárselo al papa.

A Pipino esta decisión histórica no le debió de resultar fácil, pues era contraria a la práctica tradicional y afortunada de su padre, el cual, aliado con los lombardos, únicamente había llevado a cabo una política contra los intereses de la misma.

Pipino había heredado el Occidente románico, y su hermano Carlomán, el Este germánico. Carlomán quiso, por tanto, mantener la alianza con los lombardos, para los cuales el Rin servía como vía comercial muy utilizada. Carlomán protegió la tarea reformadora de Bonifacio. Pipino, al contrario, la restringió. Bertrada, la mujer de Pipino, parece haberse inclinado más bien hacia la política de Carlomán y de su «suegro».

El papa Zacarías, al cual Pipino había dirigido su pregunta, fue durante mucho tiempo el último griego que se sentó en el trono romano. El emperador bizantino Constantino VI se mostró poco interesado por Italia. Esteban II, el cual coronó después a Pipino y concertó con él el tratado sobre el estado de la Iglesia, era latino. Poco a poco, Pipino fue haciendo propia la cuestión romana. De nuevo buscó un camino intermedio. Derrotó a los lombardos en dos campañas victoriosas, que se llevaron a cabo con gran oposición precisamente de la nobleza de Austrasia, pero no les obligó a abandonar sus nuevas conquistas.

Se decidió a recibir del papa el título de *patricius romanorum*,

extensivo a sus hijos, hasta entonces propio de los gobernadores del emperador bizantino en el exarcado de Rávena. Con ello reconocía en teoría la soberanía del emperador, pero subordinaba el territorio correspondiente al papa.

Este hombre, asombrosamente inteligente, al mismo tiempo que enérgico y prudente, dejó a sus hijos una herencia difícil. Para Carlomagno aún se complicó más, por el hecho de que su madre se inclinara decididamente a favor de los lombardos. Bertrada dispuso que Carlos, después de la muerte de su padre, se casara inmediatamente con la hija del rey lombardo. También se le imputa el matrimonio de su sobrino Tasilón de Baviera con una hermana de la primera mujer de Carlos. Este hecho prueba que el anciano Pipino ni siquiera podía convencer a su propia casa de la rectitud de su decisión.

El papa se indignó y escribió a la Corte diciendo que no se podía llevar a término la boda con una lombarda; los lombardos no eran ningún pueblo. ¿Quería acaso Carlos ser el patriarca de una familia de proscritos? Sin embargo, parece ser que Bertrada le aplacó y convenció en un viaje a Roma en 770.

Contéplense las obras de arte lombardas que, hacia mediados y finales de siglo, surgieron con la ayuda de los artistas bizantinos en Milán, Pavía, Cividale y Castelseprio. Reflexiónese sobre el hecho de que el mismo Desiderio —con su nombre latino, como no lo había llevado ningún rey de ese pueblo antes de él— anunció un programa de gobierno. No se podrá evitar así la impresión de que fue también la cultura superior de los lombardos la que indujo a Bertrada a educar a sus hijos como amigos de dicho pueblo y defensores del antiguo sistema de alianzas.

Es tanto más asombroso que Carlos, después de un año, se decidiese a actuar enfrentándose a su madre, a su esposa y a su hermano. La princesa lombarda fue repudiada. El papa tuvo que tolerar la ruptura del matrimonio. Carlos asumió el difícil programa político de su padre y lo tuvo que llevar a cabo con medios militares. En su naturaleza se unieron las dotes del padre y del abuelo: el rápido e implacable don de mando de Carlos Martel y el instinto político a largo plazo de Pipino, calculador y paciente.

3. Las victorias de Carlos

La ocupación de los carolingios era la guerra. No habían aprendido otra cosa; educados para ella, no podían realizarse de ningún otro modo. Sólo las victorias les procuraban el derecho a la soberanía y daban fundamento a su aspiración a la realeza. Si más tarde se calificó la guerra como el último medio de la política, en ese mundo arcaico constituía el primero.

En el siglo transcurrido desde la entrada en el gobierno de Carlos Martel hasta la muerte de Carlomagno (714-814) son contados los años en los cuales no tuvo lugar ninguna campaña. He aquí los datos de la investigación de J. F. Verbruggen: un año bajo Carlos Martel (740), cuatro bajo Pipino (740, 750, 759, 764) y dos bajo Carlomagno (790, 807). Un verano sin guerra era considerado como tiempo desperdiciado. Cuando Carlos, en 790, por primera vez, no hizo ningún llamamiento a filas, los Anales del reino se creyeron obligados a disculpar su inactividad: «Para no dar la impresión de que se había dormido en la ociosidad y que perdía el tiempo, el rey paseaba en barco, Main arriba, hacia el palacio que se había construido en Salz, en Germania, junto al Saale y volvía por el mismo río hacia el valle camino de Worms.» Lo normal hasta 756 era que él reuniera un ejército hacia marzo —y posteriormente en mayo—, que pasara los meses de verano en el campo de batalla, que en otoño convocara una asamblea del reino aún mayor, o desarrollara una cacería o un viaje de inspección, y que luego los meses de invierno los pasara junto con la Corte en un palacio.

Únicamente las campañas de Italia tuvieron lugar en invierno la mayoría de las veces. La nobleza terrateniente, con sus séquitos, debía acudir a la convocatoria de marzo o mayo desde todas las partes del reino. Tenían que llevar consigo armas para seis meses y víveres para tres. En el lugar donde se reunían los ejércitos se les hacía saber contra qué enemigo tendrían que enfrentarse aquel verano. Dejando aparte lo repetido y concreto de los edictos de llamamiento, uno se asombra de la efectividad de

esta organización. Año tras año se disponía quién tenía que aparecer en el campo, cómo debía proporcionarse su equipo, dónde y cuándo se tenía que celebrar la reunión. Según el tamaño de las fincas, se disponía el número de seguidores que cada noble y cada hombre libre tenía que llevar consigo. Los pequeños propietarios debían a menudo llevar únicamente un guerrero entre varios y a veces sólo parte de un equipo y alimentos.

El sistema de transmisión de noticias en este inmenso país —pobre en comunicaciones—, era tan bueno y las medidas de control debían ser tan efectivas, que difícilmente se podía escapar alguien de sus deberes militares.

Carlomagno supo organizar los decretos de alistamiento de todos los hombres de una manera cada vez más precisa de decenio en decenio. También los obispos y los abades tenían que comparecer en el campo, y desde el año 806 nadie más pudo ser monje o sacerdote sin aprobación de la Corte, ya que la experiencia mostraba que la huida hacia el estado eclesiástico era escogida por muchos como el camino más sencillo para librarse del servicio militar.

La carga soportada por la aristocracia franca y sus vasallos a causa del anual llamamiento a filas fue enorme. Con el desarrollo de la agricultura y una subida lenta pero continuada del nivel de vida y de las condiciones culturales, esta presión se fue haciendo cada vez más difícil de soportar. Sin embargo, semejante asamblea anual de la mayor parte de la nobleza franca, e inicialmente de toda la población libre, entrañaba mayor significado político para la cohesión del Estado que el mismo éxito militar. En este extenso país, en el que se vivía bajo unas condiciones climáticas tan distintas, en una mezcla tan diversa de francos y galo-romanos, el servicio militar evitaba la hostilidad recíproca. Aprendían a conocerse, apreciaban el valor y la mentalidad de los demás, concertaban alianzas, amistades e incluso bodas, se juntaban en comunidades, entraban en competición para conseguir el favor real, y ello en todas las épocas ha sido favorable para los Estados.

Los condes, obispos, abades, todo varón de alguna posición o rango, estaban obligados a mantener un depósito de armas. El tamaño de éstos dependía de la extensión de la tierra poseída. Incluso las abadesas de los grandes monasterios de mujeres tenían que presentar listas de armas. Gracias a su armamento, los francos fueron superiores a todos sus enemigos, con la sola excepción de los árabes. Las armas se contaban entre los bienes más valiosos que los comerciantes se procuraban en sus viajes lejanos. Carlos promulgó leyes que prohibían la venta de armas a

los extraños y enemigos. El empuje de los ejércitos carolingios se fundamentaba en sus pequeños grupos de jinetes pesados, muy apiñados, que se lanzaban a la carga. Se ha calculado que sus equipos (que consistían en un casco, la armadura, el escudo, las grebas, la lanza, la espada larga y pesada, un buen caballo y sus arreos) representaban un coste equivalente al de unas dieciocho o veinte vacas o bueyes.

Más costosas que las armas de ataque eran las de defensa, como el casco, la armadura, las grebas y el escudo. Correspondía a la estructuración sociológica, tanto de la nación como del ejército, el que solamente los miembros de la alta nobleza pudieran permitirse la protección de su persona. La mayoría de la caballería ligera debía renunciar al arnés, las grebas y el casco. El pueblo de a pie carecía de toda arma protectora, incluso de escudo, aunque estaba equipado con lanza y espada, y a veces también con un puñal e incluso con un arco y doce flechas. Al ejército le seguía un tropel de comerciantes y mozos de transporte que llevaban consigo las armas y los víveres en grandes cantidades, y cuya carga, para protegerla de la lluvia, estaba recubierta totalmente con toldos de cuero, incluso cuando cruzaban los vados.

Existían además carros de dos ruedas para el equipaje propio. Algunos autores suponen que una parte de los éxitos de guerra de los carolingios debe atribuirse al acierto de que los caballos arrastraran los carros con el pecho. Entonces los carros carolingios transportaban cargas de doce medidas de trigo y doce de vino, y se ha podido calcular que cada una de estas cargas pesaba alrededor de seiscientos kilos.

Los guerreros carolingios no estaban pagados. No existía ninguna soldada. Desde la adquisición de tierras, se asumía como costumbre que cada uno acudiera a la guerra a sus expensas. Su paga era una parte establecida del botín, así como un beneficio en forma de trozo de tierra que el rey podía sacar tanto de los territorios conquistados como de las posesiones propias de su casa. Haciendo precisamente esto, los carolingios, y sobre todo Carlos Martel, se vieron forzados a menudo a recurrir a las posesiones de la Iglesia. Las medidas de Pipino, encaminadas a evitar tales abusos, no siempre pudieron tener éxito, ya que todo el sistema estaba construido sobre la base de una ocupación de

Representación idealizada de Carlomagno, debida a la mano de un artista no contemporáneo, pues data aproximadamente del año 900. Se conserva en Sankt Johann in Münster, Graubünden.



tierras cada vez más extensa. Cuando no se habían conquistado nuevos territorios, por fuerza se tenía que recurrir a la disminución de la propiedad del mismo rey, y con ello también a empequeñecer su poder y a reforzar el de la nobleza. En tanto que cada noble estaba obligado a la campaña anual, y en tanto que el propio equipo y víveres eran una gran carga económica para él, tanto más debía sentirse dependiente de modo creciente del rey como señor de cualquier beneficio. Tal es la causa por la cual las declaraciones de sublevación o de independencia se fueron haciendo cada vez más raras bajo Pipino y Carlomagno, aunque, sin duda, debieron de aumentar en peso político a medida que fue terminando la empresa conquistadora.

La mayoría de los llamamientos a filas de Carlomagno en sus empresas más importantes abarca entre 2.500 a 3.000 caballeros y de 6.000 a 10.000 infantes. Sólo entre una quinta y una cuarta parte de los caballeros —es decir, de 500 a 800—, llevaban armas pesadas. Este núcleo de la tropa iba flanqueado bajo Carlos —en realidad, ya desde Pipino— por la llamada «scara». Constituía la guardia personal, y existen razones para suponer que fue aumentada en cierta medida como única tropa permanente durante el reinado de Carlos, y que al final fue empleada en acciones especiales también en invierno. En la guerra contra los sajones se consiguieron éxitos importantes gracias únicamente a la «Scara francisca». En épocas de necesidad se recurrió también a los ancianos para la «heriban», a la cual ya en el siglo VIII se llamaba «landweri».

Reconocemos en Carlomagno, ante todo, capacidad táctica y estratégica, a la cual debió sus éxitos más importantes. En lugar de los ataques de masas bárbaras, en las cuales se quebrantó la voluntad de defensa de los romanos, Carlos Martel dispuso primero la guerra de movimientos, a cargo de tropas a caballo limitadas y compactas, aunque fuertemente armadas. En los ataques, Carlomagno se adelantaba tanto la mayoría de las veces, que permitía que varias de sus tropas de elite penetraran desde lados diversos en tierra enemiga, esperando a que dichas tropas se encontraran detrás de las líneas contrarias para provocar la decisión del combate.

Muchas veces se dan testimonios de dichos despliegues en la guerra contra los sajones. Igualmente avanzó con dos grupos del ejército en la Italia lombarda, así como en la España árabe. En sus campañas contra Tasilón de Baviera, en 787, y contra los ávaros, en 791, se organizaron tres grupos, y la mayoría de las veces, como en estas dos empresas, no se llegó a librar ninguna batalla.

El enemigo se sentía cercado. Las derrotas de grupos sueltos de jinetes fueron motivadas por el descuido con que los subalternos disolvieron las formaciones cerradas. También las pérdidas que los rebeldes sajones infligieron a una «scara» franca en las montañas de Süntel fueron causadas por esta dispersión de los grupos de caballería. El mismo Carlomagno, por lo que sabemos, únicamente tuvo que aceptar una derrota: en Roncesvalles, a su vuelta desde Zaragoza, sin haber podido conquistarla. Esta derrota cuadraba tan poco con la imagen que tenía de él la posteridad, que acabó transformándose en una epopeya heroica. Carlomagno conducía sus ejércitos a la batalla sabiendo que ni su padre ni su abuelo habían perdido una sola campaña. Los francos fueron considerados como invencibles. La fe en sus caudillos se fundaba en el convencimiento de su éxito. Se vivía dentro del sentimiento profundo de la seguridad en la victoria y se amaba la guerra, tanto la larga campaña como la batalla misma. En el fondo eran únicamente las grandes distancias las que ponían un límite al deseo de conquista.

4. Campañas contra aquitanos, lombardos y árabes

Al igual que había ocurrido anteriormente con Pipino y Carlos Martel, también Carlomagno tuvo que iniciar sus tareas de gobierno con guerras contra algunos pueblos que aprovecharon el cambio de poder para sublevarse. El 9 de octubre de 768 tuvo que estar en Noyon para su coronación; en Navidad, en Aquisgrán, y en Pascua, en Rouen. Allí le llegó la noticia de que Hunaldo, padre del duque Waifar de Aquitania —asesinando un año antes por sus propias gentes en una emboscada—, había abandonado el convento adonde se retirara veinticinco años atrás, y estaba empeñado en atraerse a los grandes de su país y de Gascuña para una sublevación. Sin embargo, la empresa de este anciano debía fracasar. Fue entregado por el duque de Gascuña, junto con su mujer, y desapareció para entrar en un convento franco. No es probable que pudiera salvarse en la Corte de los lombardos, como alguna fuente quiere significar, para desde allí mantener la oposición contra la supremacía de Carlos.

Los alamanes y bávaros permanecieron tranquilos. Sin embargo, los sajones se atrevieron a nuevas incursiones y se negaron a pagar tributo. Fueron necesarias algunas expediciones de castigo. El acontecimiento político más significativo del primer año de gobierno fue que Carlomán rehusara trasladarse a Aquitania junto con su hermano. Comenzó una desavenencia cuyo carácter se manifestó más claramente un año después. La madre de Carlos viajó a Italia a través de Baviera. Carlos se dejó convencer para casarse con una hija del rey lombardo. Después de la muerte temprana de Carlomán, su mujer se vio forzada a huir con sus hijos al territorio de Desiderio, mientras los seguidores francos de Carlomán, con su ilustre primo Adelardo, abad de Corbie desde 775, rendían homenaje a Carlos como único señor.

Carlos repudió a su esposa lombarda al cabo de un año. En 773, a mitad de invierno, celebró en Ginebra una dieta del reino. Aquí Carlomagno, que tenía entonces treinta y dos años, comunicó —desoyendo la fuerte oposición— la decisión que había



Princesas lombardas. Altorrelieve procedente de una capilla lombarda, anterior a 774. Cividale.

tomado, realmente la más trascendental de su vida, de la cual iba a depender todo lo que vendría posteriormente. Se colocó al lado del papa, decidió cancelar la antigua alianza (que en realidad estaba rota a la sazón) y todos los tratados con los lombardos; pasó él mismo con una parte del ejército el Mont Cenis y envió a su tío Bernardo con otra por el San Bernardo. Eginhardo describe el suceso tal como lo vio el mismo Carlos: «A petición del

obispo Adriano de Roma, emprendió él [Carlos] la guerra contra los lombardos. Ya su padre, Pipino, por presión del papa Esteban, había comenzado ésta, no sin grandes dificultades, ya que algunos nobles francos, con los cuales acostumbraba tener consejo, se pronunciaron tan decididos contra su proyecto, que incluso declararon abiertamente que abandonarían al rey y volverían a casa.»

La política del hermano fallecido de Carlos, de su madre y de su primo Tasilón fracasó. No se sabe con certeza si detrás de la decisión política existieron también motivos personales. Carlos, después de repudiar a la princesa lombarda, se casó inmediatamente con Hildegarda, una joven de trece años, de la nobleza almana más alta, que en diez años de matrimonio le dio nueve hijos.

La campaña contra los lombardos fue un éxito total. El sucesor del trono, Adalgiso, fue sitiado en Verona, aunque pudo huir hacia Constantinopla. Pavía fue cercada durante nueve meses, hasta junio de 774. El rey pasó la Navidad junto al ejército, y la Pascua en Roma. Desiderio se rindió y desapareció junto con su mujer y su hija tras los muros de un convento franco. El botín fue considerable. Todavía debían de ser más significativas las corrientes culturales que después de 774 fluyeron hacia el Norte desde Italia. Un movimiento de sublevación de los nobles lombardos, bajo el duque Rodgauto de Friul, pudo ser aplastado dura y rápidamente en 776. Carlos había ganado un segundo reino.

Caracteriza también su situación con el papa y el emperador bizantino el que no anexionara el territorio al estado franco. Se autoproclamó rey de los francos y de los lombardos. La nobleza lombarda debió situarse en una relación de fidelidad hacia su persona similar a la de los francos. Más tarde, Carlos procuró a su hijo Pipino una Corte propia. Su perspicacia le hizo colocar a su lado a Adelardo, uno de los jefes del partido lombardo, como ministro y educador del joven rey.

Únicamente conservó para sí la parte septentrional del reino. Cedió Rávena al papa, así como Roma, si bien allí era considerado también como el verdadero poseedor del poder civil. El ducado meridional, con su capital, Benevento, lo dejó en una flexible dependencia, lo cual desde 787 le procuró cada vez mayores tributos. Es destacable que, mientras vivió Carlos, pudo ser evitado cualquier conflicto con la sede del papa. También Bizancio tuvo que someterse a las circunstancias casi sin resistencia.

Carlos, por cierto, nunca se ganó la confianza de la población italiana. Siempre fue allí un extranjero, un enemigo. Nunca

entró en la historia nacional, cual en Francia o Alemania, como uno de sus héroes, aunque su persona tampoco fue olvidada allí.

La participación que Italia tuvo en el auge cultural franco fue relativamente escasa. Allí se estaba demasiado cerca de la Antigüedad para que se obtuviera un nuevo impulso por medio de un reencuentro con sus obras. Sin embargo, no debe olvidarse que el poeta latino más grande del siglo VIII fue un monje procedente de la alta nobleza lombarda, Paulo Diácono, al principio enemigo y luego —aunque con reservas— defensor de la causa franca.

Después de asegurar la situación en Aquitania y solucionar la cuestión lombarda, Carlos hizo suya una tercera idea, que quizá ya su padre y su abuelo habían concebido: la creación de una marca fronteriza española. Una victoria sobre los árabes como la que había proporcionado a su abuelo fama imperecedera le debió parecer al joven caudillo una tarea más atractiva que las demás.

La posibilidad de realizar esta hazaña se la puso en las manos una casualidad. Impulsados por la rivalidad en el interior de la España islámica, en 777 se presentaron a Carlos en Paderborn, en la primera dieta del reino de Sajonia, dos príncipes árabes: Sulaiman Ibn al-Arabí, valí de Barcelona, y el yerno de Yusuf al-Fihri, el cual había gobernado Septimania bajo Carlos Martel.

Venían con un séquito muy lujoso y en un acto simbólico entregaron al joven rey las llaves de Barcelona y quizá también las de Zaragoza. Se presentaron como enemigos de Abd al-Rahman, último superviviente de la familia exiliada de los Omeyyas, el cual había fundado en Córdoba un emirato independiente. Carlos, en 778, reunió un ejército descomunal, dispuesto a hacer efectivo su ofrecimiento. Junto a los francos habían sido llamados a campaña también burgundios, bávaros, alamanes, provenzales, aquitanos e incluso lombardos.

Una división del ejército avanzó desde Narbona hacia Barcelona y no encontró ninguna resistencia. Carlos dejó a su mujer —que se hallaba en estado avanzado de buena esperanza— en Chasseneuil y fue con la otra fracción, a través de los Pirineos, hacia Pamplona y Zaragoza. Sin embargo, allí el valí al-Husain le cerró las puertas. Parece que Carlos, después de unos pocos días, emprendió la retirada. No se ha podido nunca determinar qué fue lo que le indujo a esa rápida interrupción de la que fue la mayor expedición militar de su vida. Según una fuente árabe, debió llevarse con él a Sulaiman de Barcelona prisionero como traidor. La destrucción de Pamplona en el camino de retirada fue una

demostración absurda. Una acción para la liberación de Sulaiman, junto a Roncesvalles, conducida por su hijo, debió, según la misma fuente, plasmarse en un ataque en el que cayeron muchos de los principales jefes francos. Entre los mismos se contaron Rolando —margrave de Bretaña—, el senescal Eggihardo y el comandante de la guardia de palacio, Anselmo.

Fue, sobre todo, una concentración de los vascos la que consiguió esta victoria en las montañas sobre la caballería franca. Las fuentes contemporáneas silencian el hecho o lo marginan muy discretamente. Eginhardo describe detalladamente la campaña: «Con el mayor ejército posible atacó él [Carlos] España, donde, después de la marcha a través de los Pirineos, todas las ciudades y pueblos se le sometieron y volvió entonces sin pérdidas con su ejército a casa. Sin embargo, en los Pirineos iba a experimentar muestras de la deslealtad de los vascos. En efecto, cuando el ejército marchaba en una larga fila, tal como permitía lo estrecho del lugar, les atacaron los vascones, que se habían colocado en la cresta de la montaña al acecho. (El lugar, a causa de los espesos bosques, de los cuales hay abundancia, es apropiado para emboscadas.) Desde arriba se echaron sobre el extremo del bagaje y de la retaguardia, y penetraron en el valle; en la lucha que siguió mataron hasta el último hombre, robaron la impedimenta y, bajo la protección de la noche que se avecinaba, se esparcieron con gran prisa en todas direcciones. En esta lucha los vascones se beneficiaron de la ligereza de sus armas y del terreno. Los francos, al contrario, por el peso de sus armas y lo desfavorable del terreno, estuvieron en total desventaja frente a los vascones. En esta lucha cayeron Eginhardo, senescal del rey; Anselmo, conde de Palacio, y Rolando, comandante del territorio fronterizo bretón, y muchos otros. Este accidente [!] no pudo ser percibido en aquel momento porque el enemigo, después de llevar a cabo el golpe, se dispersó de tal manera que no dejó el más pequeño rastro indicativo del rincón por donde se le podía buscar.»

Para Carlos, debió de ser una derrota total, la única de su vida. También tuvo consecuencias de largo alcance para los cristianos españoles, los cuales fueron culpados de alianzas con el enemigo y obligados a emigrar en grupos. Por cierto, algunos de ellos pasaron a contarse entre los mejores consejeros de Carlos y príncipes de la Iglesia. Al pie de los Pirineos, en Chasseneuil, el rey derrotado tuvo que enfrentarse con los lamentos de su propia esposa. Esta dio a luz gemelos, de los cuales sólo uno, Luis el Piadoso, permaneció con vida. Carlos no volvería a pisar España, Aquitania ni tierra alguna del sur de Francia.

La preparación de los anales del reino, después de la muerte de Carlos por uno de sus íntimos, hace que consideremos inverosímil el que Carlos nunca pudiera sobreponerse personalmente a la derrota. *Cuius vulneris acceptio magnam partem rerum feliciter in Hispania gestarum in corde regis obnubilavit.* [«Esta herida ensombreció como una nube gran parte de los éxitos felizmente logrados en España en el corazón del rey.»]

A pesar de todos los esfuerzos, los fundamentos históricos y la génesis de la leyenda de Rolando nunca han sido aclarados del todo. Con ella la fantasía popular hizo comprensible la derrota. De su cercana relación con el rey y del rango de Rolando nos habla, sobre todo, una serie de acuñaciones de monedas que llevaban en una cara el nombre de Rolando y el de Carlos en la otra. Según una versión posterior, Rolando debía su fuerza —como Sigfrido— al hecho de que era hijo de Carlos y de su propia hermana Berta, la cual, en realidad, había pasado una época de su vida como abadesa piadosa y muy cultivada en Chelles. El mito impone que el héroe pagase con su temprana muerte la culpa de sus padres. Finalmente, detrás de esta versión está la creencia en el destino de las grandes familias germánicas, la cual hizo nacer de matrimonios entre hermanos tanto a los primeros héroes como a los santos más prodigiosos.

Una decisión política, probablemente adoptada justo después de la derrota, estando aún en Chasseneuil, vino a procurar un final feliz a la empresa después de algunos años. Carlos hizo proclamar a su hijo Luis, nacido en Aquitania, como rey de ese país. Tres años más tarde, el niño fue consagrado por el papa Adriano I en Roma. La nobleza aquitana obtuvo de esta forma un soberano propio.

Veinte años más tarde, exactamente en 797, debían repetirse los acontecimientos de Paderborn. Nuevamente un valí de Barcelona, de nombre Zado o Zaid, ofreció a Carlos las llaves de su ciudad, esta vez en Aquisgrán. Poco después se iniciaron relaciones con Alfonso II de Asturias. Desde 798 siguieron las campañas del joven Luis y de su conde aquitano Guillermo en España. En esta ocasión era en realidad una movilización surgida en el sur de Francia la que hacía suya esta empresa, respaldada por algunos jefes francos. En 801 se consiguió la toma de Barcelona. Fue creada la Marca Hispánica, que se extendía hasta el Ebro y que al final, aún en vida de Carlos, fue reconocida por el soberano de Córdoba. En la Corte de Aquisgrán, desde 797, los enviados y fugitivos islámicos fueron huéspedes frecuentes. La influencia cultural debió de ser significativa. Entonces Córdoba, culturalmen-

te, era superior en todos los aspectos a las restantes ciudades de Europa. La forma de vida del mismo monarca de Aquisgrán, cada vez más anciano, varió bajo la influencia del estilo de los gobernantes islámicos. Nos encontramos ante una sabiduría y un sosiego que no observamos en los demás monarcas francos. Eginhardo habla incluso del gineceo de Aquisgrán, en la cual los eunucos se ocupaban de mantener el orden.

Los avances de Carlos hacia el Mediterráneo, Italia, sur de Francia y España ensancharon el horizonte de los francos. La dominación del Sur por el Norte trastocó las circunstancias de la Antigüedad y tuvo como resultado el traslado del centro de la estructura cultural de la Edad Media, que no volvió a equilibrarse hasta el Renacimiento italiano.

5. La guerra contra los sajones

Las medidas políticas de Carlos en el este de Europa fueron de la misma importancia que las tomadas en el sur. Como rivales de los francos por la supremacía, los enemigos más peligrosos fueron durante siglos tanto los alamanes como los sajones. Que el este de Francia aparecía como territorio de soberanía de los alamanes lo prueba el hecho de que Alemania se convirtió en «Allemagne» mientras que para Italia siguió siendo «Germania». Se ha dicho que la cuestión de los alamanes fue ya arreglada por Carlos Martel. Pipino pudo reprimir las últimas sublevaciones de 742 y 746. Los sajones fueron totalmente expulsados de Francia por los merovingios. Con sus conquistas en Inglaterra se situaron entre las primeras potencias. En la frontera del Rin permanecieron como enemigos peligrosos, y justo después de la muerte de Pipino rescindieron el pago de sus tributos. Treinta y tres años duró la lucha, a cuyo fin se convirtieron en «un solo pueblo los sajones y los francos». Según las conocidas palabras de Eginhardo, contemplamos un drama en tres actos con un preludio que —se puede decir realmente— es de significación histórica mundial. Gracias a las victorias sobre los sajones, Carlos creó Alemania.

El preludio tuvo lugar en la época anterior a la campaña contra los lombardos de 773-774 y fue una expedición de castigo como las que también Carlos Martel y Pipino tuvieron que emprender repetidamente para asegurar sus fronteras. Los sajones empujaron hasta el Rin. Como ganancia, Carlos pudo apuntarse la conquista de Eresburg, al sur de Paderborn. La culminación del drama fue la destrucción de un árbol venerado, el Irminsul, que se consideraba al mismo tiempo columna del mundo y monumento a los dioses. Una fuente maravillosa, de la cual nos dan noticia los anales del imperio y cuya explicación natural estriba en las condiciones del suelo, pareció confirmar la expedición como deseada por Dios. No se llegó a una batalla abierta; aún no se había pensado en una conquista del territorio.

Al año siguiente de la toma de Pavía vemos a Carlos de nuevo, y esta vez con mayor impulso, partir de Düren hacia el Este, cruzar el Rin y penetrar en Westfalia. Los sajones habían aprovechado su ausencia para un nuevo levantamiento, del cual fue víctima la guarnición de Eresburg. Carlos podía ya desde ahora concebir planes más grandiosos a propósito de Italia. Este momento debió de ser uno de los más gloriosos de su vida. No existía entonces ningún verdadero enemigo, aparte de los sajones. Las luchas duraron tres veranos y esta vez el rey se enfrentaba con un país cuyas fronteras le eran desconocidas. Su tarea era tanto más difícil, cuanto que el pueblo enemigo se disgregó en varias ramas: westfalios, ostfalios y angros, que debieron ser sometidos por separado y que, también por separado, volvieron a sublevarse al punto. Carlos atacó una y otra vez en el vacío y procuró asegurarse las zonas inexploradas por medio de castillos. Los pueblos fraccionados le rindieron repetidos homenajes.

Siguieron los primeros bautizos masivos ya en el 777. La cumbre de este primer acto fue aquella dieta en Paderborn, de la que ya hemos mencionado la presentación de algunos príncipes árabes. Muchos de los nobles sajones tributaron vasallaje al rey, aunque los anales del imperio nombran únicamente a uno, que no había ido: Widukind.

Dicho caudillo popular es la figura cuya tragedia presidiría el segundo acto, el organizador de una pequeña guerra, que tenía como afán la reinstauración de la libertad del pueblo, así como también la de los particulares. A diferencia de los acontecimientos del primer acto, Carlos tuvo entre los sajones numerosos aliados de la nobleza y también un enemigo importante. Permaneció siete años atado a esa tarea. El protagonista de la oposición fue un campesinado libre que recibió las leyes francas como una opresión. El decreto del año 782 en Lippspringe, la enormemente dura *Capitulatio de partibus Saxoniae*, que el mismo Alcuino había condenado, produjo un primer conflicto. Sin embargo, sus disposiciones penales correspondían a la usanza del mismo derecho sajón. Leopold von Ranke recoge de este decreto, en su *Historia universal*, solamente el precepto que se empleó contra los sacrificios humanos por causa de canibalismo.

Se prohibió acusar de bruja a una mujer solamente para poder matarla y después comérsela. *Capitulatio de partibus Saxo-*

Carlomagno entrega el Speculo de los sajones a Widukind, el caudillo popular que pretendía la restauración de la libertad del pueblo. Hacia 1405. Librería del Consejo, Lüneburg.



Stadtbildstelle, Aquisgrán

niae C. 6: Si quis a diabolo deceptus secundum morem paganorum virum aliquem aut feminam strigam esse et homines commedere et propter hoc ipsam incenderit vel carnem ejus ad commendendum decerit vel ipsam commederit, capitali sententiae punietur.» [«Prescripción para los territorios sajones: Cuando alguien, engañado por el diablo, según el modo de los paganos, acusa a un hombre o a una mujer de ser brujo o de comer seres humanos, y a causa de ello lo quema o da su carne para comer o él mismo la come, será castigado con la muerte.»]

En Carlos debió de despertarse en esos años el convencimiento de que estaba combatiendo un salvajismo terrible, contrario al cristianismo y a la civilización. En efecto, a las medidas de castigo seguían la sublevación y destrucción de una parte del ejército franco en Süntel y la condena de los sublevados, que la misma nobleza sajona había entregado. Los relatos exageran hasta 4.500 el número de los sublevados que fueron ejecutados junto a Verden. El relato de los anales del imperio es preciso. «Entonces el rey Carlos se trasladó junto a Colonia, a través del Rin, y celebró una reunión en Lippspringe. Allí acudieron todos los sajones, excepto el sublevado Widochind [Widukind]. También acudieron normandos, enviados del rey Sigfrido; concretamente, Halptani con sus compañeros. Igualmente llegaron también allí ávaros que eran enviados por Kagan y Juqurr. Después que la dieta del reino terminase, el rey Carlos volvió a Francia. Cuando había regresado se volvieron a levantar los sajones, de la manera acostumbrada, a iniciativa de Widukind... Cuando el rey Carlos oyó esto se trasladó allí con los francos que pudo reunir con prisa y se presentó en la desembocadura del Aller en el Weser. Allí se reunieron otra vez todos los sajones y se sometieron al poder del rey, entregándole a todos los malhechores que habían emprendido esta sublevación para que fueran castigados con la muerte, 4.500, y esto sucedió así, con la excepción de Widukind que huyó al territorio de los normandos.»

¿Cuántos pueden haber muerto en las luchas anteriores? Esta dura ley y los horribles castigos proporcionaron a Widukind la posibilidad en 783 —por primera y última vez en esta larga guerra—, de acaudillar a sus tribus en dos grandes batallas, y en ambas, tanto en la batalla de Detmold como en la librada junto al Haase, los francos quedaron vencedores. Este segundo acto de la guerra contra los sajones termina con el bautizo de Widukind el año 785 en Attigny. Widukind había perdido la fe en su causa y la confianza en su suerte y en sus dioses. Con su conversión, el duque de Sajonia salió de la historia para entrar en la mitología,

que le consideró más como converso que como héroe popular. Para Carlos la guerra parecía terminada. Podía dedicarse a la organización de la provincia y a constituir obispados, conventos misioneros y castillos. El rey, que había cabalgado durante más de un decenio a través de aquellos bosques y los aislados cultivos, se mostró como el planificador territorial más importante que ha poseído la historia alemana después de los romanos. Lo que él fundaba tenía siempre fuerza para florecer. Tres de los nuevos centros episcopales, Paderborn, Osnabrück y Minden, que él instituyó, dominaron importantes caminos de acceso y pasos de montaña.

Un cuarto, Münster, cuya instalación había dispuesto un clérigo, San Liudgero, se desarrolló hasta llegar a ser un centro de cultura y de misión y más tarde la capital de Westfalia. Durante la larga pausa de este drama, que, igual que el segundo acto, había durado siete años, empezó realmente una labor pacificadora.

El drama, sin embargo, tenía que contar con un tercer acto más largo y último, porque ocurrió que Carlos había infravalorado la magnitud de las masas del país y la capacidad de regeneración de los pueblos lejanos del Norte y del Este, y también de los de más allá del Elba. Tal como en 778, durante la campaña contra los árabes, se levantaron en 793 de nuevo los sajones durante la guerra contra los ávaros.

Fue en la parte más remota del Norte, apenas abarcada por la administración franca, donde surgió dicha rebelión. Una fracción del ejército, que conducía el conde Teodorico, primo lejano del rey, a través de Frisia, fue aniquilada en Rüstringen, junto al Weser. Pero cuando Carlos y su hijo primogénito se pusieron en camino, en 794, en dos campañas para cercar a los sajones reunidos al sur de Paderborn, el ejército enemigo se disolvió. Se proclamó la paz y se renovaron los pactos.

Esta pequeña guerra, que continuaría aún durante diez años, era tanto más enojosa cuanto que no tenía proporción alguna con los medios que Carlos se vio obligado a utilizar en su represión. Carlos se vio obligado a pasar el invierno de 797 a 798 en un campamento junto al Weser, al cual llamó Heristelle, quizás por su lugar de nacimiento. En una sala del palacio, recién construida en Paderborn, recibió en 799 al papa para una conferencia solemne, de la cual tenemos noticia a través de una epopeya que califica al rey franco como faro luminoso de Europa. Carlos había previsto que tendría que administrar aquel país de cerca. Cada vez eran más numerosos los miembros de la nobleza sajona que reconocían muchas perspectivas de éxito para su

lucha. Sin embargo, Carlos no la podía terminar. Parecía que los hijos de los caídos en Verden, Detmold y la batalla del Haase tuvieran que cobrar ahora sus deudas de sangre.

La lucha llegó a su término definitivo gracias a tres medidas. Carlos suavizó la antigua *Capitulatio de partibus Saxoniae* de 782, convirtiéndola en *Capitulare Saxonium* de 797, y además, pocos años más tarde, dispuso que el mismo derecho del pueblo sajón sirviese de ordenamiento jurídico imperante y fuese traducido al latín. También se alió con los pueblos eslavos, a los que cedió el territorio situado al este del Elba, del cual los sajones habían sido expulsados en otro tiempo, y a donde no podrían volver hasta pasados varios siglos. Además ordenó la deportación de grupos enteros de población; debieron de ser más de diez mil las personas reasentadas y expulsadas, muchas de las cuales fueron a pasar el resto de sus días en campos fuertemente vigilados. Sachsenhausen, junto a Frankfurt, debió de ser fundada entonces. En Verdún, el principal centro de tráfico de esclavos, fueron ofrecidas mujeres sajonas durante todos los años de la guerra, las cuales, por cierto, no habían sido bautizadas.

La paz de 804 fue concertada con un pueblo que había sido diezmado, abandonado por sus jefes y despojado de una gran parte de su territorio en el Oeste en favor de los eslavos. En las guerras por la sucesión de los hijos de Luis el Piadoso pudo, sin embargo, adquirir relieve efímero un movimiento de liberación sajón. Apenas pasados cien años, la sustancia popular de este pueblo se fortaleció en una medida tal que, dirigido por los duques que estaban emparentados repetidamente con los carolingios, no sólo pudo soportar la carga principal de la guerra contra los húngaros, sino también el caudillaje del nuevo imperio.

6. El sometimiento de Tasilón

Entre los tres grandes adversarios de Carlos, Desiderio, Widukind y Tasilón, es, sin duda, Widukind la figura más intrépida, pero Tasilón la más trágica. El y su ducado de Baviera fueron sometidos por Carlomagno casi sin lucha. Tasilón se vio empujado en creciente medida a una situación política que privaba de sentido toda resistencia. Incluso su encarcelamiento está ensombrecido por un dramatismo especial. Desde su reclusión en un convento, probablemente en Lorsch, seis años más tarde, debe presentarse una vez más ante Carlos para renunciar de nuevo, desvalido, a cualquier aspiración y debe agradecer que Carlos se comporte tan suavemente con él y con los suyos, como si el problema consistiera en su persona y no en el ducado.

Al final, parece que fue llevado a Jumièges, junto con sus dos hijos, Theodo y Theotberto, a un convento benedictino situado en una península del Sena, de la cual era imposible escapar. Sin embargo, este hecho no lo conocemos con certeza. Forma parte de la condena el que esta figura desapareciera completamente de la Historia. Ningún cronista nos informa del destino posterior de Tasilón. Nadie supo nada de él, no encontró en él nada más digno de ser señalado y tampoco nadie se atrevió a recordar a los suyos, puesto que la sentencia de Carlos se dirigía contra toda la dinastía. También la mujer y las dos hijas, Roddruda y Cotani, desaparecieron tras los muros de un convento franco; una fue alojada en Chelles, bajo el cuidado de la propia hermana de Carlos, y la otra en Laon.

La dependencia de Baviera respecto del reino merovingio existía al menos desde finales del siglo VI. La forma jurídica de su Estado no fue nunca establecida de modo preciso. Allí tuvo lugar una infiltración de numerosos condes francos en la estructura estatal que recibieron concesiones de propiedades en Baviera. Los francos y bávaros se unieron con agrado a través de matrimonios. Más tarde, los mismos carolingios dieron el mejor ejemplo de ello. Los herederos del trono de Agilulfo se vieron obligados a

casarse con princesas carolingias. Por su sangre, Tasilón era franco en sus tres cuartas partes. También ocurrió que los nobles de Baviera obtuvieron valiosas concesiones de tierra en el núcleo franco y en Borgoña por sus fieles servicios de guerra. Durante más de un siglo las familias nobles de Baviera, para sólo nombrar un ejemplo, disfrutaron de las prebendas eclesiásticas más importantes en Auxerre, que Carlos Martel les había cedido. Pero los bávaros se sublevaron repetidamente y el país gozó de independencia indiscutible, ya que los mayordomos francos estaban ocupados en otros lugares.

Pipino venció a Odilón —padre de Tasilón— después de que éste, poco tiempo atrás, le diera por esposa a su propia hija Hiltruda, contrariando ideas más prudentes, bajo presión de Svanahilda, la segunda mujer de Carlos Martel. Tasilón nació en 741, un año antes que Carlomagno. Dado que su padre murió ya en 749, Pipino le nombró a los ocho años duque de Baviera y pudo justificar este acto tanto mejor cuanto que al principio su hermana Hiltruda (hasta su muerte en 754), y más tarde él mismo, se hicieron cargo del gobierno por cuenta del menor de edad. En 756 le vemos, a los quince años, acaudillar por primera vez un contingente propio en la campaña de su tío contra los lombardos.

Los acontecimientos posteriores nos hacen intuir que pronto debió despertarse una rivalidad personal entre los primos de la misma edad, Tasilón y Carlos, sobre todo porque el descendiente de Agilulfo se podía vanagloriar de que su sangre era más noble. Al año siguiente debe presentarse ante Pipino y su Corte en Noyon para jurar vasallaje no solamente a él, sino también a sus dos hijos, Carlos y Carlomán. Es coherente con la política de Bertrada, mujer de Pipino, el que Tasilón, igual que Carlos en su primer matrimonio, se casara con una hija del rey Desiderio. El hecho de que Carlos repudiara a su primera esposa después de un año debió promover el alejamiento de ambos primos. Existen señales que indican la gran influencia de la princesa lombarda en Ratisbona, residencia de los duques de Baviera. Para Tasilón, a veces era perfectamente realista enfrentar al estado franco contra un estado alpino, en el cual hubieran podido fusionarse los lombardos, Baviera y quizás también los alamanes.

Dado que Pipino, como hemos visto, estuvo ocupado en sus últimos años de vida de manera creciente con la conquista y pacificación del sur de Francia, es comprensible que la alejada Baviera pudiera disfrutar de una independencia casi ilimitada. Tasilón había abandonado la campaña de Aquitania de 763.

notoriamente sin permiso y con brusquedad, y después ya no tomaría parte nunca más en las guerras francas. Este «abandono de la bandera» —las fuentes hablan de *herisliz*, abandono del ejército— grabó el corazón de Carlomagno como una herida tan profunda que fue ésta la que resaltó veinticinco años más tarde (788) para condenar a Tasilón y no las numerosas vulneraciones de la alianza.

Las consideraciones políticas solas no eran suficientes para explicar esto. Baviera era tan adversa a Pipino que en su testamento no adjudicó el ducado a ninguno de sus dos hijos. En Ratisbona se vivía autónomamente. Tasilón pudo dedicarse a la organización interna de su estado.

Su actividad como soberano la apreciamos en tres esferas: la política de alianza con los estados ávaros y lombardos, la política eclesiástica y el fomento de la cultura. De este último campo se hablará en otro contexto. Seguramente está relacionado con el destino trágico de la casa el que finalmente sólo se hayan conservado dos obras valiosas de propiedad de Tasilón: el cáliz de su nombre en Krems y un magnífico salterio que fue a parar a la biblioteca de la facultad de Medicina de Montpellier. En todo caso se trata del más antiguo y, seguramente también, de uno de los más hermosos libros de oraciones de la Corte que se puedan admirar.

En la política eclesiástica, Tasilón persiguió unas metas similares a las de Pipino y Carlomagno. Como ellos, se esforzó por establecer una estrecha alianza con Roma; como ellos, favoreció la misión anglosajona y la acción de San Bonifacio. En singular medida se distinguió como fundador de conventos, si bien de los numerosos conventos bávaros que le veneran como fundador, fueron como mucho cuatro o cinco los realmente establecidos por él o por su padre, empezando por los de Krems y Mondsee. A pesar de la vida propia que Baviera podía desarrollar políticamente, hubo precisamente en los círculos eclesiásticos numerosos partidarios de la causa franca.

Tasilón supo vivir en paz durante todo el tiempo con cuatro pueblos: los bohemios, los moravos, los ávaros y los carintianos o eslovenos, habitantes de la más tarde llamada Carintia. Algunos movimientos de sublevación aislados, como el de los carintianos, a los cuales Tasilón reprimió en 772, conservaban un carácter completamente local. Las fronteras del Este, como fronteras de misiones, no fueron trazadas con precisión. Baviera debió considerar a aquellos pueblos como sus aliados naturales contra los francos. Está claramente demostrado que Tasilón, ante los proble-

mas de supervivencia más agudos, pidió apoyo una y otra vez a los ávaros. Precisamente estas alianzas le fueron siempre reprochadas por Carlomagno. Carlos debió prohibir, por principio, a su vasallo una política exterior independiente. En este sentido ha quedado grabada en la conciencia histórica una escena que tiene significación simbólica para el conjunto de la situación.

En 787 Tasilón pidió en vano al papa que mediara en su favor. Al mismo tiempo se negó a presentarse ante Carlos en una dieta del reino, en Worms. Carlos se vio impulsado a emprender una campaña contra él hasta Augsburgo. No se llegó a trabar batalla porque la nobleza bávara se puso de parte de Carlos. Tasilón, entonces, tuvo que someterse: el 3 de septiembre de 787, en el Lechfeld, pasó su cetro —cuya punta adornaba una cabeza humana— al rey para que Carlos se lo devolviese convirtiéndole en vasallo. (Se ha intentado reconstruir dicho cetro con ayuda de dos brazos de candelabro conservados, junto con el cáliz de Tasilón, en el monasterio de Krems. Sin embargo, la mayoría de los especialistas no consideran dichos brazos como obra del siglo VIII, sino más bien del XI o del XII.) De todas maneras, la escena histórica de la cesión y el otorgamiento del cetro nos ilustra sobre los signos de soberanía, incluso en la primera época carolingia. Tras repetidas acusaciones, Tasilón, en 778, fue condenado a muerte en la dieta del reino en Ingelheim, a causa de la deserción que había tenido lugar veinticinco años antes, pero Carlos le perdonó, cambiando la pena en cadena perpetua.

Se olvida demasiado fácilmente que para la conciencia arcaica la autoacusación y la confesión de arrepentimiento eran necesarias para cualquier sentencia y que al mismo reo se le exigía el reconocer, después de horribles castigos, que éstos eran demasiado suaves para su conducta. También Carlos exigió la autoacusación de Tasilón. De nuevo existen anales del imperio que describen el suceso con fecha de 788: «Entonces reunió el rey Carlos una dieta del reino en la mencionada Corte de Ingelheim, y allí fue Tasilón por orden del rey, así como también sus otros vasallos; y unos bávaros de confianza empezaron a decir que Tasilón no cumplía su palabra, sino que más bien se había mostrado como perjuro, después de que, entre otros rehenes, ya hubiera dado a su hijo y prestado juramento por consejo de su mujer, Luitberga. Tasilón no pudo negar esto, sino que tuvo que confesar que, después de haber enviado mensajeros a los ávaros, había convocado a los vasallos del mencionado rey y había atentado contra su vida. Cuando sus gentes juraron lealtad, les exhortó a adoptar una opinión diferente y prestar un juramento ficticio. Reconoció

incluso la afirmación de que si él tuviera diez hijos, les dejaría perderse antes de mantener válidos los pactos y ser fiel a lo que había jurado. Después de que se demostrara todo ello en contra suya, se señaló que los francos y bávaros, lombardos y sajones, y todos los que se habían reunido en dicha dieta del reino procedentes de todos los países, recordaban sus más antiguos delitos y cómo en una campaña del ejército había abandonado al rey Pipino y, por tanto, se condenó a muerte a Tasilón. Pero mientras todos gritaban unánimemente que debía cumplirse la sentencia



Cáliz de Tasilón.
Northumbria, hacia
770. Monasterio de
Krems.

de muerte, el citado rey Carlos, lleno de compasión, por amor a Dios y porque era primo suyo, por dicho Dios y sus hombres fieles a él, hizo que no tuviera que morir. Y a la pregunta del bondadoso rey mencionado de cuál era su deseo, Tasilón pidió que se le tonsurara e ingresar en un convento para poder arrepentirse de sus muchos pecados y salvar su alma. Su hijo Theodo fue sentenciado a la misma pena, tonsurado y encerrado en un convento.»

Esta fue también la versión oficial franca sobre el juicio de Ingelheim. ¡Qué poca base debió de existir en realidad para acusar a Tasilón, cuando se tuvo que volver a aducir la falta —prescrita hacía tanto tiempo—, en la empresa de Pipino contra los aquitanos, acontecimiento que había enfrentado a ambos primos cuando Carlos tenía veintiún años y Tasilón veintidós! Todo lo demás se atribuyó al testimonio de «bávaros de confianza», hombres comprados, de los cuales cualquiera sabía que no decían toda la verdad.

Inmediatamente después de la separación, Carlos se dirigió a Ratisbona. Estando aún en Ingelheim, su enemigo prisionero tuvo que entregarle todo el tesoro del ducado. Entonces, en Ratisbona, los nobles bávaros prestaron su juramento de fidelidad. Cuán poderosa seguía siendo la oposición contra Carlos en Baviera lo demuestra el levantamiento de 792 en Ratisbona, a cuyo frente Carlos había colocado a su hijo mayor, Pipino el Jorobado, habido de una concubina, Himiltruda.

No nos es posible concebir la tragedia personal que surgió del hecho de que Carlos despojara de todos sus derechos a su hijo porque era contrahecho. Incluso el nombre, que implicaba un derecho hereditario, se lo dio después a otro hijo. En Ratisbona quiso convencer a los bávaros de su poder con el espectáculo de una terrible sentencia de muerte. Los sublevados fueron decapitados, crucificados, azotados o deportados delante de todo el pueblo. Pipino desapareció para encerrarse en un convento. Baviera fue organizada más rigurosamente, y el gobierno quedó subordinado a uno de los cuñados de Carlos, el alamán Geroldo.

Sigue siendo significativo que Carlos dejara subsistir el ducado como tal. Un decenio más tarde le otorgó también en Salzburgo una capital eclesiástica. Uno de sus seguidores más fieles, Arn, novicio del convento de Freising, más tarde abad de Saint-Amand, pasó a ser arzobispo de la «provincia Baiovasriorum» en 789. Cuando Carlos prefirió Salzburgo a la capital Ratisbona, no sólo existía detrás de esta decisión la intención de debilitar el papel desempeñado por la antigua capital, sino también la de dar

importancia a la tarea misional hacia el Este, que era de rango superior.

La independencia de Baviera, más tarde, en el siglo IX, aumentó. Desde que en 817 Luis el Piadoso nombró rey de Baviera a su hijo primogénito Lotario, este territorio permaneció como reino hasta el fin de la soberanía carolingia, cuya unidad siguió siendo indiscutible en todas las luchas sucesorias posteriores.

7. Campañas contra los ávaros

La última gran empresa militar — si se prescinde de la enconada guerra contra los sajones— que Carlos tenía pendiente era asegurar la frontera en el Sudeste. Gracias a la conquista del reino lombardo y el sometimiento de Baviera, dicha frontera, y con ella de inmediato el reino de los ávaros, entró en el horizonte del rey franco. Estos jinetes nómadas —cuyo modo de lucha, forma de estado y costumbres estaban estrechamente emparentadas con las que más tarde fueron tribus mongolas— representaron, desde la muerte de Justiniano I, en 565, hasta la victoria de Carlos, en 791, el factor de poder más importante en el área de los Balcanes. La época de florecimiento de los ávaros tiene lugar en los decenios anteriores y posteriores al año 600, cuando los emperadores bizantinos los iban cargando de tributos cada vez más duros y ellos extendían sus campañas de saqueo hasta Friul, donde despojaban las ciudades, mataban a los hombres y se llevaban a las mujeres. Su orgullo como jinetes les hacía mirar a todos los demás pueblos como esclavos, cuya vida no tenía ningún valor y con los cuales cualquier consideración que se tuviera sería una condescendencia. Sin embargo, se había llegado pacíficamente a un arreglo desde hacía tiempo con Bizancio, con los lombardos, e incluso con Baviera, antes de que la cuestión de los ávaros se convirtiese en una realidad política para Carlos. Joseph Deer ha descrito cómo este pueblo desde hacía más de un siglo había iniciado la decadencia, de modo que las esperanzas que puso Tasilón en su ayuda eran también engañosas. A finales del siglo VIII los jinetes ávaros no eran ya capaces de una acción bélica de alcance. Además, con sus tentativas de ayuda a Tasilón llegaron demasiado tarde y sólo proporcionaron la deseada ocasión de un contraataque decisivo.

Carlos no había preparado ninguna de sus anteriores campañas con tanta cautela y amplitud. La campaña contra los ávaros fue su obra maestra como madura estrategia propia de su edad. La idea de atrapar al enemigo muy adentro de sus propias líneas

por medio de un ancho movimiento de tenaza de largo alcance, consiguió aquí su realización más brillante. Se adelantó en tres columnas, a izquierda y derecha del Danubio, y éstas se reunieron en los bosques de Viena con las procedentes de Italia y el Friul. También ideológicamente la campaña fue justificada con esmero, como una lucha contra los enemigos de la cristiandad. Para marcar el carácter de esta campaña como guerra santa contra los paganos, Carlos ordenó ejercicios especiales de devoción. Nos encontramos con un nuevo cuadro: el ver a los caballeros francos ayunar y rezar tres días antes de la batalla. Incluso estos ejercicios penitenciales, tal como los vamos encontrando una y otra vez en las guerras posteriores de la Edad Media, fueron organizados hasta en sus últimos detalles. Fue preceptuado de modo preciso cuánto se podía comer y beber y cuánto se había de pagar para estar exento de la prohibición del vino.

En lo único que no ocurrió nada fue en la batalla misma. Los ávaros no se prestaron a la lucha. No querían guerra alguna. Carlos tomó sin lucha la vanguardia del reino ávaro, la zona casi deshabitada del Enn y de los bosques de Viena; y también sin combatir, el territorio entre los bosques de Viena y el Raab. Únicamente su hijo Pipino, que fue avanzando desde Italia, tuvo que librar un choque de importancia con las tropas que protegían la frontera. A los francos les vino a las manos un inmenso botín. Parece que Carlos, incluso después de esta campaña, sobreestimó largamente el poder de los ávaros, puesto que se continuaron haciendo grandes preparativos. El rey pasó en Ratisbona todo el año 792-793 hasta el otoño y, para facilitar el transporte, hizo tender un puente de barcas sobre el Danubio. Desde aquí organizó la tentativa de unir los ríos Rezat y Altmühl entre Eichstätt y Weissenburg a través de un canal, la «Fossa carolina», obra que seguramente hubiera conseguido llevar a término si las inusitadas lluvias no hubieran perturbado la empresa y las dificultades de abastecimiento no hubieran forzado la retirada de las tropas.

Una rebelión de los sajones a finales de 793 hizo decidir a Carlos abandonar su segunda campaña contra los ávaros. Desde entonces, traspasó toda la empresa a su hijo y al regente de Baviera, Geroldo. Probablemente, como castigo por la guerra perdida fueron ejecutados por sus gentes el Kagan de los ávaros y su virrey o corregente, el Jugurri. Los disturbios internos siguieron debilitando su capacidad de lucha. Cuando Pipino, en 795 y 796, se dispuso a asestar los últimos golpes, no encontró ningún adversario. Los ávaros se dirigieron a él pidiendo la paz. Nuevamente sin lucha tomó la principal obra defensiva de los ávaros, el

gran cinturón. En sus manos cayeron los tesoros acumulados durante siglos. El botín causó una enorme impresión en el reino franco. Eginhardo continúa relatando: «Todo el oro y los tesoros acumulados desde hacia largo tiempo cayeron en las manos de los francos. Ninguna de las guerras llevadas por los francos que la memoria recuerde les ha enriquecido más y dotado con bienes en mayor cantidad que ésta. En efecto, mientras que hasta entonces se les había considerado casi como pobres, se encontró en la sede del soberano tanto oro y plata y en las batallas les vino un botín tan valioso, que se podría creer que los francos habían arrebatado con justicia a los hunos lo que éstos anteriormente habían robado injustamente a otros pueblos.»

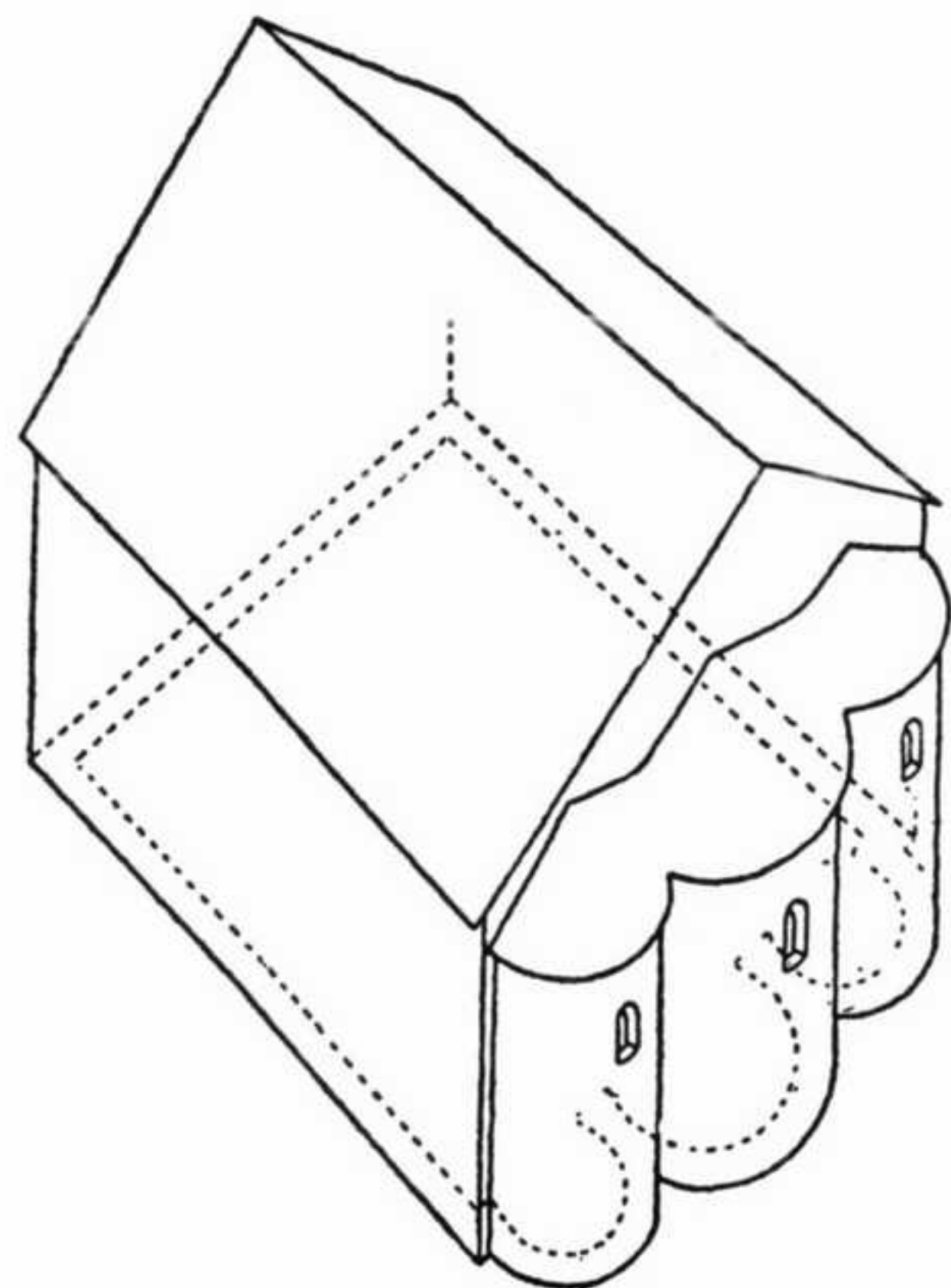
Los ávaros se sometieron, enviaron emisarios repetidamente y aceptaron con gusto la fe cristiana. Carlos pudo, dos años después de la gran victoria, elevar Salzburgo al rango de arzobispado y desde allí desarrollar de modo sistemático misiones entre los ávaros y eslavos. Sin embargo, parece que las condiciones culturales para esta labor de conversión no se daban aún. Repetidamente oímos acusaciones que reprochan una actividad demasiado escasa. También existen noticias sobre campañas aisladas que estaban dirigidas contra los intentos de independencia. En 822 llegó una última embajada de los ávaros en Aquisgrán. Entonces desaparece de la historia este pueblo orgulloso. No quiso sobrevivir a su sumisión.

Es curioso que Carlos no anexionó ni incorporó el reino de los ávaros al reino franco, como había hecho con el reino lombardo y el territorio habitado por los sajones. Únicamente la tierra, apenas habitada, entre Enns y los bosques de Viena fue asignada a nuevos inmigrantes. Carlomagno la conservó de modo similar a los distritos fronterizos eslavos. Uno no puede sustraerse a la impresión de que estaba poco interesado en los pueblos de lengua y procedencia extrañas. Tenían que convertirse en cristianos, aliados, tributarios, pero no en miembros del reino. Precisamente la tenacidad con la cual Carlos llevó a cabo, en cambio, la anexión del país sajón conduce a la conclusión de que, en el transcurso de su vida guerrera, él se había formado ideas claras sobre la estructura de población que deseaba para su territorio de soberanía.

8. Los inicios del arte carolingio

En una célebre exposición dedicada a Carlomagno y su tiempo causaron impresión a los visitantes dos grandes mapas en los cuales estaban señaladas todas las construcciones eclesiásticas y todos los palacios de que tenemos noticia hasta la muerte del emperador Lotario, en 855. Uno de los mapas enumeraba las construcciones desde finales del Imperio Romano hasta la entrada de Carlomagno en el poder en 768, y el segundo, las construcciones que surgieron desde Carlos hasta Lotario. Dicha estadística, que reunió Albrecht Mann prueba que, en conjunto, tenemos conocimiento de 1.695 «grandes construcciones», 312 catedrales, 1.254 monasterios, 129 palacios reales, de los cuales 1.154 provienen de época diferente a la de Carlomagno, y 544 datan de la época transcurrida a partir de su entrada en el gobierno. De todas estas edificaciones sólo se han investigado arqueológicamente 215, y únicamente quedan restos de una fracción de las mismas. Las obras que aún existen en su totalidad o en partes esenciales se pueden contar con los dedos y, con excepción de la pequeña capilla de María en el castillo de Würzburg, no hay ninguna entre ellas que pertenezca a la primera época carolingia. Del siglo VIII se puede decir que no poseemos nada, exceptuando el último decenio.

Pero si se consideran las plantas de las primeras iglesias de piedra surgidas después de la extinción de las últimas tradiciones de finales de la Edad Antigua, aquellas numerosas construcciones que fueron excavadas, las primeras iglesias de las nuevas poblaciones de Echternach, Fulda, Hersfeld, Lorsch, Sankt Emmeran, los inicios de Xanten, Nivelles, Paderborn y Reichenau, uno se sorprende de su pequeño tamaño, así como de su sencilla forma. Se trata de pequeñas y finas torres rectangulares, la mayoría con altares aún más esbeltos. Se les denomina ábsides reducidos. Algunas iglesias tienen ábsides redondos, y otras, — en particular en las montañas de Suiza—, tres ábsides que dan a una sala amplia, de las cuales hay varias. Pero esto no constituye ninguna arquitectura. Aquellos hombres no se complacían en la construc-

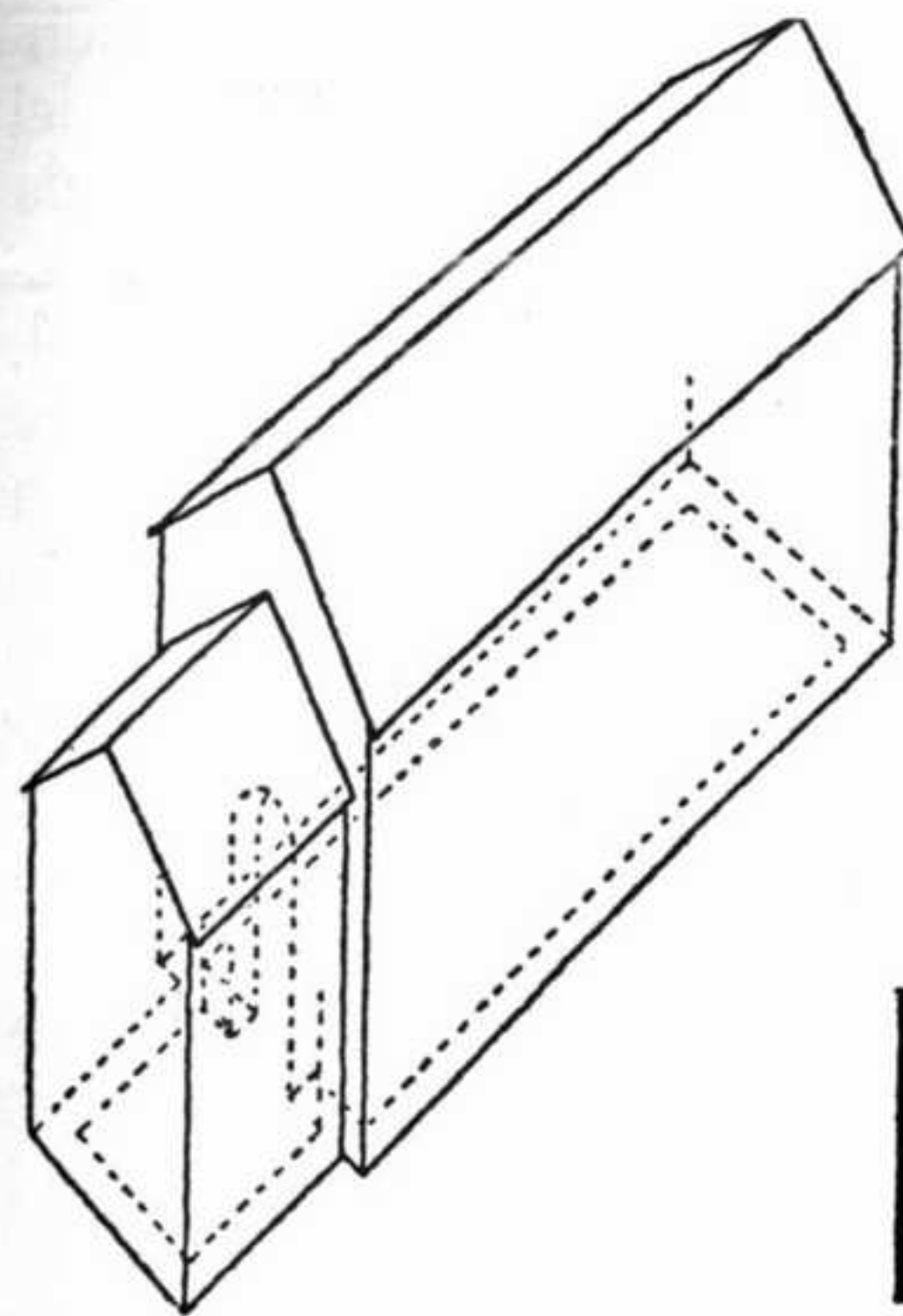


San Pedro de Mistail, una iglesia de triple ábside, visible desde el exterior, de líneas austeras como corresponde a las primeras iglesias de piedra surgidas a finales de la Edad Antigua.

ción oscura y sólida de piedra. Probablemente eran sólo los monjes los que habían exigido austeridad, el vivir entre las mismas paredes donde lo sagrado se veneraba en oscuras galerías, en las osamentas de un mártir remoto o un fundador de monasterio.

Hablamos de criptas de reliquias. Sólo en el territorio de los Alpes existen aún algunas de esas pequeñas iglesias que pertenecen al final —no al principio— del siglo VIII y al IX. En ellas, el hombre acostumbrado a la ciudad, que llega después de dolorosa peregrinación, se siente conmovido por la sensación de aislamiento y abrigo, la cual impresionó a los caballeros francos que siempre estaban en camino, de la misma manera que les emocionó ver a los monjes que rezaban permanentemente allí.

La primera arquitectura propiamente dicha aparece con Saint-Denis (754-775), primera gran construcción de piedra de la nueva dinastía reinante, tan significativa por lo que había tomado de Roma (la basílica de tres naves, el crucero con ábside anexo, la cripta circular) como por aquello que había añadido por su cuenta, la construcción monumental de la parte oeste, el *westbau*. La Edad Media hizo frente a una labor continuamente modificada: la larga basílica enlazaba una zona monumental en el este para servicio del coro y del altar con una segunda zona en el oeste, a la cual fueron atribuidas funciones diversas. La abadía de



Esquema fundamental de una iglesia franca de una sola nave, según W. Boeckelmann. Su sencillez y reducidas dimensiones son características de estas primitivas iglesias. Bajo estas líneas, un esquema de la planta.

Saint-Denis se vincula con la basílica de San Nazario en el monasterio carolingio de Lorsch (768-774), que estaba dotado de un *westwerk* al oeste, y en él había una sala desde la cual el rey podía seguir los oficios divinos. A continuación viene la basílica de San Emmeran en Ratisbona, la cual fue comenzada *jussu et permissu Caroli magni* bajo el abad Sintperto (768-791). Esta no poseía ningún crucero, aunque sí un ábside triple, y finalmente la primera catedral de Salzburgo, que era una basílica de columnas sin *westban* ni crucero. Al final de dicha serie de grandes edificios de los dos primeros decenios de la época de Carlos está la iglesia del monasterio de Saint-Maurice d'Agave, en Wallis, que fue comenzada en 787, primera iglesia que tenía un ábside para el coro, gracias a la unión de la cripta y la capilla de los mártires. Es la primera iglesia de doble coro del reino de los francos.

Los principales motivos del arte carolingio de la construcción surgieron ya antes de 780: *westwerk* y basílica de columnas, cruceros, criptas circulares y doble coro. Para la primera época, no se ha demostrado que existiera ningún edificio central monumental. Hasta Aquisgrán no se registró la unión de lo nuevo con lo heredado.

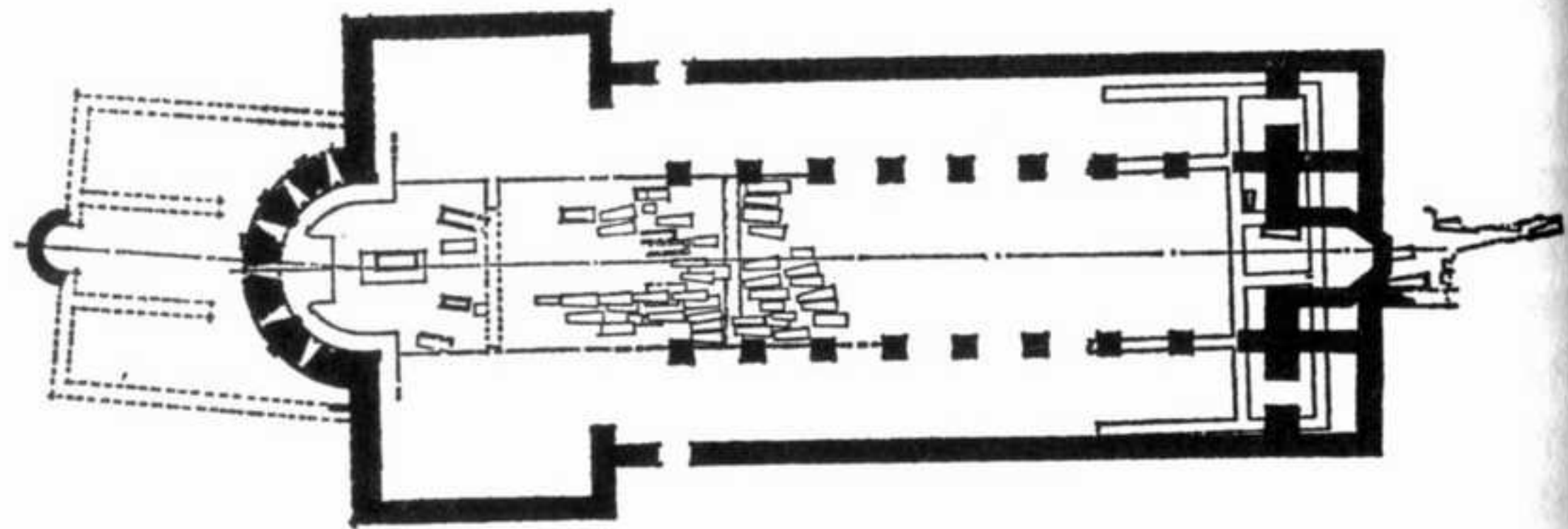
Como monumento representativo del conjunto sólo existe un edificio en pie: el pórtico de Lorsch. Es la primera construcción

de piedra en la cual se hace patente la aspiración de la nueva dinastía a la condición real. También de la primera época carolingia se conserva únicamente una construcción real, la capilla del palacio de Aquisgrán, y de la época más tardía, el *westwerk*, de Corvey. No es verosímil que Lorsch — medio puerta triunfal romana, medio sala real germánica— estuviera terminada ya en 774, cuando Carlos elevó la consagración de la basílica al rango de acto de estado gracias a su presencia. Tampoco me inclino a la idea de que este delicado clasicismo no haya sido posible hasta después de 800, concretamente bajo Luis el Germánico, el cual fue enterrado en Lorsch. Yo propondría, por el contrario, considerar su creación en 790-791, cuando Carlos y su corte pasaron aquel año de paz en la vecina Worms, de lo cual hablé anteriormente. Surgió una arquitectura en la que lo bizantino, lo romano, lo lombardo y lo franco se unen en un diseño que seduce la mirada. De estos cuatro elementos históricos se formó una nueva y maravillosa trama.

En la mitad de una obra que duraba toda una vida, la cual se componía de hechos audaces, rápidos y duros, propios de una energía segura de sus instintos, la espiritualidad plasmada en esta puerta se nos muestra tan inclinada a lo retrospectivo como a lo futurista. En esta obra la timidez del mensaje aumenta la certeza de la impresión. Hemos de darnos cuenta de que la obra es plana como un mosaico bizantino y las baldosas de mármol rojas y blancas, que adornan la superficie, siguen efectivamente en forma y ordenación los modelos bizantinos.

Se percibe que en esa superficie están vaciadas las tres puertas: no son pilares o puntales, sino más bien partes de la pared las que las enmarcan. También las cuatro medias columnas y unos capiteles se aplican a la pared como formas de adorno, y los diez pilares planos de la planta superior con sus paramentos

Planta de la iglesia basilical del monasterio de Saint Denis (754-775). Esta iglesia es la primera gran construcción de piedra de la nueva dinastía reinante.



Bildarchiv Foto Marburg, Marburg

Pórtico y salón regio del monasterio carolingio de Lorsch, construido hacia el año 790.

parecen formas de madera, como los adornos de una casa de campo, y están inspirados en todos los detalles de la Antigüedad mediterránea. La plástica de la construcción, aquellos hermosos capiteles clásicos que quizá crearon trabajadores italianos, y aquella cornisa que se va inflando con sus formas blandas y orgánicas, que probablemente fueron talladas por canteros francos, hacen pensar más bien en una fecha aún más tardía. Tampoco debemos rechazar la idea de que muchas de estas formas describen antiguos secretos en el lenguaje de los símbolos, que nosotros nunca conoceremos exactamente porque no son propios de este mundo nuestro de la exactitud.

La torre de la escalera izquierda conduce a una pequeña sala superior, en la cual se pudieron reconstruir varias capas de pintura mural carolingia a partir de pequeños restos.

La más antigua —una disposición arquitectónica con pinturas— es, al mismo tiempo, la principal. Aquí encontraremos, gracias a reproducciones de final de la Antigüedad, la renovada efectividad de esquemas decorativos pompeyanos. La forma de

Detalle del pórtico del monasterio de Lorsch. En él se aprecia la sobria decoración de la fachada, con columnas adosadas y esquemáticos capiteles.



Helga Schmidt-Glassner, Stuttgart

construcción de la sala real y de la torre, así como dichas pinturas murales, pueden considerarse como los testimonios monumentales más antiguos de un nuevo idealismo que imita conscientemente a la Antigüedad. Aquí se continuará lo que empezó en Saint Denis y que se desarrollará hasta dimensiones inauditas en Fulda. Efectivamente, en los mismos años se planeó allí, en el límite de la civilización carolingia, en un espacio libre y abierto, una basílica conventual que debería ser igual en forma y tamaño a la iglesia de San Pedro. En realidad, lo inexperto es precisamente lo que en Lorsch produce la impresión de la aspiración germánica de aprender lo antiguo, aunque no esté a su alcance. Por primera vez el humanismo se hizo piedra, humanismo que se nos manifiesta al mismo tiempo en el latín de las cartas de Alcuino, en las poesías de Paulo Diácono y en los *Libri Carolini* de Teodulfo.

9. Personalidad y programa cultural

Carlomagno no hizo acuñar monedas con su imagen, según el modelo de las monedas del emperador Constantino, hasta después de la coronación imperial, en la Navidad de 800, o, como se ha sostenido recientemente, hasta 804. Mostraban al monarca con las vestiduras de los césares, con corona de laurel y el manto de caballero prendido con una fíbula.

Al mismo tiempo, representan sus rasgos individuales. Lo atestiguan así, sobre todo, las monedas con la imagen de Luis el Piadoso, en cuanto que unas acuñaciones semejantes reproducen otra personalidad completamente distinta. Caracterizan a Carlos el cráneo redondo, el cabello corto, la nariz grande, el mentón vigoroso, los labios poderosos y también la barba franca que caía por ambos lados. Hasta que no entró a formar parte de la leyenda, no se convirtió en un anciano con larga barba. La misma personalidad se da de nuevo en la pequeña estatuilla ecuestre del Louvre. Incluso aunque ésta no hubiera sido fundida hasta después de la mitad del siglo en Metz, en realidad se representó a Carlomagno y con él a un emperador ideal carolin-



Cabinet des Médailles/Bibliothèque Nationales, Paris



A la izquierda, moneda acuñada en 814 con la imagen de Luis el Piadoso; a la derecha, otra con la efigie de Carlomagno, de hacia 804.

gio, ya que el siglo IX no era capaz de una individualización mayor en ningún momento. El sosiego, la serenidad y la fuerza quedan expresados en aquellos rasgos igual que la conciencia de un poder firme.

Las monedas imperiales llevan la inscripción DN KAROLUS IMP AUG REX F ET L, es decir: *Dominus Karolus Imperator Augustus Rex Francorum et Langobardorum*. Los reversos a menudo muestran una iglesia, también una puerta de ciudad y más raramente un barco, según fueran acuñadas en Aquisgrán o en una ciudad episcopal, en una de las antiguas ciudades romanas o en una de las plazas comerciales frente al mar. En éstas se encuentra la impresión: XPICTIANA RELIGIO. Dicha inscripción contiene un programa cultural. Carlos no sólo expresaba una convicción con ella, sino que consideraba su labor fomentar esta creencia.

Los títulos que ostentó en el curso de su vida contienen signos claros de su concepto del cargo y de la tarea que llevó a cabo. Dichos títulos se fueron transformando según las grandes etapas de auge de Carlomagno. Muchas cosas indican que él mismo daba gran valor a la precisión de las denominaciones. Era romano el título más antiguo que poseía, que era, al mismo tiempo, el primer cargo que recibió cuando tenía doce años, junto con su hermano Carlomán, con la consagración por el papa en Saint-Denis en 754. Se le dio a él, así como a su hermano y a su padre, el título de un exarca bizantino de Rávena o Roma, *patricius romanorum*.

Cuando por primera vez pisó la Ciudad Eterna en la Pascua de 774, durante el sitio de Pavía, sólo fue saludado con dicho título, y no con todos los demás. No debía sentirse soberano de la ciudad y tampoco pasar la noche en el Palatino como gobernador del emperador bizantino, sino permanecer fuera de las murallas en la capilla franca de Santa Petronila, en el barrio de San Pedro.

Hasta después de la conquista de Pavía no se añadió el título real completo de *Carolus dei gratia rex Francorum et Langobardorum atque patricius Romanorum*. Ya Pipino se había nombrado rey por la gracia de Dios, y con ello había asignado a la función de soberano un sentido y una tarea sagrados. Dentro de los famosos *Libri Carolini* se encuentra su meditada refutación del año 791 contra las decisiones del Concilio de Nicea, de 787, en favor de las imágenes, en el cual estuvieron representados la Iglesia oriental y el papa, pero no los obispos francos. Allí Carlos hace hincapié de nuevo, a través de los títulos, tanto en su condición de franco como en la magnitud de su reino. Se llama *Rex Francorum Gallias, Germaniam, Italiamque regens*, esto es,



Estatuilla ecuestre de Carlomagno, del tesoro de la catedral de Metz (h. 850-860). Museo del Louvre, París.

si se puede traducir en términos modernos: «Rey de los francos, que gobierna Francia, Alemania e Italia».

Después de la coronación imperial, él y sus consejeros parecieron vacilar algún tiempo sobre qué título era el adecuado tanto para su tarea de rey y caudillo de la nobleza franca como también para su nuevo cargo. Hasta medio año después de la coronación

no se lee la nueva denominación en un documento, que fue librado el 29 de mayo de 801 en Bolonia. Se ajusta en todas las partes esenciales a los modelos bizantinos, y su extensión muestra cuántas cosas tenía Carlos que tener en cuenta. Su título imperial decía: *Karolus serenissimus augustus a Deo coronatus magnus pacificus imperator, Romanum gubernans imperium, qui et per missericordiam Dei rex Francorum et Langobardorum* («Carlos el augusto serenísimo coronado por Dios como Emperador y amante de la paz, que gobierna el imperio romano y es rey de los francos y de los lombardos por la misericordia de Dios»). No renuncia, por tanto, al título real franco. Tampoco se denominó nunca «emperador romano», sino expresamente: «Emperador que rige el imperio romano». Con esto puso de relieve que no se había hecho romano, sino que quería gobernar el Imperio romano con un poder ilimitado. No era cuestión para él de rango, sino de poder.

Alcuino, entonces ya en la lejana Tours, fue el que lo entendió mejor. Soñaba con un imperio de Dios, el *imperium christianum*, acerca del cual escribe repetidamente en sus cartas. Carlos se creía, sin duda, coronado por Dios y rey por la gracia de Dios. Con ello señalaba a toda la Edad Media un programa de gobierno. Pero Alcuino, que había inducido al rey en dirección a la «ciudad de Dios» de San Agustín, se adentraba aún más en lo utópico. El anciano príncipe monje se entregó a la esperanza de que Carlos, como un nuevo David, podría hacer realidad este estado de Dios en la tierra.

Después de su coronación imperial, Carlos puso en sus diplomas una bula de oro o de plomo, cuya inscripción fue tomada, sin duda, de modelos bizantinos, aunque nuevamente comprendía un programa. Este se advierte menos en el texto del anverso — D(ominus) N(oster) Kar(olus) Imp(erator) P(ius) F(elix) P(ater) P(atriciae) Aug(ustus)— que en el del reverso —RENOVATIO ROMAN(i) IMP(erii)—. Sin embargo, dicha inscripción no debe interpretarse en primer término como signo de una tarea política. Peter Classen ha puesto de relieve las relaciones existentes en la *Obra de Carlos*. Esta tiene a la vez un sentido moral.

Renovatio es también un concepto bíblico, teológico. Implica la obligación de volver a levantar, gracias a un orden, el imperio que había sido derribado en el desorden de la confusión. Orden y también medida y norma en todas las esferas humanas constituyeron principalmente el programa de gobierno de Carlomagno. El orden de vida debía corresponder al orden del imperio según el concepto del estado elaborado por los monjes benedictinos. La

imagen universal que presentaba la Corte de Carlomagno estaba determinada por la noción de que bajo los emperadores cristianos de Roma los pueblos habían convivido en buena armonía. Constituía una tarea cristiana volver a establecer dicho orden. Queda señalado que Luis el Piadoso, en lugar de la fórmula *renovatio imperii romani*, estableció el concepto *renovatio regni Francorum*.

Este hecho no sólo se basa en la débil consideración que se otorga a la reclamación de los bizantinos de monopolizar el nombre de romanos. Me parece más significativo que Luis procurara restablecer aquello que su padre ya había alcanzado o que había creído alcanzar en unas pocas horas felices. El concepto *renovatio* muestra la fe en el reinado de la gracia de Dios y en la coronación imperial efectuada por el mismo Dios. Ni en el siglo VIII ni en el IX debía separarse el programa político del programa cultural y de la interpretación teológica de la función regia. Se tenía que ser un buen cristiano para vencer, un buen teólogo para gobernar y un buen latinista para administrar el reino.

La naturaleza gigante de Carlos, que empujaba a un lado los obstáculos como un gran barco rompe las olas, a menudo sin apenas notarlas, desarrolló todas las tareas a su manera. Este guerrero y aristócrata —cuyo fuerte no era la lógica del pensamiento, como no lo fue de la mayoría de sus sucesores, pero que más que todos ellos podía confiar su reino a sus seguras decisiones intuitivas— no ha sido celebrado precisamente por haber pronunciado la última palabra en cuestiones eclesiásticas, y no digamos en las puramente teológicas.

Nunca se podrá determinar con precisión hasta qué punto Carlomagno aceptaba sin crítica las opiniones de los teólogos amigos o de aquellos en los que tenía confianza, así como las de los maestros y cortesanos. Para poder estimarlo, deberíamos conocer bien la atmósfera de diálogo en su Corte y en su presencia. Cada vez aparecían más cuestiones conflictivas entre sus subordinados, en las cuales Carlomagno se mostró, sorprendentemente, en favor de un partido y en contra del otro, como en 801 en favor del godo Teodulfo, contra el anglosajón Alcuino. Parece haber sido un error del monarca, cuando era ya anciano, que él mismo quisiera manejar tantos asuntos, muchos de los cuales tenían, por fuerza, que quedar inacabados. Durante la época que fue patriarca de Aquisgrán fue aflojando las riendas a cambio de su comodidad de viejo, sobre todo, cuando dejó de estar convencido de la viabilidad de sus decretos. Existe en sus programas un elemento utópico que iremos encontrando una y otra vez.

Estamos en la feliz situación de poseer un ejemplar del *Libro Carolini* en el Vaticano, parte del cual fue leído en voz alta al rey en el sínodo de Frankfurt, en 794. En dicho sínodo, el monarca hizo una observación que uno de los secretarios escribió al margen del libro. Su tono altanero convenció a la mayoría de los concedores de la época de que solamente Carlos era capaz de estas observaciones. Sigue siendo sorprendente que la iglesia franca se considerara autorizada a tomar posición contra el papa y los obispos de la iglesia oriental, con lo cual es aún más significativo que conozcamos las expresiones temperamentales con las cuales el rey mismo expuso sus opiniones. Naturalmente, en estas decisiones no se trataba solamente de cuestiones teológicas, sino también de la afirmación de una aspiración política. Dado que el programa de gobierno y el programa cultural no se debían separar, no se podía disociar la teología, la política eclesiástica y la función de soberano. La credibilidad jurídica garantizaba primordialmente el derecho del soberano.

La enorme potencia vital de Carlos se hace patente desde los primeros años de gobierno en el hecho de que no perdió nunca de vista los muchos objetivos de las guerras exteriores y de la administración interna durante su vida de caballero, y, con un instinto infalible, se decidió siempre por lo que era urgente. Mientras luchaba organizaba tanto las posesiones nuevas como las antiguas, fundaba ciudades episcopales, favorecía los conventos misionales y culturales que se habían hecho importantes por su situación geográfica, atraía a su Corte a personas notables de todo el mundo, probaba sus capacidades y les enviaba otra vez como condes, obispos, abades o generales a puestos decisivos. Siempre tuvo junto a él a los escritores de su capilla de la Corte, al archivero y al canciller para extender los documentos y decretos.

En cada etapa de sus largos viajes estaba dispuesto a legislar. Además de los subordinados cultos de la Corte, que fueron utilizados para numerosas misiones, este monarca tenía a su lado un consejo permanente formado por sólo siete hombres. Dos de ellos, el archivero y el canciller, eran obispos o monjes y los otros cinco eran generales que habitualmente mandaban fracciones del ejército. Entre éstos se encontraban el conde palatino que dirigía el Tribunal de la Corte, y con ello la justicia, y el camerario, que tenía que administrar el tesoro de Carlos y con él las finanzas. El mismo estaba también a las ordenes de la reina directamente.

Los tres empleados de la Corte menos importantes eran el senescal, que cuidaba de las comidas; el copero, que tenía que

suministrar el vino, y el caballero, que se ocupaba de los caballos. Estos empleados estaban orientados más hacia las necesidades del monarca que hacia las del reino; eran tareas que correspondían más a una gran casa que a un Estado. Tendrían que transcurrir siglos antes de que los germanos pudieran reconocer la diferencia entre una cosa y otra. Únicamente durante cuatro meses de invierno, a veces cinco, se encontraban juntos los nobles alrededor del rey para el servicio de la Corte. Hasta Aquisgrán no se amplió el círculo de condes y obispos que habitaban largas temporadas en la Corte. Pero, en realidad, no parece que nunca le faltaran a Carlos hombres dispuestos y capaces para asumir las tareas reales, incluso en lejanas zonas del país.

Con esta carga de trabajo de alcance universal se entreteje una vida privada igualmente rica. Carlos siempre tuvo numerosos miembros de su gran casa a su alrededor. Por eso, sigue siendo extraño que no eligiera entre la nobleza franca a ninguna de sus cuatro mujeres. Acerca de la desgraciada princesa lombarda, ya sabemos que la repudió al cabo de un año y más tarde la tuvo prisionera en un convento. Durante este matrimonio parece que tuvo lugar la relación con una cierta Himiltruda que, en calidad de concubina, le dio aquel hijo llamado Pipino, que era jorobado, poco hermoso. El papa, que naturalmente estaba en contra de la alianza con los lombardos, declaró legal este concubinato.

La segunda mujer, Hildegarda, con la que Carlos se casó teniendo ella trece años, en 771, era hija del duque alemán Godofredo. El amor que Carlos sentía por ella, la cual dio a luz nueve hijos, y murió a los veinticinco años, en 783, parece haber sido el verdadero romance de su vida. Sin embargo, no existen indicios de que ella tuviera influencia política.

Fastrada, la tercera mujer de Carlos (fallecida en 794), era sajona, y Liutgarda, la cuarta y última (fallecida en 800), procedía igualmente de la nobleza alemana. También la nodriza de Luis el Piadoso fue una esclava sajona. La primera mujer de éste, Ermengarda, procedía de la región del Mosela, y la segunda, Judith, de la casa suaba de los güelfos. El ambiente, tanto en la Corte de Carlos como en la de Luis, tenía un aire acentuadamente germano.

Los familiares de los diferentes pueblos debían de entenderse fácilmente mediante el lenguaje. Cuanto más se convertía el latín clásico en lengua del Estado, más se hacía lengua de la vida familiar el *thiudisc*, como desde finales del siglo VIII se llamaba a todas las variantes del lenguaje de los pueblos germánicos. Pero, al contrario de muchas princesas merovingias, ninguna de las mujeres de Carlos se distinguió políticamente. Del *Capitulare de*

Villis y su *Decreto para la administración de los bienes de Corte*, deducimos que a las reinas les estaban encomendadas importantes tareas en el campo de la administración interna de la Corte. Ellas mandaban en los palacios de invierno cuando el rey estaba ausente, y aun hallándose presente, tenían que tomar muchas decisiones.

Ninguna de ellas podía pensar en construirse un hogar propio en medio de aquella vida de continuos viajes. Tenían que estar constantemente haciendo equipajes y poniéndose en camino. En los anales, la única que se menciona, y con cierta censura una vez, es Fastrada. Uno se da cuenta de que la rebelión de Pipino el Jorobado estaba justificada por la crueldad de ésta.

Que el emperador, con cincuenta y ocho años, no se volviera a casar, sino que más bien mantuviera un conjunto de mujeres del cual conocemos a la sajona Gerswinda, a una tal Madelgarda, a Regina y a Adallinda, como madres de siete hijos más, puede estar relacionado con su concepto del nuevo Imperio. No había ninguna familia que le pareciera digna de compartir tal rango. El hecho de que Carlos sobreviviera a esposas mucho más jóvenes tiene relación con la carga que significaba para esas mujeres la vida ininterrumpida de viajes y repetidos partos. Ya sabemos que Hildegarda dio a luz a Luis el Piadoso al pie de los Pirineos. Una de sus hijas vino al mundo en 782 durante un viaje a Italia. La mayoría de ellas murieron en el transcurso de viajes; Hildegarda poco después de Pascua, en el palacio de invierno de Diedenhofen; Fastrada, en Frankfurt, y Liutgarda, en Tours.

Sabemos más de los hijos que de las esposas. Se distinguieron políticamente, sobre todo el mayor, Carlos, como caudillo de ejércitos (772 hasta 811); el segundo, Pipino, como rey de Italia (777-810), y Luis el Piadoso, primeramente rey de Aquitania (778-840). Los dos últimos fueron consagrados por el papa en 781 y, por lo que sabemos, llevaron corona como primeros soberanos francos simplemente.

A Carlos le unía un cariño especial con sus hijas. Únicamente para Rotruda inició negociaciones de boda con la emperatriz bizantina Irene I, y es probable que el fracaso final se debiera a que Carlos no podía decidirse a dejar viajar a Rotruda al otro lado del mar.

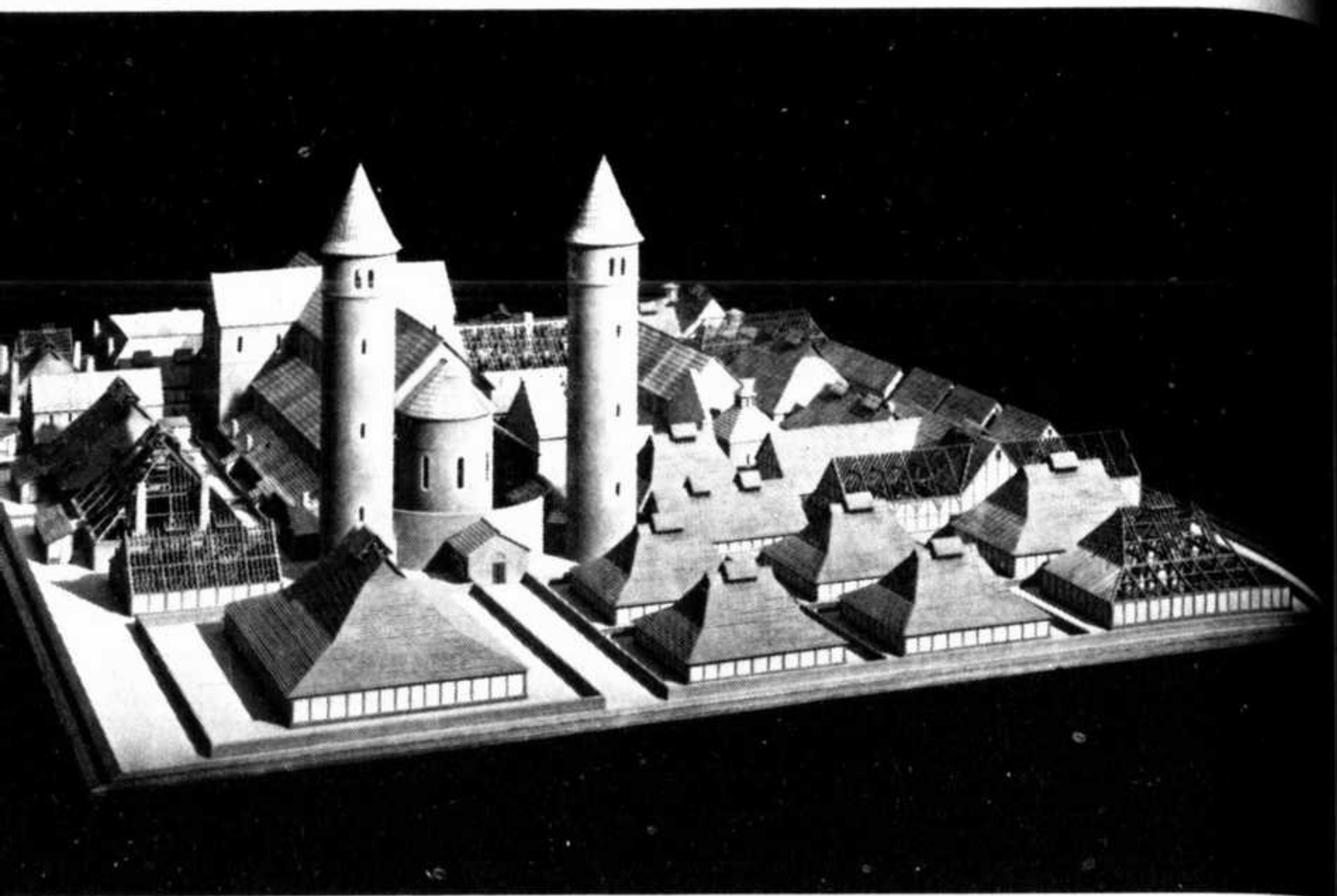
Al rey anglosajón de Mercia, Offa, que quería casar a un hijo suyo con una de las hijas de Carlos, le rechazó sin rodeos. No estaba dispuesto a ningún tipo de negociación. Nadie debía conseguir a las princesas francas. Poseemos informaciones de diversas fuentes sobre su reconocida hermosura. Se mostraban, según la

costumbres francas, bellamente adornadas con las más ricas joyas de oro, y montaban bien a caballo. Las famosas palabras de Eginhardo sobre ellas no contienen, seguramente, toda la verdad: «Dado que ellas eran extraordinariamente hermosas y que eran amadas por él con la mayor ternura, no es sorprendente que no quisiera dar a ninguna de ellas en matrimonio, ni a uno de los suyos ni a un extraño. Las mantuvo a todas en casa hasta su muerte y dijo que no podía vivir sin su compañía. Por ello, él, que fue tan dichoso, tuvo que sufrir los caprichos del destino. Pero pasó por alto estas cosas, como si nunca hubiera surgido la menor sospecha de desliz o no se hubiera esparcido ningún rumor».

Sabemos que Rotruda, que fue negada al emperador bizantino, tuvo un hijo, Luis, de Rorich, conde de Maine, que más tarde pasó a ser abad de mucho prestigio en Saint-Denis. Berta, su tercera hija, tuvo dos hijos de Angilberto, abad seglar de Saint-Riquier, que se contaba entre los amigos más íntimos de Carlos. ¿Qué le impulsó a darles nombres tan llenos de fuerza como Hartnid y Nitardo? Alcuino juzgó críticamente la vida de las hijas de Carlos en Aquisgrán. Las llamó palomas y en una de sus *Epístolas* advirtió a los escolares del monasterio que iban a la Corte *contra coronatae columbae, quae volant per cameras palatii*. Corresponde a la imagen del emperador anciano el que quisiera siempre a sus hijas a su alrededor. Su belleza le debía parecer una prueba de la irradiación de su linaje, para lo cual no había ningún otro parangón válido.

Carlos y, antes que él, Pipino, durante sus viajes ininterrumpidos, con su casa y bagaje siempre crecientes, debieron de inquietarse por el hecho de que en las diferentes provincias de su reino se utilizaran diferentes monedas, pesos y medidas; porque se celebrara el oficio divino con diferentes ritos en las distintas sedes episcopales e incluso se leyeran los textos sagrados en diferentes versiones; porque cada monasterio viviera según distintas reglas y costumbres. La naturaleza despierta e interrogante de Carlos tuvo que escandalizarse con estas diferencias.

Es característico de su amplitud espiritual forzar la unión en el ámbito eclesiástico y económico, mientras permitía que, ante un juez, cada uno de los pueblos germánicos utilizara su derecho tradicional, siempre que no perturbara el orden del estado o no infringiera las leyes de las costumbres cristianas, tal como las veía la época. Junto a los derechos francos permitió la existencia del derecho lombardo, el de Baviera, el derecho sajón y el derecho suabo. Todo lo que era germánico debía permanecer diverso,



Maqueta de la iglesia de St. Gall, hacia 820. En este monasterio se conservaba el plan ideal de convento según la regla de San Benito.

pero todo lo latino se convirtió en unitario. Así implantó en todo el reino nuevas monedas, pesos y medidas normalizados con exactitud. Por presión de los consejeros anglosajones se procuró en Roma, en 785-786 un texto obligatorio para la celebración de la misa.

El llamado «Sacramentario de Adriano I» se ha conservado para nosotros en una copia en Cambrai, que atestigua que su texto procedía *ex authentico bibliothecae cubiculi* «del libro auténtico de la biblioteca del aposento del soberano»), aunque no sabemos si con ello se refiere a la biblioteca de Adriano o ya a la de Carlos. Gracias a este trabajo, el misal carolingio pasó a ser la norma obligada durante toda la Edad Media. Para que el clero franco no sólo se viera forzado a leer la misa de este sacramentario, igual en todas partes, sino que además, junto con ella, aprendiera a cantar la misma música gregoriana, ordenó iniciar una notación, a partir de cuyos neumas se desarrollaron tanto las notas de finales de la Edad Media como las modernas.

A través de la gran *Admonitio generalis*, dirigida a su clero en marzo de 789, se expresa la gran preocupación de Carlomagno por la verdad: *Psalmos, notas, cantus... bene emendate*. Carlos hizo llegar de Monte Cassino una copia exacta de la regla de San Benito y ordenó que desde entonces todas las comunidades

conventuales, en todas las partes de su reino, vivieran según esta única regla humanista. En St. Gall se ha conservado una copia de esa «Regla de Aquisgrán» que dos monjes del convento de Reichenau habían elaborado por encargo de su abad, tal como subrayan, palabra por palabra, letra por letra. Paulo Diácono recibió de Carlos el encargo de reunir una colección de sermones de los padres de la Iglesia, un libro de homilias, según el cual tenían que proceder desde entonces todos los clérigos en las exposiciones de los textos del Evangelio.

Los mismos evangelarios lujosos, que fueron escritos en Aquisgrán, muestran que en la Corte se había dado gran valor a un texto cuidadosamente editado, en el cual se iban efectuando continuas mejoras. Alcuino, Teodulfo y otros se esforzaron al mismo tiempo en transcribir un texto unitario y depurado de toda la Biblia. ¿Cómo se podía verdaderamente tomar en serio la Sagrada Escritura si se le daba lectura en los diferentes lugares en versiones y traducciones distintas? Alcuino pudo hacer entrega de su Biblia a Carlos cuando se celebró su coronación en Roma. Aunque no se impuso una «Biblia del Imperio» obligatoria, es característico de la mentalidad carolingia que sobre la variedad de las versiones latinas se quisiera recurrir a la antigua *hebraica veritas*, al texto originario hebreo.

Correspondiendo al mismo deseo de una norma, surgió finalmente (aunque no antes de la muerte de Carlos) el plan ideal de convento que se ha conservado en St. Gall. De dicho organismo, autárquico en sí, completamente racionalizado según la regla de San Benito, volveremos a hablar.

Si en alguna parte puede ser comprendida la personalidad espiritual de Carlos es en el interés por lograr una norma. Exigió de sus pueblos la unidad en la diversidad, la medida y la claridad. Teniendo en cuenta dicha mentalidad, se entiende también que el monarca anciano diera la orden de que se redactase una gramática de su lengua materna franca, un trabajo que nadie en su Corte podía llevar a cabo. Incluso para los conceptos latinos que eran necesarios no se sabía ninguna traducción. Igualmente debían ser puestas de manifiesto las leyes de las lenguas habladas. «Después de la asunción del título de emperador, al ver cuántas deficiencias eran inherentes a las leyes de su pueblo —es decir, que los francos tienen dos derechos, que en muchas partes difieren fuertemente el uno del otro— se propuso completar lo que faltaba, llevar a una armonía lo que discrepaba y mejorar lo alterado e inutilizable; con todo, no pasó más allá de convertir diversas disposiciones en derecho del pueblo, e incluso éstas no

eran completas. Sin embargo, hizo reunir el derecho consuetudinario de todos los pueblos que estaban bajo su soberanía y ponerlo por escrito. Igualmente hizo transcribir las antiguas canciones alemanas, en las cuales estaban narrados los hechos y las luchas de los antiguos reyes, y las transmitió a la posteridad. También hizo emprender una gramática de su lengua materna.

Su propia satisfacción personal por el trabajo realizado se desprende de las palabras de Eginhardo, en las cuales se describe cómo Carlos no solamente había dado nombres germanos a los doce meses, sino también a los doce vientos, mientras que anteriormente apenas se podían encontrar cuatro denominaciones concretas. Uno puede imaginarse al patriarca gratamente rodeado por sus hijas y los sabios, mostrando orgulloso a sus huéspedes forasteros sus cámaras del tesoro y explicándoles pacientemente la diferencia entre el *ostroniwint*, el *outsundroni* o el *sundostroni*.

Pero esta preocupación por las palabras, textos y ritos no solamente refleja el deseo de unidad y norma, sino que tiene como base la inquietud por las leyes superiores que mantienen estructurada la obra del universo según el número y la medida, según la verdad misma. Carlos siempre se interesó por la astronomía como corresponde a un hombre que a menudo únicamente podía orientar sus cabalgadas siguiendo las estrellas. Consecuencia de su interés son los manuales de cálculos astronómicos, de los cuales el más rico surgió en 810 como resultado de las investigaciones realizadas por Carlos para reformar el calendario. Ha sido conservado en varias copias, entre las cuales la mejor la hizo elaborar Drogón, hijo de Carlos. Aún más ampliamente que sus intereses astronómicos desarrolló los teológicos. Ya sabemos con qué pasión tomó parte en la polémica a propósito de las imágenes, pidiendo una observancia más estricta, tanto si ello condenaba las imágenes de Cristo o las de los santos.

Mientras en todas las zonas del país seguían pendientes tareas administrativas no demasiado complejas, en las dietas del imperio, que Carlos hizo celebrar, las disputas teológicas ocupaban una sorprendente cantidad de tiempo. El punto culminante de los discursos fue la refutación del adopcionismo, una herejía cristológica que prosperó en la iglesia visigoda de España. Con su repudio se defendió la unidad de la persona de Cristo, que estaba amenazada por la separación de su naturaleza humana de la divina. Los adopcionistas defendían la tesis de que la naturaleza divina de la segunda persona de la Santísima Trinidad había sido creada desde el principio por Dios padre, pero que la humana



Página perteneciente a un manual astronómico, aproximadamente del año 803.

había sido posteriormente adoptada por El. Gracias a esta adopción, el Cristo que había vivido en la tierra se había convertido en hijo del Padre. Los portavoces de dicha doctrina fueron el arzobispo Elipando de Toledo (717-h. 800), primado de España, que defendía al mismo tiempo la independencia de la iglesia española, y Félix de Urgel, un teólogo luchador.

Su oponente era, sobre todo, Alcuino, que en el transcurso

de su actividad como teólogo no vibró ante ninguna otra cuestión más apasionadamente. Su sobria inteligencia latina e inglesa, no podía seguir los razonamientos de los españoles. Sobre todas esas sutiles cuestiones publicó varios libros. Carlos se sintió autorizado y capaz para intervenir aquí como juez. El carácter esotérico de la doctrina adopcionista le debía de parecer bastante extraño. La naturaleza humana de Cristo, para ambos, no podía desligarse de la divina en ningún momento de la historia.

Carlos se ocupó en tres ocasiones, durante largas sesiones, de estas polémicas: en Ratisbona, en 792; en Frankfurt, en 794, y en Aquisgrán, en 802. Cada vez fue condenado Félix de Urgel, y en cada una de ellas se le dio oportunidad de defender sus opiniones. No podemos extendernos aquí en la prolijidad de las argumentaciones que se escribieron sobre este problema, pero es preciso señalar que en aquel siglo la cuestión afectó repetidamente a las mentalidades dirigentes y a la Corte. Uno se asombra del hecho de que este conflicto, situado en medio de las guerras sajonas y las campañas contra los ávaros, inquietara más que cualquier otro, tanto a la Corte como al clero, tanto en los palacios de invierno como en las celdas de los conventos. Este tipo de cuestiones teológicas representa una temática respecto de la cual muchos problemas de la jurisprudencia o de la administración del reino pasaban a segundo término, y no digamos de las realizaciones artísticas que nosotros situamos en un primer plano. Carlos consideró como uno de sus deberes de soberano combatir cualquier herejía, sobre todo en el punto referente a la existencia de las tres personas divinas en un mismo plano. En sus largas marchas a caballo, probablemente conversaba acerca de las estrellas, así como también a propósito de la estructura del universo, la cual está mantenida por las mismas leyes que la divinidad trinitaria.

Los monjes y los sacerdotes de educación superior se unieron a la comitiva de la Corte. En Italia, Carlos, ya en 774, había persuadido al maestro de gramática Paulino de Aquileya a que prestara servicio en la Corte. En 780 se presentó al rey, en Pavía, Pedro de Pisa, que asimismo le dio clases de gramática, y en marzo de 781, en Parma, el gran Alcuino. Al año siguiente, Paulo Diácono, un benedictino de la más alta nobleza lombarda, se dirigió a Carlos preocupado por la suerte de su hermano, prisionero por rebelde. Al mismo tiempo encontramos también en la Corte carolingia al anglosajón Beonrad-Samuel de Echternach, a los eruditos irlandeses Jonas y Raefgot y poco después a Dungal y Cadac.

El visigodo Teodulfo, el mejor latinista, junto a Paulo Diáco-

no, compareció ante Carlos antes de 790. Esta primera generación de eruditos de la Corte se aumentó en una segunda, sobre todo gracias a los francos, entre los cuales son los más significativos Eginhardo, el franco del Main, que fue más tarde director de las construcciones de la Corte y autor de la *Vida de Carlos* (desde aproximadamente 794, en Aquisgrán), y el noble y majestuoso Angilberto.

Es curioso que a ninguno de dichos eruditos y poetas les pusiera Carlos ningún obstáculo cuando desearon marcharse de nuevo. A la mayoría de ellos pronto les asignó Carlos lucrativos monasterios y sedes episcopales. Paulo Diácono abandonó el reino franco en 787, apenas transcurridos cinco años. En el mismo año, Carlos perdió a su profesor de gramática Paulino, porque le asignó la sede episcopal de Aquileya. Angilberto recibió en 790 la abadía de Centula, la antigua Saint-Riquier, junto a Abbeville, como regalo por sus buenos servicios, y posteriormente fue venerado allí como un santo. Alcuino recibió en 796 la abadía de Tours, y con ella se le entregó un imperio conventual que comprendía más de 20.000 almas. Era la más valiosa que Carlos tenía para adjudicar. Teodulfo se convirtió antes de 797 en obispo de Orleans al mismo tiempo que abad de Fleury, el actual Saint-Benoît Sur Loire.

Da la impresión de que Carlos no se daba cuenta de los obstáculos que las grandes distancias significaban para la colaboración científica, en aquella época en la que existían pocos medios de comunicación. Encomendaba tareas importantes y enviaba sin reparos a las provincias más alejadas a todos cuantos le rodeaban en la Corte, ya fueran sus propios hijos, condes e, incluso, obispos. Si no se hubiera vuelto tan sedentario, no hubiera tenido ninguna comprensión de la necesidad de continuidad que tiene cualquier labor espiritual en un mismo lugar. Su temperamento y sus rápidas decisiones mantuvieron constantemente a toda la Corte en movimiento. Se observaba un continuo ir y venir en esta caravana carolingia que tardó en alcanzar su asentamiento definitivo.

Alcuino, el gran escritor epistolar del siglo, intentaba mantener las relaciones a través de mensajeros que llevaban sus cartas latinas, las cuales consideraba importantes también como testimonios literarios; tanto que mandó hacer copias de todas y las hizo reunir en un volumen. En estas cartas daba a sus alumnos, así como a muchos miembros de la sociedad cortesana, nombres eruditos y bíblicos, y con ello les introdujo en el distante mundo de la Historia y de la antigua cultura. Cuando llamaba a Carlos el

nuevo David, y a veces el nuevo Salomón, Moisés o Constantino, lo hacía también por motivos políticos, puesto que quería considerar al emperador como monarca cristiano. Igualmente se entiende que se dirigiera a sus amigos poetas con los nombres de los grandes de la Antigüedad: a Angilberto como Homero, a Medoin como Nasón (Ovidio), él mismo, como Flacco (Horacio).

A Eginhardo, que había asistido a la construcción de la Corte de Aquisgrán, le era fácil darle el nombre de Bezaleel, realizador del tabernáculo en el Antiguo Testamento. Igualmente, al archivario de Carlos, el arzobispo Hildobold, le dio el nombre del sumo sacerdote Aarón. Adelardo de Corbie era llamado Antonio; su hermana Gundrada, Eulalia; Paulino de Aquileya, Timoteo; Richbod de Tréveris, Macario. El hecho de que el anciano abad diera nombres latinos tanto a la hermana como a las hijas de Carlos manifestaba al mismo tiempo una relación amistosa, familiaridad y distancia. Gisla era llamada Lucía; Rotruda, Columba; otra, Delia.

¿Pero qué se puede decir cuando un guerrero encanecido en las guerras sajonas como el tesorero Meginfried, el copero Eberhard o el senescal Audulfo son apellidados Thyrsis, Nemias o Menaclos? ¿Podía suponer que éstos y ni siquiera alguien que no estuviera en las aulas de las escuelas superiores, en las cuales se aprendía a Virgilio de memoria, sabían quién era cada cual? Aquí el clasicismo se convierte en una mascarada y la ambición intelectual en un juego inofensivo. Se pierde el sentido de las proporciones, y aquel elemento utópico de conexión con la Antigüedad, con el cual nos encontramos a menudo, vuelve a aparecer en primer plano. Los buenos latinistas se alejan, en aras de los clásicos del pasado, de las realidades de la propia época. También el nuevo Imperio de Carlos posee una faceta utópica. Sólo el arte de su Corte le permitió afirmarse en la zona de la idealidad.

Muy cerca de este aspecto utópico estuvieron también sus decretos referidos a la educación. Por lo que podemos ver, constituye un acontecimiento único dentro de la Historia Universal que un guerrero victorioso ordenara a su pueblo que se instruyera, si bien es cierto que estas órdenes sólo alcanzaron al clero y se refirieron únicamente a los monasterios, sedes episcopales y rectores de las parroquias. Existe una larga serie de decretos que se ocupan del clero, de sus escuelas y de sus exámenes.

La *Admonitio generalis* de 789 pertenece igualmente a ellos, así como la *Epistola de litteris colendis* de finales del siglo VIII y el *Capitulare de examinandis ecclesiasticis* de 802. Ya los títulos muestran por dónde van estas ordenanzas: «Exhortación

general», «Carta para el cuidado de la educación», «Decreto sobre los exámenes del clero».

Carlos había ordenado a los obispos organizar en sus ciudades escuelas adecuadas. También la escuela del palacio de Aquisgrán enseñó tanto a los muchachos como a las doncellas, así como también a adultos, y en ella, junto a la gramática y la retórica, se contaban entre las asignaturas el latín, la enseñanza del estilo, la música, el conocimiento de los astros y el álgebra. Los hijos e hijas de Carlos recibieron sin duda una educación muy distinta a la de su padre. Podían leer y escribir el latín y en parte también el griego. Entendían igualmente bien la lengua materna franca así como los dialectos románicos de Italia y del sur del reino franco. Sin embargo, no sabemos cuántos de los aproximadamente cuatrocientos condes encargados de la administración de los diversos distritos del reino franco, al norte de los Alpes, podían no ya leer los decretos de Carlos, sino además entender su latín. Las famosas *Capitulares* con las cuales los carolingios ampliaron sus leyes después de unos contados precedentes merovingios, sólo sirvieron de sustitutivo de las órdenes que el rey había proclamado verbalmente y que no tenían validez legal hasta dicha proclamación.

Carlos quería estructurar las costumbres y el derecho antiguos gracias a la red de los ordenamientos latinos. Pero su arriesgada empresa estaba condenada al fracaso por el hecho de que ni siquiera el clero entendía y podía descifrar dichos decretos.

Pertenece a las curiosidades existentes en los decretos utópicos, el hecho de que Carlos quisiera ordenar incluso las pequeñeces más nimias a través de decretos en latín a un pueblo que no sabía leer ni escribir. Así, mandó en su *Capitulare de Villis* plantar en cada finca el mismo jardín de plantas medicinales.

10. Coronación Imperial

Nos acercamos a la gran fecha en la vida de Carlos, que a la vez es una de las más decisivas en la historia de Europa: su coronación imperial el 25 de diciembre del año 800.

Los interlocutores más importantes de Carlos fueron durante toda su vida los papas. El eje principal de la política carolingia, alrededor del cual giraba todo lo demás, fue su relación con la Santa Sede. Para Carlos dicho diálogo empezó ya con la primera empresa política que conocemos de él, aquella misión que desarrolló cuando, siendo un joven de doce años fue a Saint-Maurice para recoger al papa Esteban II. El acto de estado en Saint-Denis, en el que fue consagrado su padre y él mismo se convirtió en *patricius romanorum* debió de marcarle de un modo inolvidable. El primer contacto personal con un papa fue el que mantuvo con Adriano (772-795), el pontífice que gobernó durante un periodo más largo que ningún otro desde los días de San Pedro. Este personaje romano, comparado con Carlos, demuestra superiores dotes diplomáticas, quizá incluso políticas. En sus negociaciones con los francos, los lombardos, los duques de Benevento y Bizancio, este papa fue aumentando progresivamente el poder, el prestigio y la independencia de la Santa Sede.

Después de la muerte de Carlomán, hermano de Carlomagno, Adriano retrasó la unción y consagración de los hijos de aquél, que le había sugerido el rey Desiderio, hasta que resultaron superfluas por la conquista del reino lombardo. Carlos mismo tuvo que dominarse hasta el máximo para no perturbar las negociaciones. Con simpatía paternal, el papa, en 781, no solamente coronó a sus dos hijos, sino que asumió su padrino en su bautizo. Esta amistad familiar le permitió permanecer libre de cualquier tutela franca en los posteriores tratados con Bizancio.

Aun cuando Carlos no siempre satisfizo enteramente sus deseos, y sus prometidos viajes a Roma se iban posponiendo repetidamente —sólo había visto al papa por tercera vez en 786—, tuvo que hacer concesiones demasiado grandes a la Igle-



Biblioteca Apostolica Vaticana

El papa León III y Carlomagno. Copia realizada por Ciacconio según un mosaico, ya destruido, existente en Santa Susana, Roma.

sia como para poder cumplirlas. Existe aquí una contradicción entre la práctica de la administración y lo tratado, entre los hechos y los documentos, que es característica de la relación entre Aquisgrán y Roma. La realidad parecía diferente a lo que daban a entender los documentos, que es lo único que ha llegado hasta nosotros. El Papado ha preferido en todos los tiempos atenerse a los escritos, aunque sean falsos —como aquella donación de Constantino, que también pertenece a la cultura carolingia—; mientras que Carlos firmaba alegremente con su famoso signo, pero, a la vista de la realidad, apenas se enteraba de lo que había garantizado con tanta solemnidad.

Al contrario del porte noble de Adriano, su sucesor León III era de débil naturaleza y de clase baja. También gobernó más de veinte años (795-816). Era romano y tuvo que ir ascendiendo

desde los puestos inferiores en el *vestiarium* papal (la cámara de las vestiduras litúrgicas) hasta llegar a arzobispo. La oposición de la nobleza romana hizo que él fuera en todo momento un subordinado de Carlos. Caracteriza el culto a la nobleza en aquella época el que precisamente porque era de origen humilde se le culpara de las faltas morales más horribles. En el invierno de 799 intentaron dejarle ciego y le obligaron a huir a Aquisgrán. Da la impresión de que Carlos se desvió hacia Paderborn para forzarle a continuar el doloroso viaje. Define su carácter el hecho de que en la Corte de Carlos hubiera defendido abiertamente la leyenda de que había sido curado de la ceguera por un milagro, así como también que había recuperado la lengua que le querían cortar (no sin motivo seguramente).

No se ha podido investigar de un modo seguro si en Paderborn se habló ya del nuevo imperio. La posición de Carlos respecto del papa nunca fue más fuerte en otro momento. Como no era juez del papa, le correspondió el papel de árbitro entre él y sus demandantes. «Todo depende de su sentencia», escribió Alcuino desde Tours. No todos los nobles y obispos del reino consideraron exageradas las acusaciones. Ya en años anteriores había quedado patente la independencia de Carlos cuando designó a Arn arzobispo de Salzburgo y dio noticia a León III del hecho consumado. Entonces hizo que el mismo Arn, junto con el archivero Hildiboldo, cinco obispos y tres condes, acompañaran al papa hasta Roma para que éstos pudieran allí investigar su caso.

Las sesiones preliminares tuvieron lugar en la sala de actos de la Corte papal, el triclinio de Letrán. Es probable que León III, precisamente este invierno de 799 a 800, hubiera aprovechado la oportunidad de demostrar de modo evidente su relación con Carlos, en esta gran sala, a través de los autores del mosaico. Entre los investigadores existe unanimidad en pensar que ningún otro momento corresponde mejor a la génesis de esta representación plástica que el año transcurrido entre el regreso del papa en septiembre de 799 y la coronación de Carlos en la Navidad de 800. Casi al mismo tiempo debió de surgir un segundo mosaico con la imagen del rey franco en Santa Susana, la iglesia personal del nuevo papa, de la cual había sido cardenal.

En el ábside del triclinio se elaboró entonces un mosaico con la figura de Cristo, que envía a los doce apóstoles por todo el mundo. A la izquierda, en la amplia pared, se veía a Cristo en su trono otorgando los signos de su dignidad, el palio y el lábaro, a los jefes del mundo arrodillados: Pedro y el emperador Constantino. Del mismo modo, en el lado derecho, junto al ábside, volvía a



Biblioteca Apostolica Vaticana

San Pedro entrega el palio al papa León III y a Carlomagno la bandera de la ciudad de Roma. Copia de un original de hacia 800, hoy destruido.

estar representado Pedro en su cátedra, y de nuevo, a su lado, el papa León y el rey Carlos arrodillados, los cuales recibían los signos de su dignidad, el palio y la bandera de la victoria.

De estos mosaicos sólo se han conservado copias posteriores de finales del siglo XVI, pero nos ha llegado este ritual, así como inscripciones dignas de crédito. León quería demostrar que si Pedro había recibido a través de Cristo el poder de atar y desatar, a él le había sido transmitido a través de Pedro el poder espiritual y que Carlos sin duda debía a Pedro no su cargo de soberano sino su victoria. El mismo Carlos, tres años antes, en su famosa carta de respuesta a la que le había enviado el nuevo papa para comunicarle su elección, había definido de otro modo y más claramente la relación entre el Papado y la función del soberano. El papa, a través de sus oraciones, debía implorar la gracia de Dios; pero el rey en la tierra no solamente debía preocuparse de

que la Iglesia romana y el pueblo cristiano recibieran toda la protección contra los incrédulos y los que poseían otras creencias, sino también de que la fe católica y las costumbres cristianas fueran fortalecidas dentro de su reino.

El papa, según esta interpretación, debía limitarse a rezar como un monje, en tanto que el emperador debía asumir las demás tareas, incluyendo la educación para el cristianismo. Fueron sobre todo aquellos deberes educativos los que le parecieron a Carlos las tareas propias de un emperador. Para poder hacerse cargo mejor de ellas, su Corte le insistió en que, en vez del título insignificante de *patricius romanorum*, adoptara el nombre del emperador, el *nomen imperatoris*. Su Corte, al menos desde las victorias sobre los ávaros, vivía bajo la impresión de que ésta, en realidad, era solamente una denominación del poder que poseía el rey franco. Los anales de Lorsch, que nos han transmitido año por año informes contemporáneos, podían subrayar que él tenía en su poder desde hacía tiempo las sedes principales del imperio franco, y, por tanto, junto a Roma, también Ravena, Milán, Tréveris y Arlés.

Fue un año sumamente fatigoso aquel en que Carlos asumió su nueva dignidad y también su nueva obligación. En marzo abandonó Aquisgrán para, siguiendo la costa de Flandes, trasladarse al Canal, donde ordenó construir barcos contra los normandos que desde las costas inglesas amenazaban en aquel momento a las francesas. En Pascua estuvo presente en la consagración de Saint-Riquier, en Centula, la gran iglesia-monasterio que sus parientes y su yerno Angilberto habían hecho construir con enormes gastos.

Entonces subió por la costa del Canal hasta Ruán, pasó el Sena para visitar a Alcuino en Tours, junto al Loira, donde se detuvo algunos días más de lo previsto, porque su última mujer, Luitgarda, enfermó allí y murió. Esto ocurrió el 4 de junio. Al rey debió de parecerle necesario rezar antes de su nuevo viaje a Roma en el santuario nacional franco, la tumba de San Martín. En el camino de vuelta a Aquisgrán estuvo en París, la única vez en todo su reinado, según se puede demostrar. En su nuevo palacio permaneció solamente algunos días, pues ya a principios de agosto le vemos ordenar en Maguncia una campaña del ejército dirigida contra el ducado de Benevento. Hasta finales de año no se reunió la alta nobleza de Austrasia con la Corte.

Carlos tardó unas diez semanas en trasladarse hasta Ravena a caballo, puesto que durante la marcha tenían que decidirse muchas cuestiones administrativas, dado que hacía trece años

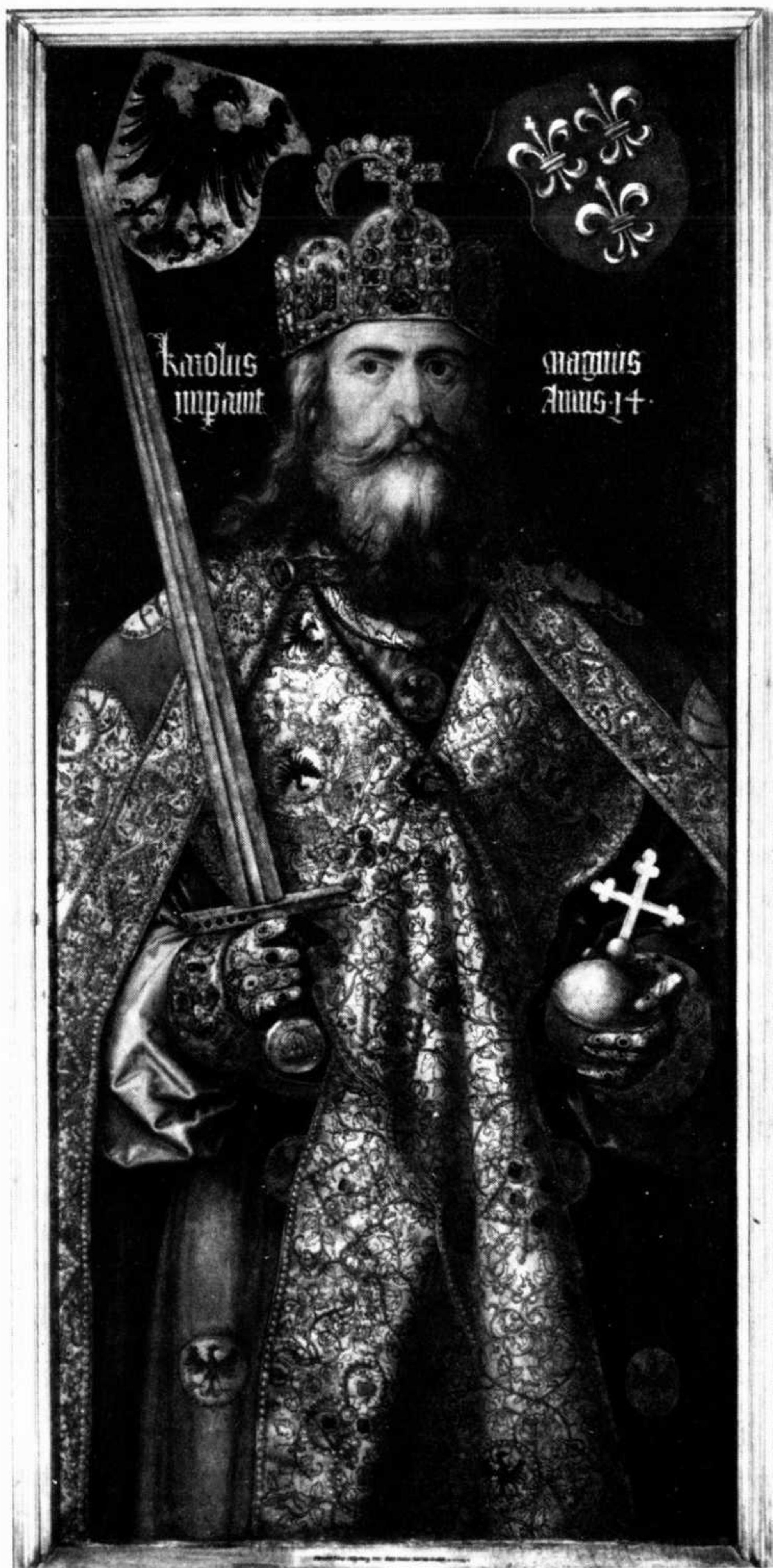
que no había pisado esta parte de su imperio. En el entretanto se había convertido en otro hombre; Italia, también era otro país, con una nueva juventud, y Pipino, de veintisiete años, podía ejemplificar su nuevo cuadro de dirigentes y quizá también el nuevo ambiente. Durante su estancia de siete días a principios de noviembre en Ravena, tomó la decisión de aplazar la campaña y confiar a su hijo Pipino sólo pequeñas operaciones, ya que no era de esperar ninguna oposición importante desde Benevento. Esta vez no llevó al rey de Italia consigo para ir a Roma. En 24 de noviembre el papa salió a su encuentro en Nomentum después de cabalgar veinte kilómetros. Hasta entonces, una distinción semejante sólo se les dispensaba a los emperadores, e incluso éstos se habían conformado con diez kilómetros. Carlos fue recibido en Roma como emperador, según describen detalladamente los anales del Imperio. Había más de un mes para preparar las festividades de la coronación.

El asunto mismo de León III tuvo que ser decidido anteriormente, el 1 de diciembre, a su favor, contra los acusadores. Todos se habían puesto de acuerdo en que el acto festivo de la coronación debía tener lugar no en la iglesia donde se celebraba la Navidad, Santa María la Mayor, sino en la iglesia de San Pedro, que a los francos siempre les pareció el santuario más importante de la ciudad. El papa le colocó primeramente la corona sobre la cabeza. Luego se procedió a su confirmación mediante la aclamación del pueblo. Le cantaron los laudes regios francos, que habían tenido que ser estudiados y ampliados para la ceremonia. En ellos, las letanías irlandesas y anglosajonas se sumaron a los textos latinos y griegos. Por tres veces sonó en San Pedro la estrofa siguiente:

iExaudi Christe! iKarolo piissimo Augusto a Deo coronato magno et pacifico imperatori vita et victoria!

No puede haber ninguna duda de que todo el acontecimiento tenía el total consentimiento de Carlos. Tal como los contemporáneos describen la coronación, fue llevada a cabo del mismo modo que fue planeada; en efecto, Eginhardo explica que Carlos había llevado el traje romano a petición del papa únicamente dos veces en su vida, una bajo Adriano y otra bajo León; esta segunda vez no puede haber sido otra que el día de Navidad del año 800.

Sin embargo, la coronación creó también cierto malestar en Carlos. De estas incomodidades en el acto de la coronación dan testimonio las fuentes contemporáneas, como también lo hacen las frases de Eginhardo más de treinta años después. Me inclino a pensar que Carlos, ya en este primer y único invierno en el que



permaneció en la Ciudad Santa, asumió tareas que ni él ni los emperadores alemanes posteriores podían llevar a cabo. ¿Cómo se podía regir una Iglesia, una nobleza y un país que se consideraban superiores a los francos? La peste hizo presa del ejército. Un terremoto el 30 de abril impidió el viaje de vuelta.

Ya antes de Pascua, algunos emisarios habían acudido a Roma al encuentro de Carlos desde Jerusalén, y otros, desde la Corte de Harún al-Rachid, le alcanzaron más tarde en Vercelli. El día 21 de junio, día de la fiesta de San Juan, lo pasó en Ivrea, y luego cruzó los Alpes y volvió a Aquisgrán.

Pero aquellas inquietudes tenían tres motivaciones. Primeramente, Carlos deseaba no deber nada al papa; en segundo lugar, no quería verse obligado a discutir con el emperador bizantino sobre un título que no había añadido nada a su poder en Occidente, y finalmente no quería reconocer que su nueva romanidad era superior a su originaria condición de franco. El nació para ser rey franco, había aprendido el arte de ser rey y estaba preparado para asumir la tradición merovingia. Podía organizar campañas, ceder a los que combatían con él y a los nobles de la Corte amplios trozos del país, podía establecer la paz y subvencionar generosamente a obispos y abades para sus tareas culturales. Podía promulgar leyes y ordenanzas en todas las partes de su reino. Pero ¿cómo podía asegurar su ejecución? A dicha cultura le faltaban los medios técnicos de información, así como las vías de comunicación para administrar desde su centro un reino gigantesco. Carlos volvió a Aquisgrán con nuevas preocupaciones. Con el título de *Imperator* había ganado poco. En Aquisgrán vemos al anciano monarca ocupado en meditar sobre sus nuevas obligaciones de emperador.

◀ Carlomagno. Pintura de Alberto Durero (1512). Museo Nacional Germánico, Nuremberg.

11. El anciano emperador en su palacio de Aquisgrán

La imagen de una Corte viajera no será sustituida por la del monarca en su residencia hasta los últimos años del siglo VIII. Desde 794-795, Carlomagno pasó la mayoría de los inviernos en Aquisgrán. Allí había construido un palacio monumental, como ningún otro soberano franco había poseído antes ni poseyó después de él. Supo dar a su reino un nuevo centro y se atrevió a intentar desde allí la estructuración de una administración central.

El intento debía fracasar con las condiciones de transporte y los medios de comunicación existentes, tanto más cuanto que la adversa economía agraria de la época nunca pudo soportar un aparato de funcionariado pagado. Ha quedado la obra de cultura: los edificios, parte de la decoración, los libros, los marfiles, los trabajos de orfebrería, obras de historiografía, de poesía, de legislación, el sueño de una *nova Roma*, un nuevo ideal.

Fue el año 794 —en el que se registra la transición de la imagen de un rey franco a caballo, a un monarca en el trono— y no el año 800 de la coronación, el que señala el gran cambio. Si el reinado de Carlos puede dividirse en dos fases, sólo puede colocarse la divisoria en el año primeramente indicado. Desde luego, el cambio de una Corte itinerante a otra sedentaria no se desarrolló de modo categórico, y todavía menos mediante las decisiones de un año determinado. Se lleva a cabo en un proceso que abarca un decenio. No sabemos en qué momento concibió el rey la idea de un palacio monumental, ni conocemos tampoco con precisión en qué año se empezó la transformación de la finca de Pipino en una residencia real. Tampoco parece que la elección del lugar fuera decidida desde un principio.

Tres razones propiciaron la resolución en favor de Aquisgrán: la población estaba situada en el territorio central de las posesiones de la familia carolingia; estaba rodeada de ricas reservas de caza; disponía de los baños más cálidos de la Europa central, cuya ventaja —según describe Eginhardo—, valoraba

ampliamente el monarca a sus cincuenta y dos años, agotado por las guerras vividas desde la infancia.

Me inclino a pensar que la decisión definitiva de la construcción fue tomada espontáneamente a partir de dicho invierno de 794-795, y las obras fueron llevadas a cabo con prisa e ímpetu militares, que muestran tanto el talento organizativo de Carlos como la capacidad de los artistas que hizo reunir en Aquisgrán procedentes de todo el imperio.

Carlos estuvo cinco veces en Italia y en cada ocasión regresó cambiado: en 774, cuando venció al rey Desiderio, conquistó Pavía y tomó el reino lombardo; en 776, cuando quebrantó las últimas resistencias que quedaban allí; en 780-781, cuando hizo consagrar a sus hijos Pipino y Luis como reyes de Italia y Aquitania por el papa Adriano I; en 786-787, cuando las formas de vida bizantinas de Rávena y Benevento empezaron a cambiar su imagen del mundo, y, finalmente, en 800-801, cuando recibió en Roma la corona imperial.

Dichos viajes constituyeron las etapas del ascenso de la cultura franca hasta la carolingia. La misma se benefició de una evolución que había empezado con los viajes de Pipino a Italia y los del papa al estado franco, y poco a poco profundizó en la valoración y la comprensión de la Antigüedad mediterránea. Esta enseñó a la aristocracia franca y a la Iglesia el camino hacia un nuevo clasicismo cortesano latino, que vemos florecer poco antes del año 800. El palacio mismo de Aquisgrán, como idea y forma de construcción, proviene del Sur.

Entre los viajes a Italia, los dos últimos —de nuevo viajes en invierno— tuvieron un significado especial para la expansión del horizonte político y espiritual de la Corte franca. Ya he mencionado los acontecimientos del invierno de 800-801, momento en que se celebró la coronación imperial. Este viaje tuvo lugar trece años después de los anteriores, y más tarde, siendo emperador Carlos ya no volvería a pisar Italia.

Si se piensa que, por ejemplo, Otón I el Grande pasó más de nueve de los doce últimos años de su reinado en el Sur, se advierte que los compromisos que tenía el rey franco eran mucho menos importantes. Ya en 781 Pipino, hijo segundo de Carlos, había tomado el título de rey de Italia. Aunque nunca consiguió reunir a su alrededor una verdadera Corte y convertir su residencia en centro de cultura, pudo llevar a cabo los asuntos regionales casi de modo independiente, protegido por los poderosos miembros de la casa carolingia y los condes del círculo de amigos de su padre.

En aquel invierno de 786-787, Carlos pudo experimentar el poder y el peso de la cultura del imperio bizantino, pero a la vez ello supuso el ensombrecimiento de las buenas relaciones con la casa imperial. Aun suponiendo que los emisarios de la emperatriz Irene en el anterior viaje a Italia de 781 hubieran conseguido el compromiso del sucesor del trono bizantino con la hija de Carlos, Rotruda, éste habría desecho en este último viaje el compromiso.

La oposición entre ambos imperios pasó a primer plano, y con ella, al mismo tiempo, el deseo del rey de situarse como igual, e incluso por encima de Bizancio en todos los campos. Constantinopla ejercía aún poder político real en dos zonas de Italia: en el territorio de la costa de Venecia, donde un duque —el dux— deseaba conservar buenas relaciones con Oriente, y en el Sur, donde los duques de Benevento vacilaban constantemente sobre si debían inclinarse en favor del papa, los francos o los griegos. Con Benevento, Carlos llegó a un buen acuerdo en Capua en 786. Pero allí el arrogante reino franco debió también renocer no solamente dónde estaban situadas las fronteras naturales de su poder militar, sino también los límites de las posibilidades del mismo monarca de hacerse valer como primera autoridad de la cristiandad.

No poseía, en efecto, ninguna ciudad que, como Constantinopla, ofreciera —junto a la Corte y sus experimentados funcionarios, eruditos, poetas, artesanos de cualquier oficio— seguridad suficiente bajo sus muros a un amplio equipo de comerciantes, y con la cual la capital, en parte, viviera del comercio y a veces incluso dependiera de él. Contemplando los edificios de Roma —aquellas ruinas gigantescas, protegidas por una muralla no menos gigantesca—, las iglesias de Rávena, los palacios de Teodorico (con adornos de mosaico brillantes como el oro), e incluso la caída grandeza de Milán —que, después de Roma y antes de Ravena, había regido durante medio siglo el imperio del mundo—, Carlos debió de tomar conciencia de los límites de sus posibilidades.

A los germanos no les gustaban las ciudades. Los centros episcopales del imperio franco eran también irrisoriamente pequeños, y si aún las podía llamar ciudades era porque un resto de la población gala o romana había sobrevivido en ellos a las corrientes de la época de las migraciones de los pueblos germánicos. En Roma, Rávena y Milán —que seguramente le habían sido descritas como mucho más pequeñas en comparación con Constantinopla—, Carlos debió de pensar que un monarca que se sentía llamado a gobernar el mundo tenía que poseer una ciudad o al menos un palacio monumental como centro de gobierno.

Por lo que sabemos, Carlos, igual que Pipino o Carlos Martel, no había realizado nunca construcciones monumentales. En sus campañas, los reyes francos se vieron obligados a preocuparse de la renovación de los caminos, y la edificación de fortalezas fue uno de los medios de asegurar los territorios conquistados en Sajonia. También en los palacios de invierno debían efectuarse nuevas construcciones o mejoras. La regla era que el rey no construyera; sobre todo allí donde él tenía prevista una visita, eran los demás —obispo, conde o abad— quienes construían para el rey.

Era al mismo tiempo huésped y señor, exigiendo las mayores inversiones, que luego él dilapidaba. Cuando a comienzos de 787, poco a poco —como siempre que no le empujaban necesidades extremas de la guerra— volvió a pasar los Alpes hacia Alemania, debió de exponer también planes de construcciones. En Navidad, Carlos estuvo en Florencia, Capua y Salerno; y en Pascua, en Roma. Entonces —debió de ser entre finales de mayo y junio—, según consta en los anales del imperio, «este rey bondadoso fue a Worms a buscar a su mujer, la reina Fastrada, y allí disfrutaron y se divertieron el uno con el otro y alabaron la misericordia de Dios» —*et ibi ad invicem gaudentes et laetificantes ac Dei misericordiam conlaudantes*—. Entonces el rey reunió una dieta del Imperio en dicha ciudad y dio cuenta a todos sus clérigos y a los demás nobles de cómo se desarrollaban todas las cosas en su campaña.

¿Se sabía ya dónde y qué se quería construir? Seguramente lo que aún no se sabía era cómo se podían satisfacer tan altas aspiraciones con medios propios, pues el arte de construir merovingio —el de la primera época de los francos—, no tenía ni maestros de obras ni experiencias en ellas, ni estaban preparados los modelos para un palacio monumental. En otro lugar hemos hablado de los comienzos en Saint-Denis, Lorsch, Ratisbona o Salzburgo.

Tampoco había llegado la época adecuada para construir. Carlos se trasladó de Worms a Augsburgo para luchar contra Tasilón, que se sometió y le cedió el cetro, aunque lo recuperó luego. Pasó el invierno de 787-788 en la finca de Ingelheim. Aquí, probablemente, junto a la cuestión de Tasilón, pensó también en los planes para la transformación de la Corte en un palacio monumental. Eginhardo llama a este palacio, junto a los de Aquisgrán y Nimega, las tres grandes construcciones del emperador.

En el invierno siguiente, 788-789, Carlos volvió, después de

veinte años, a Aquisgrán, donde le debían tener ocupado planes parecidos. Aquisgrán fue un lugar de descanso y recuperación de las legiones romanas, que a finales del siglo I y principios del II, construyeron grandes instalaciones de baños. Surgió una extensa colonia con una red regular de calles. El nombre — aunque esto no se supiera hasta más tarde— indica que ya los celtas habían poseído en el mismo lugar un santuario termal. Granus, del cual viene el nombre de Aquisgrani, fue un dios celta de las aguas. El lugar de las fuentes continuó siendo sagrado hasta la época de los francos, los cuales construyeron una primera capilla en el emplazamiento de la que más tarde sería la pequeña iglesia relicario de Pipino, como se la llama, aunque no es seguro que fuera Pipino el que la erigiera. En dicha capilla, y en la Navidad de 765, se celebró por primera vez una ceremonia religiosa regia en Aquisgrán.

Probablemente Carlos, que tenía entonces veintitrés años, conoció junto a su padre aquellas fuentes que en ningún momento habían estado fuera de uso, aunque no sabemos cuántas de las instalaciones de baños romanos eran aún utilizables. No se debe dar demasiada importancia al hecho de que cuando tenía veintiséis años, en 768-769, pasará allí el primer invierno de su reinado. Aunque en los documentos aparece sobre la fecha, la denominación de *Aquis palatio publico*, no se debe sacar la conclusión de que ya entonces existía en Aquisgrán un edificio que pudiéramos llamar palacio. Era una casa real construida de madera y entramado, más bien pequeña en comparación a muchas otras. En veinte años, Carlos, según se puede demostrar, sólo estuvo en ella dos veces de paso. En tan dilatado periodo no se sitúa en Aquisgrán ninguna estancia invernal de la Corte, ninguna dieta ni ninguna cacería de otoño.

En realidad, ni siquiera en 789 estaba adoptada la decisión en favor de Aquisgrán. Es posible que entonces el rey diera la orden de elaborar los planos y de comenzar las obras, de la misma manera que en el año anterior había mandado preparar planos similares en Ingelheim.

De nuevo tuvieron que pasar cinco años hasta que volvió a Aquisgrán, años relativamente tranquilos, dos de los cuales los pasó en Worms y otros dos en Ratisbona.

En Worms la Corte había alcanzado por primera vez un cierto asentamiento. Allí, el rey se podía instalar en el amplio palacio episcopal merovingio. El edificio, de origen romano, había servido para que los begundos recuperaran, durante breve tiempo, su quebrantado poder antes de continuar caminando hacia las suaves tierras a las cuales darían su nombre.

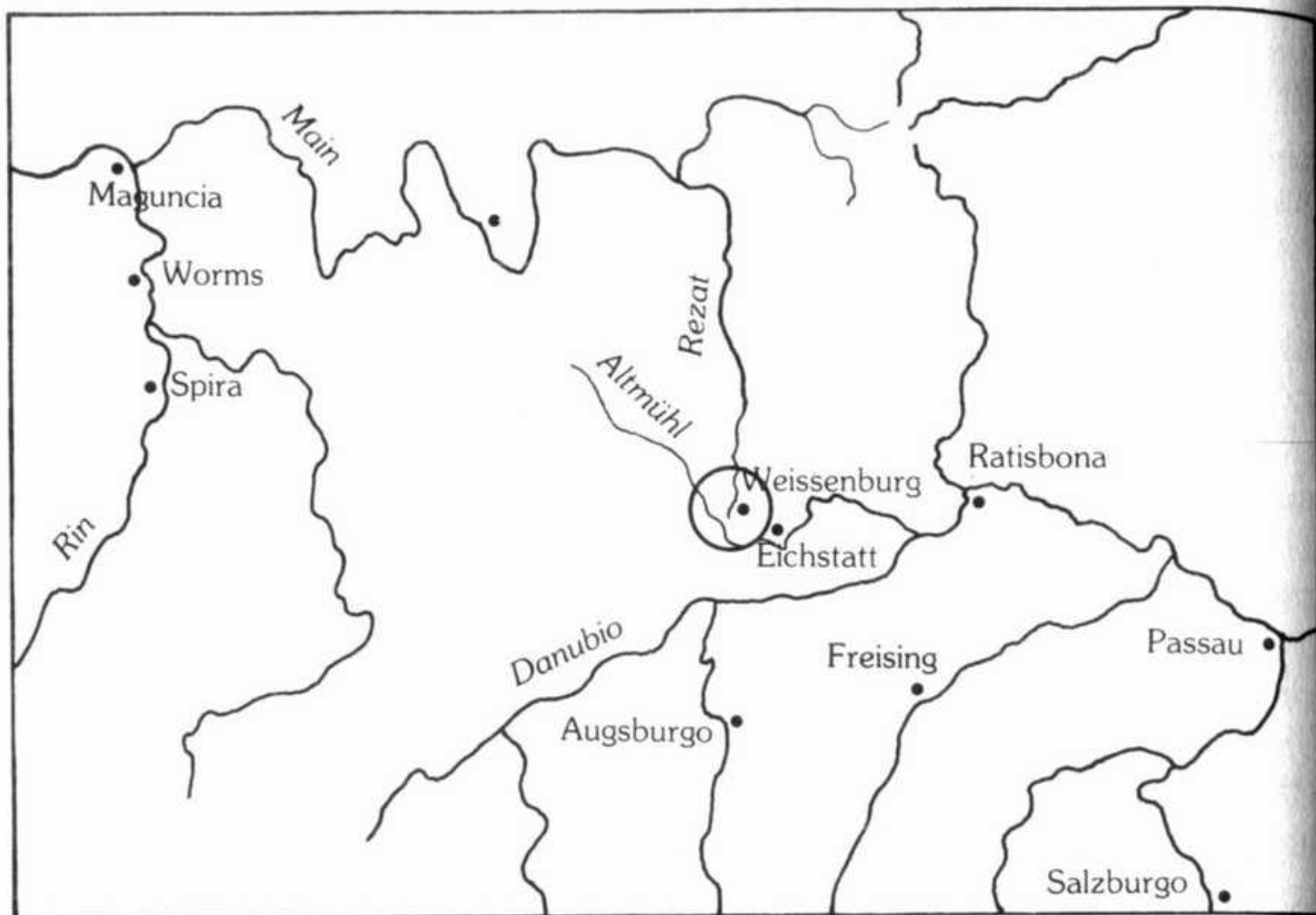
A su regreso, la Corte de Worms pudo recogerse en Metz, la ciudad episcopal de Arnulfo, antepasado de los carolingios, y antigua ciudad romana, con numerosas y grandes iglesias; en ella había gobernado como segundo arzobispo, después de Bonifacio, Chrodegang (fallecido en 766), un destacado partidario de los carolingios y amigo de Pipino. Allí debió de retirarse Paulo Diácono a escribir para Carlos una historia de su familia y de los obispos de Metz. Esta fue también la residencia del segundo director de la capilla de la Corte, Angilram, a quien Carlos había otorgado este alto cargo eclesiástico en la Corte después de la muerte de Fulrado de Saint Denis.

En Metz, la capilla de la Corte debió de encontrarse como en casa durante todos aquellos años hasta la muerte de Angilram en 791, ya que ésta no siempre viajaba con el rey. En tales circunstancias, Worms podía abrigar la esperanza, por primera vez, de ser el lugar donde se instalara la sede permanente. El archivo, la biblioteca y el tesoro de reliquias se habían podido igualmente ampliar y ordenar, así como las enormes existencias de vestidos y armas en las cámaras del rey.

También el incendio del palacio episcopal en 790 contribuyó a que Carlos no se decidiera a abandonar la ciudad. Su esposa, Fastrada pudo tomar aquí, por primera vez, realmente en serio tareas que asignaba a la reina el *Capitulare de Villis*: el ordenamiento de las fincas.

Desde Worms la Corte se trasladó a Ratisbona en 791. Allí vemos a Carlos al año siguiente ocupado en la construcción de un puente de barcas, una flota del Danubio y el canal Main-Danubio, aquella célebre *Fossa Carolina*, que en un lugar situado junto a Weissenburg y Eichstätt debía unir el Rezat-Regnitz y el Altmühl. Hasta entonces, para pasar por este sitio, había sido preciso desmantelar las embarcaciones (igual que se hacía en la Antigüedad en el istmo de Corinto). Las últimas investigaciones han demostrado que los planes eran factibles técnicamente, incluso con los medios de la época, si las dificultades de abastecimiento no hubieran obligado a Carlos a retirar las masas de trabajadores y su ejército. Hay que tener siempre presente que los alimentos para aquella gran multitud no se podían procurar acudiendo al transporte.

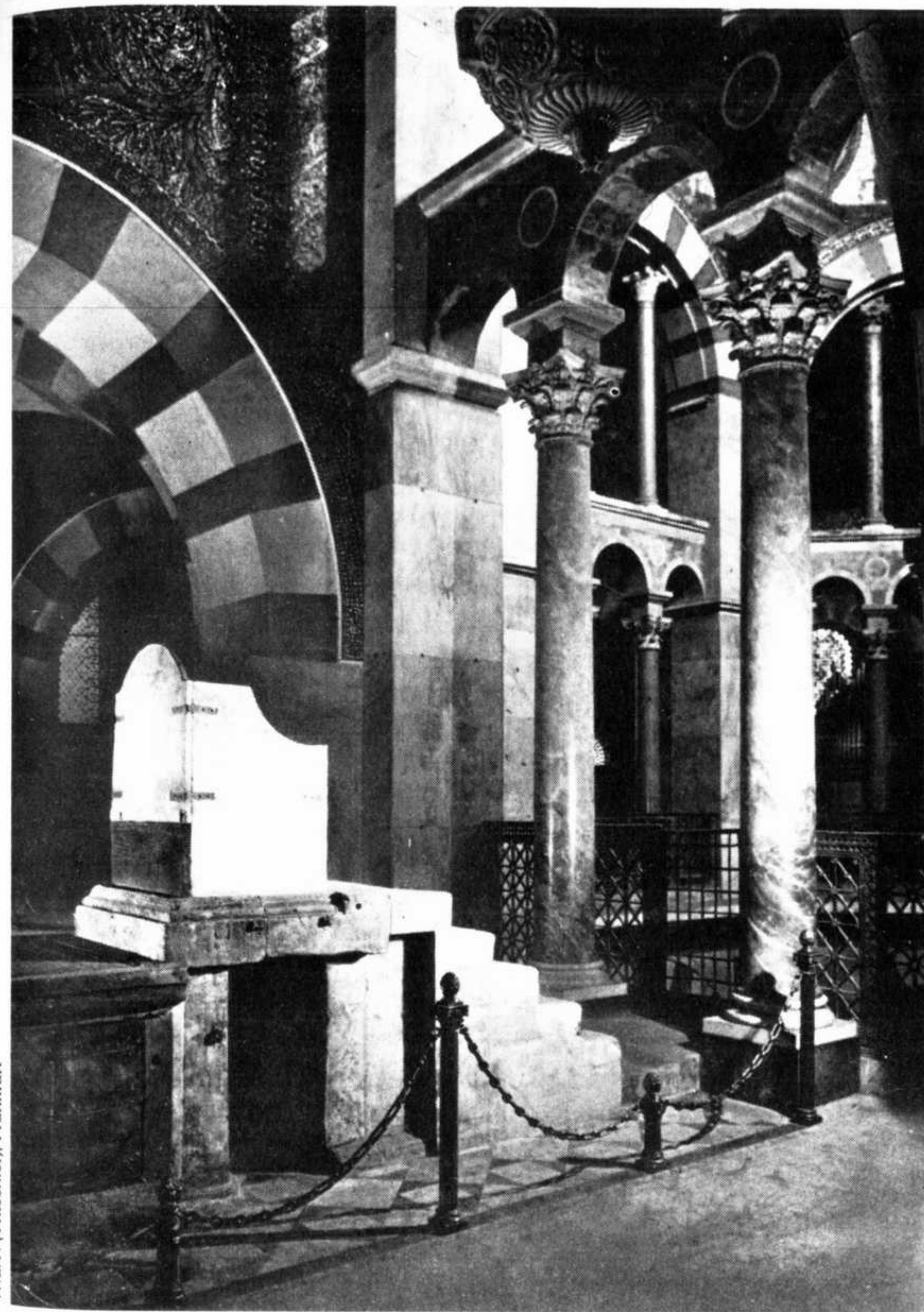
Tanto el ejército como la Corte tenían que vivir de lo que les proporcionaban las gentes del lugar. El mismo Carlos se encontraba en todos sus planteamientos sometido al siguiente imperativo: tan pronto se consumían las reservas de una sede episcopal, de un monasterio, de una finca real o de un condado, la Corte tenía



que marcharse. Como sede de su residencia, Ratisbona sólo podía considerarse adecuada si se aseguraba un enlace fluvial con el Main. Parece, en efecto, que Carlos planeó su nueva obra durante los años que estuvo en Ratisbona. El palacio ducal de Tasilón, construido entre las ruinas del gran campamento romano junto al Danubio, debió de contribuir nuevamente a fortalecer el deseo de una sede monumental de gobierno. La iglesia del monasterio de St. Emmeran, delante de las murallas del campamento, en la que el obispo también residía como abad, estaba igualmente en construcción, o quizá ya terminada, y seguramente era una de las mayores que hasta entonces habían sido construidas en el estado franco. Un nuevo levantamiento de los sajones fue la causa de que Carlos aplazara la construcción del canal.

En el invierno de 793-794 le vemos en Würzburg; en Pascua, un gran sínodo tuvo al rey ocupado en Francfort; en verano permanece en Sajonia, y no demasiado entrado el otoño volverá a Aquisgrán. No se debe rechazar la idea de que allí decidiera el plan y quizá comenzara ya las obras del nuevo palacio, inclinándose a convertirlo en su principal residencia. En Aquisgrán debió de encontrarse con un arquitecto verdaderamente genial, que puede haber sido un tal Odo, como cita una fuente posterior, o algún otro. Su eficiencia fue finalmente el argumento decisivo en la cuestión de la ubicación.

Raramente puede surgir una gran construcción sin un gran constructor, y aún más raramente sin la entrada en acción de un



W.u.T. (Tritschler), Frankfurt

Trono de Carlomagno en la capilla de su palacio de Aquisgrán (h. 798).

◀ Situación de la Fossa Carolina, entre los ríos Rezat y Altmühl, según H. H. Hofmann.

gran maestro que dé forma no sólo a las órdenes, sino también a los deseos no expresados de su señor y cree lo adecuado para hacer realidad el nuevo ideal. El plan de Aquisgrán presupone la coronación del emperador. Nos encontramos delante de una arquitectura imperial, la primera de la Edad Media, una obra arquitectónica que pertenece a épocas y pueblos diversos. Como en Lorsch, la investigación ha podido poner de relieve, de nuevo, los elementos bizantinos, latinos, lombardos y francos.

El maestro de obras tuvo que imponerse grandes autolimitaciones antes de poner en marcha su plan. Del mismo modo que en el libro de Thomas Mann José formuló la interpretación de los sueños del faraón tal como se le hubiera ocurrido al mismo rey de Egipto, el constructor a que nos estamos refiriendo se ajustó a todas las limitaciones de la mentalidad del rey y les dio una expresión tal, que Alcuino, en 798, podía escribir que él había hecho construir la capilla de palacio según sus propias instrucciones. En carta da noticia de las columnas de mármol *in opere pulcherrimo et mirabili ecclesiae, quam vestra dictavit sapientia*. A finales del siglo IX Notker reprodujo la opinión general, cuando aseveró que Carlos hizo realizar la iglesia «según sus propios planes (*propia dispositione*)».

Dicho maestro de obras dominó el difícil arte de hacer protagonizar el propio genio a otro. Se debe tener presente el plan de la instalación completa en el lugar de la colonia romana y sus calles para constatar la eficiencia del arquitecto. La concordancia entre sus tendencias creativas y el programa de gobierno del monarca se patentiza también en el intento de modelo de Leo Hugot. La grandeza del maestro y la congruencia interna de todas sus medidas constructivas se ponen de manifiesto con la simple contemplación de la capilla del palacio. Debía de ser un hombre que había viajado mucho y que había visitado Roma, Rávena y Milán. Si se le imagina de la misma edad que su señor, podía haber tomado parte ya en la construcción de Saint-Denis, que fue bendecido en 775. Quizás proceden de él la puerta y la sala real de Lorsch.

En otro lugar hablaremos de la arquitectura de las iglesias y monasterios de Fulda y de Centula, que fueron creados en el mismo decenio, y constituyen asimismo sorprendentes realizaciones. Es seguro que el rey habría contratado los servicios de aquellos arquitectos en su Corte si no hubiera contado ya con otro todavía más experto. Seguramente el maestro de Aquisgrán conoció las dificultades de ambos monasterios y no se excluye que hubiera tomado parte también en el de Centula.

El plan muestra la colonia romana como un cuadrado exacto de mil quinientos pies de lado, que está limitado por calles que aún subsisten en parte. Una encrucijada de calles lo divide en rectángulos, de los cuales el sudoriental contiene las instalaciones de baños. Allí, en planos que van subiendo hacia lo que fue posteriormente el palacio, debió de estar situada la finca franca, no lejos de la capilla de Pipino, cuyo altar permaneció como santuario intocable de la capilla de palacio hasta la construcción gótica, habiendo sido también un punto fijo para el maestro de obras de Carlos. Sin embargo, Carlos hizo girar este altar en unos treinta y ocho grados, precisamente en el eje oeste-este.

La sensibilidad de Carlos, a propósito de un severo orden litúrgico de la Iglesia, se expresa a través de estas primeras medidas de construcción. Las mismas tuvieron por consecuencia que todas las construcciones carolingias desde entonces tuvieran un giro de treinta y ocho grados respecto del eje de las calles y los edificios romanos. El palacio se sitúa, oblicua y transversalmente, entre las calles romanas y supera los niveles de las mismas prescindiendo de ellas; no permite, empero, que sus propias alineaciones se salgan del ámbito de dichas calles, ya que los ejes romanos corresponden mejor a las características del terreno.

Al mismo tiempo que la desviación del altar hubo que insertar el conjunto de la obra en un suelo ya edificado y tuvo que establecerse una estructura numérica escrupulosa. Únicamente un «buen» número daba lugar a una buena construcción, según lo creía Vitrubio. Sabemos que el franco Eginhardo —educado en Fulda y ascendido, en 794, a director de las construcciones reales— conocía a Vitrubio. En el círculo de amistades de la Corte, este hombre pequeño y vivaz —que Alcuino comparaba con un ratoncito— llevaba el nombre de Bezaleel, que había sido el maestro de obras y orfebre de Moisés, y del cual se podía leer: «El le ha llenado con el espíritu de Dios en sabiduría, en capacidad y en conocimiento en toda clase de trabajo, en realizar planes para hacerlos en oro, en plata, en bronce...»

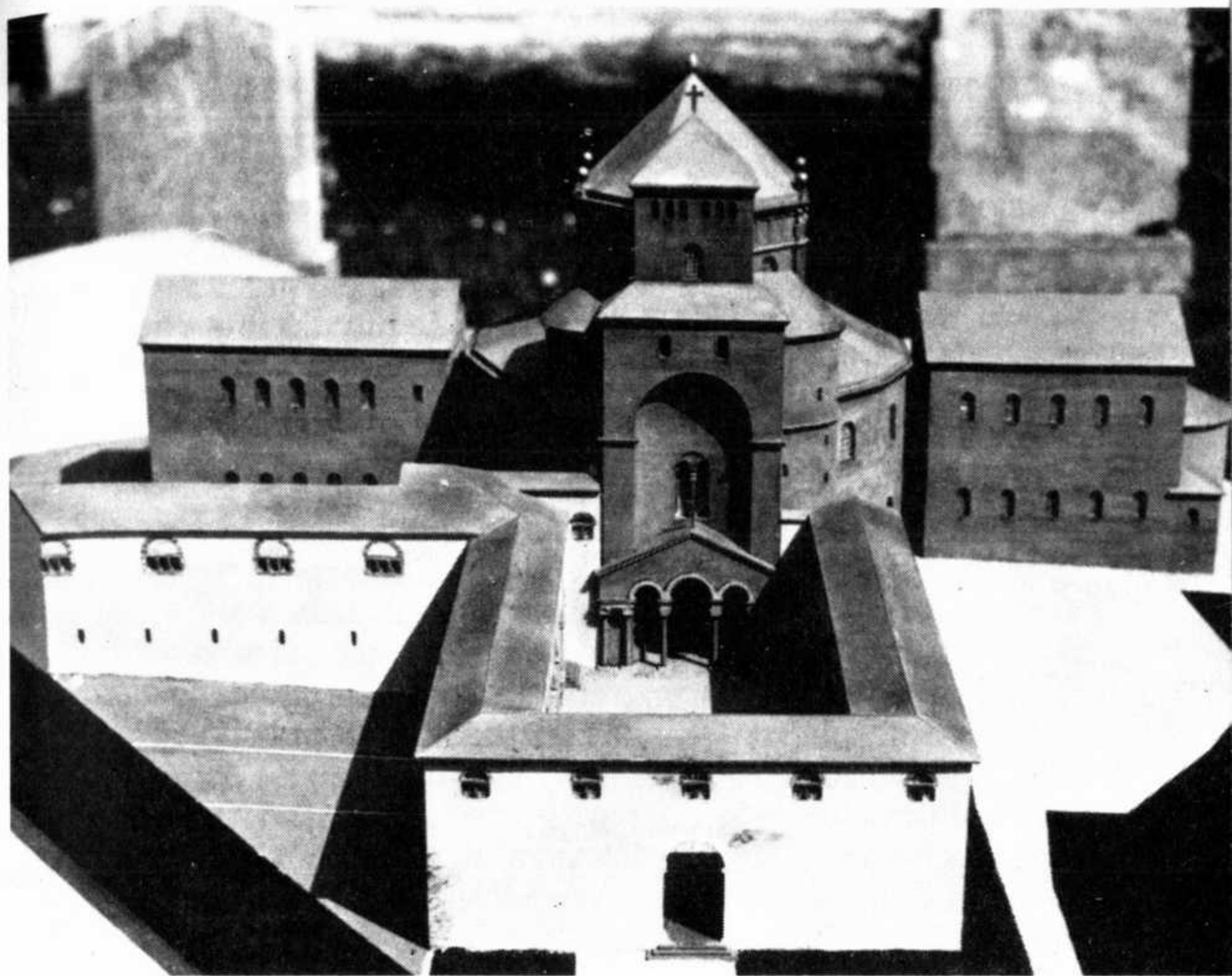
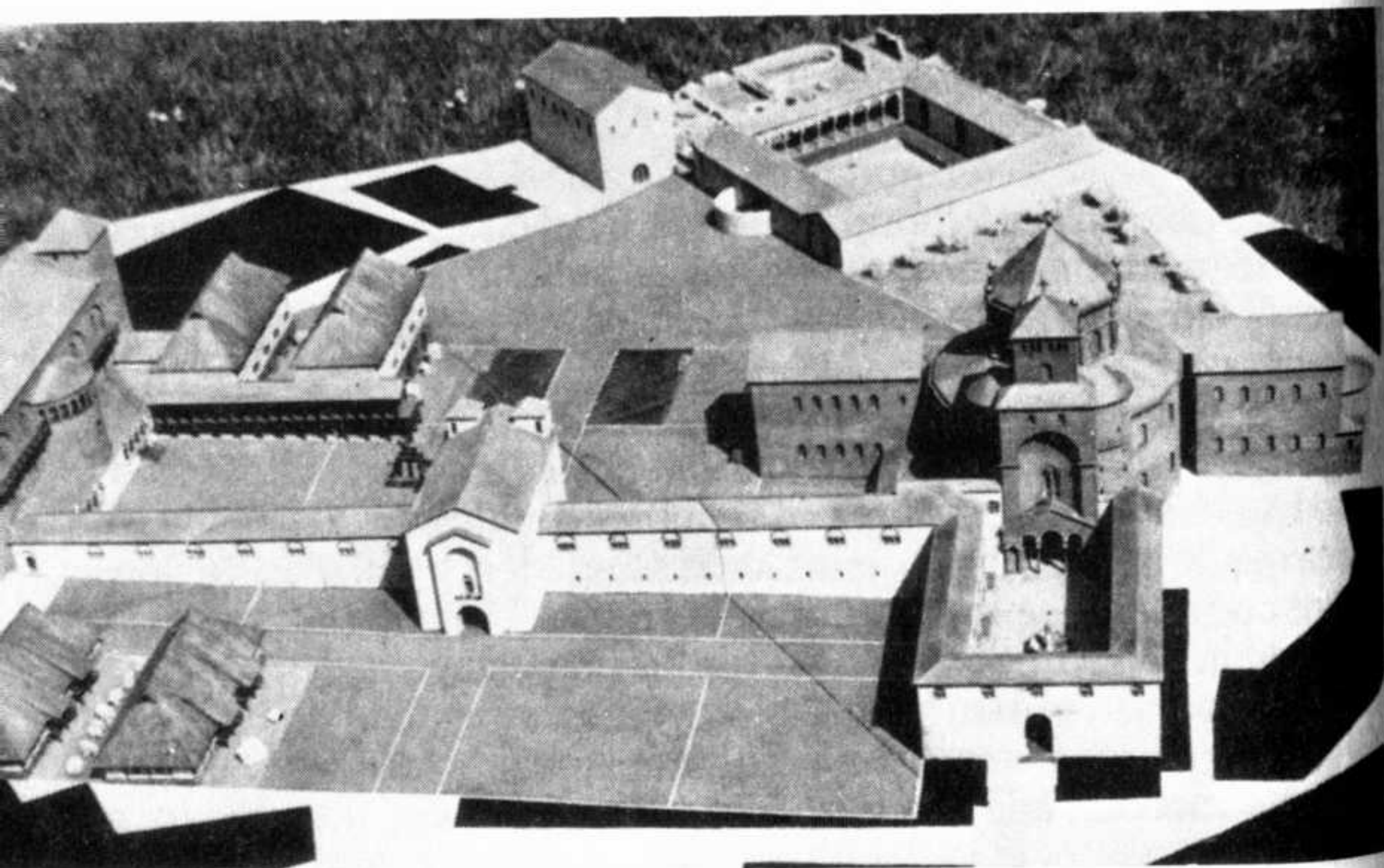
El Antiguo Testamento describe con gran detalle, en el segundo libro de Moisés, las proporciones de los objetos artísticos que Dios había establecido. Los hombres de iglesia que dirigían la reforma de las imágenes en la Corte, alrededor de Alcuino, tenían un conocimiento muy exacto de estas reglas. Veían en la construcción de la capilla de palacio un hecho que estaba ordenado por Dios, como la construcción de los monasterios y del templo de Salomón. En las formas de construcción que procedían del mundo antiguo mediterráneo se introdujo un carácter constructivo que

había salido de los textos de la Biblia y que trataba de adoptar algunos de sus números arquitectónicos.

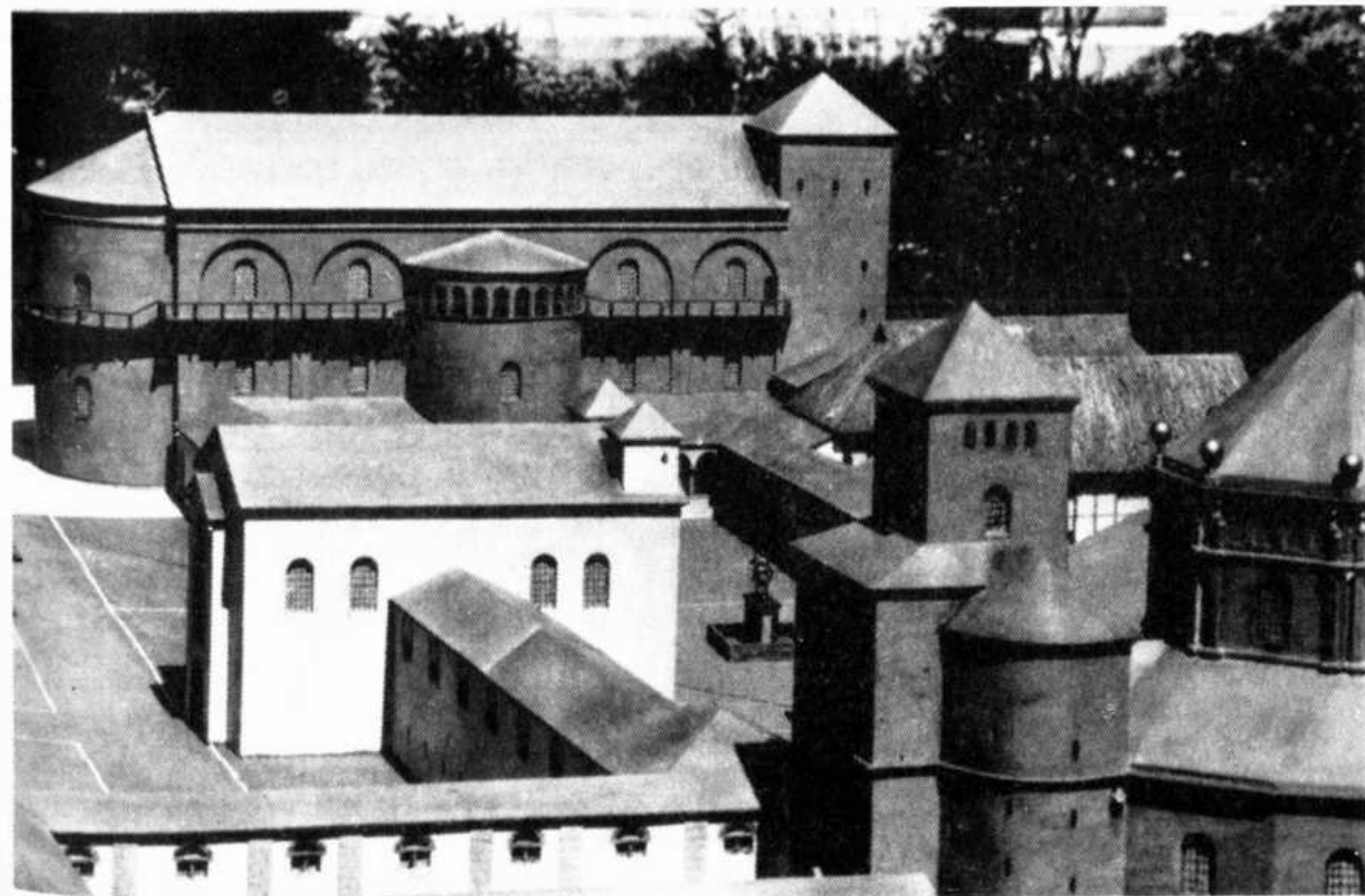
El punto de partida lo constituía para los maestros de obra un cuadrado de 360 pies de lado; esto es, el *pes Druhianus* de 0,333 metros, como fue utilizado por los agrimensores desde la época romana en el bajo Rin. Fuera del cuadrado, debía alzarse en el norte la sala y en el sur, la capilla. Leo Hugot, al cual debemos estas cifras, sabía que la unidad de medida que se tomó como base en todos los trabajos era un listón de doce pies de largo, es decir, 3,996 metros. El gran cuadrado fue dividido en 16 pequeños cuadrados de 84 pies de lado, o siete veces aquel listón, y aún quedaba allí sitio para una calle transversal y una vertical que debían tener de ancho dos listones o veinticuatro pies.

El enlace con el recinto de los baños lo constituía un triángulo cuyos lados medían doscientos cuarenta pies, o sea, veinte listones. El pasillo abovedado que empieza al mismo nivel del palacio, pero que a consecuencia del declive del suelo forma una doble planta para desembocar en el atrio de la capilla, divide la superficie en un recinto interior y otro exterior de palacio.

Eginhardo escribió un informe sobre el traslado de las reliquias de los santos Pedro y Marcelino desde Roma, pasando por Aquisgrán, a Seligenstadt, del cual se puede desprender que él mismo había vivido en la Corte del palacio exterior. Un vestíbulo, que también debió de servir como sala de justicia, conducía desde este palacio exterior al interior. Enfrente de ella, en la parte este



Tres ángulos de la maqueta del palacio imperial de Aquisgrán, según Leo Hugot. Sobre estas líneas, detalle del atrio.



del gran patio interior, adosadas a un pasillo de madera por el cual el emperador entraba en su iglesia, debían de estar las habitaciones de la Corte, de las cuales sólo quedan pequeños vestigios, ya que estaban hechas de madera o entramado y el terreno ha sido reedificado varias veces.

Sabemos, gracias a la historia de Luis el Piadoso que escribió el «Astrónomo», que dicho pasillo se hundió una vez bajo el peso del séquito y que el emperador se lesionó. Independientemente de las habitaciones, el magno recinto se elevó formado por el monumento palatino de piedra, con palacio, entrada, pasillo de unión, iglesia y atrio. También los dos edificios anexos, a la derecha y a la izquierda de la iglesia, que habían sido las dependencias auxiliares de la capilla de la Corte, pertenecen a esta primera arquitectura real. Al mismo tiempo, estas construcciones de piedra constituyen el ornato arquitectónico del nuevo imperio.

Con seguridad, el conjunto estructural fue planeado de modo unitario antes de ser tomadas las medidas para la construcción. Ciertas variaciones ocurridas en el transcurso de ésta prueban que se efectuó un esfuerzo para llegar paso a paso a un concepto más preciso. Un nuevo clasicismo abrió el camino hacia múltiples campos. Como último trabajo arquitectónico monumental surgió la sala real en el norte. Pero ésta ya no cuenta con la futura medida del pie druhiano, sino con el pie clásico capitolino, algo más pequeño, de 0,296 metros. Incluso en las medidas se quería ser estrictamente romano.

De dicha aula regia se han conservado las paredes maestras y algunos muros que parten de ellas, de modo que su forma está claramente establecida. Como conjunto, existe aún erguida la llamada torre de Granus en el sudeste, construcción representativa que probablemente sirvió al emperador como torreón —se ha supuesto últimamente que era habitable— y se destacaba majestuosamente desde el nivel inferior de los baños hasta rebasar los techos de las viviendas de su séquito. De su fábrica se ha conservado una piedra de cornisa correspondiente al alero del tejado de la sala, el cual nos da idea exacta también de la altura del edificio.

Era una sala de una planta, pequeña pero parecida a la basílica de Tréveris, de 160 pies de largo, 70 pies de alto y alrededor de 60 pies de ancho. Su parte exterior estaba adornada por arcadas sobre paredes. Tres ábsides en el norte, el sur y el oeste enriquecían la pieza. El occidental, que hizo renovar Barbarroja, tiene un radio de treinta pies. En el ábside de la parte norte, con un diámetro de cuarenta y cinco pies, o 13,35 metros, debió de estar el trono del emperador, orientado a la habitación más

espaciosa. Era el trabajo de construcción profano más grande que había sido levantado desde la época de los romanos al norte de los Alpes, y reunía la idea de una sala real germana con el concepto de una basílica imperial romana. Félix Kreuzsch ha observado que la entrada a la iglesia, de la que aún se conservan algunos trechos, fue construida independientemente del palacio y probablemente terminada antes que éste. Nos tenemos que familiarizar con la idea de que Carlomagno nunca habitó en su aula, sino en aquellas construcciones de entramado a la derecha, cerca de ella, en un ambiente al cual estaba acostumbrado desde joven. La misma aula fue una edificación puramente representativa, una sala para reuniones.

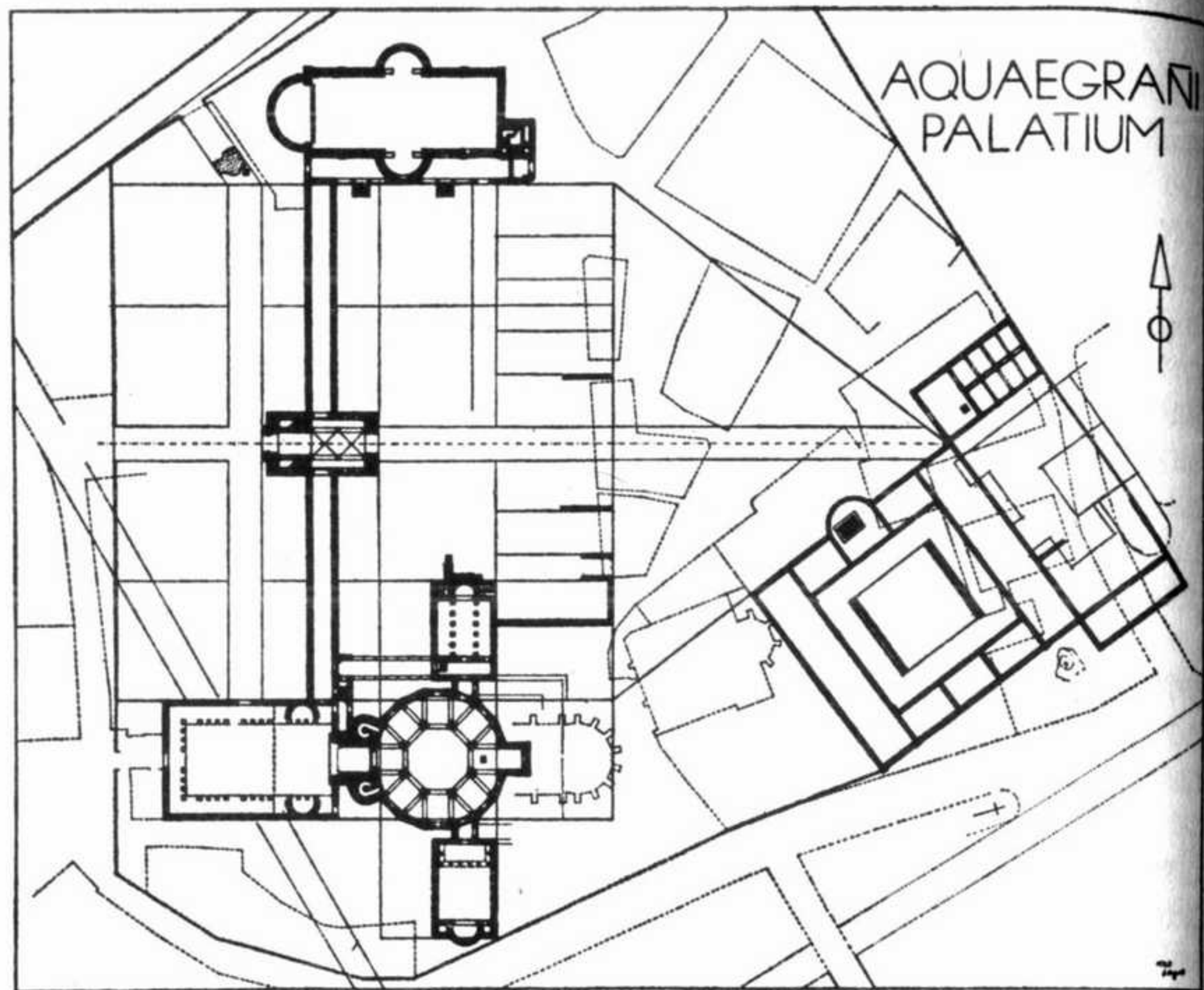
Del vestíbulo, igual que de las instalaciones de baños, ha podido concretarse demasiado poco, a través de las excavaciones, para dar credibilidad a la reconstrucción. Sólo está probado que existieron y dónde estuvieron. En cierto modo, conocemos con precisión parte de los baños romanos. Parece seguro que Carlos poseía un baño cerrado y uno abierto. Este era tan grande que el patriarca, llevado por su deseo de no encontrarse nunca solo, podía compartir el uso de la piscina con un centenar de personas.

Cuando los maestros constructores comenzaron su trabajo, estaban integrados en la estructura romana tanto el poblado franco como la finca de Pipino —y su capilla—, así como instalaciones de baños que, por lo menos, hacían posible la entrada a las fuentes termales. Esta obra no tenía ningún carácter monumental, aunque estaba tan ampliamente provista de lugares para dormir, que pudo albergar la gran dieta del reino de 788-789.

En todos los nuevos planes de construcciones de esa época se tenía en cuenta en primer lugar la capilla, que los contemporáneos llamaban «basílica». En efecto, la vida oficial del emperador, su obra pacificadora, se desarrolló sobre todo en el ámbito eclesiástico.

Año tras año los anales del imperio señalaron dónde había pasado las festividades de Navidad y la Pascua, como si estos hechos fueran más importantes que cualquier empresa bélica o que cualquier acto administrativo, y a menudo sólo subrayan en un año estos lugares de las celebraciones. Ya la desviación de los ejes del conjunto del palacio, por razones litúrgicas y por causa del altar mayor, nos hace notar que en ello hay que buscar el punto de partida de todas las medidas de construcción.

La capilla tenía tres finalidades: debía proporcionar al rey un lugar especial para el trono durante las celebraciones religiosas,



Plano general del conjunto palatino de Aquisgrán, según Leo Hugot. Las construcciones se superponían a la estructura romana y al poblado franco.

hacer posible una realización suntuosa de las festividades litúrgicas a los eclesiásticos de la Corte y de la capilla regia y, como tercera finalidad, custodiar el tesoro de las reliquias propiedad del monarca, entre las cuales figuraba parte de la capa (o *cappa*) de San Martín, que era venerada como objeto sagrado nacional de los francos y como garantía de su victoria. Precisamente de la *cappa* derivó su nombre la *cappella*. (A menudo se ha puesto de relieve que con el nombre de *cappella* era designado al principio el tesoro de reliquias; después, los hombres que la custodiaban, el círculo de los *capellani*; y más tarde, la sala en la que se guardaba el tesoro y en la que actuaban los capellanes.)

A dichas finalidades correspondían tres partes del edificio. La capilla de la Corte se estructuraba en una planta baja del octógono. La planta superior de ceremonias se reservaba al rey y a sus nobles; para el tesoro de las reliquias estaba destinada la torre de aquel *Westbau* que contenía la sala del trono.

El pueblo podía rendir homenaje al emperador desde el atrio y disfrutar del poder curativo de las reliquias a través de una pequeña ventana del piso superior, que aún se conserva. Allí, en



Situación de la iglesia palatina en el sector romano de la ciudad. Plano según Leo Hugot.

la parte occidental, bajo el nicho de la entrada con la gran puerta de bronce, debió de estar colocado a nivel del suelo un segundo trono.

Helmuth Beumann, en su artículo «La tumba y el trono de Carlomagno en Aquisgrán», sostiene que es verosímil que los francos ocultaran tan bien la tumba del emperador debajo de dicho trono, que incluso los normandos, en 881, no pudieron encontrarla; el propio Otón III debió de realizar grandes investigaciones antes de localizarla. En el desarrollo de la fachada occidental de la iglesia, en un atrio y en el niartex de la fachada quedaron de manifiesto las únicas variaciones reales efectuadas durante la época de la construcción. El maestro de obras de este complejo programa de ámbitos estableció con gran reflexión un claro sistema de cifras.

Las medidas exactas de Felix Kreuzsch nos proporcionan una reconstrucción convincente de las partes que faltan en Leo Hugot y nos dan noticia cierta de la naturaleza de dicho esquema. La capilla mide 144 pies de largo, es decir, doce veces doce listones. Este es el número sagrado de la ciudad del Apocalipsis. La

medida del ángel, como se llama allí, al mismo tiempo resulta perfecta y redonda —tal como lo es para nosotros la centena— en una época en que se trabajaba con el sistema duodecimal. Vuelve aún la cifra de 144 en la construcción. Cada uno de los lados del octógono mide 18 pies, un listón y medio; y todos juntos, por tanto, 144 pies. El adjunto esquema del plan muestra que también en el exterior todas las magnitudes son divisibles por doce. Cuarenta y ocho pies es la altura hasta la cornisa, doce más debía contener el techo del polígono de dieciséis lados; el octógono que sale de él se eleva dos listones más y el hermoso techo de mármol, que originariamente estaba cubierto con láminas de bronce, se alza dos más sobre la bóveda. La torre del *Westwerk* alcanza la misma altura y, a pesar de la fuerte pendiente del terreno, no se encontró adecuado elevar más la torre de Granus del palacio. El modelo muestra que ambas torres se alzan exactamente hasta la misma línea de altura.

El maestro de obras apenas debió de presentar al rey más que una tosca maqueta de madera y un plano en pergamino, realizado más o menos con la precisión del plano de St. Gall para ilustrar sus ideas. Sobre él se debió procurar que por todas partes se repitieran las mismas magnitudes y que todas las medidas del alzado quedaran firmemente establecidas en la planta. De un modo parecido se mantendría esta misma opinión durante toda la Edad Media.

El punto de partida debía consistir en un cuadrado de ochenta y cuatro pies de lado, siete veces el largo de un listón de doce pies, por medio del cual fueron establecidos ocho vértices del polígono de dieciséis. Las demás medidas quedaron resueltas en relación a estas anteriores, por razones de puro procedimiento geométrico. Si se compara la planta y el alzado, se hace evidente que en ambos superan idénticas proporciones numéricas; de este modo a Leo Hugot le fue posible determinar con cierta seguridad también la altura del conjunto. La torre del tesoro y el techo de mármol de la cúpula alcanzaron muy probablemente la misma línea de altura de ciento ocho pies, o lo que es lo mismo, nueve largos de listón. La armonía de la obra está garantizada por dichas cifras, al mismo tiempo que la seguridad estática; lo que está firmemente dispuesto debe aparecer también firmemente imperturbable.

La capilla de Aquisgrán, a diferencia de las catedrales medievales posteriores, no se ejecutó con la piedra procedente de una sola cantera en el transcurso de los decenios, sino que, como para una campaña, se pidió a toda la región que sacara piedras de



Foto Ann Bredol-Lepper, Aquisgrán

La capilla octogonal del palacio de Aquisgrán. El sagrado número 12 está presente en todas las medidas de su estructura.

todas las canteras de los alrededores del Eifel, de las Ardenas y de las orillas del Mosa por medio de servicios de transporte y ordenación. Siempre que se podían encontrar sillares romanos se volvían a utilizar en la gran construcción. Las murallas de Verdún fueron derribadas entonces en favor de los edificios de Aquisgrán.

El papa Adriano autorizó en una carta al rey a sacar las losas de mármol de Rávena, y Eginhardo da noticia de que las famosas columnas de sienita, granito y pórfido fueron traídas de «Roma y Ravena». De la citada carta de Alcuino a Carlomagno, de 798, se desprende que dichas columnas estaban colocadas en el piso superior. En aquel momento debió de terminarse la obra. Probablemente la iglesia fue consagrada ya antes de 800, pues desde dicho año parece haberse concluido la decoración de la capilla con reliquias. La presunta coronación del año 805 por el papa León es una leyenda posterior. ¿Por qué llevó Carlos adelante su iglesia con menos rapidez que su amigo y «yerno» Angilberto la del monasterio de Centula, con el que no contó hasta 791, y cuya iglesia, mucho más grande, ya había podido ser consagrada en la Pascua del año 800?

Igual que en San Vital de Ravena, la habitación central forma un octógono de casi las mismas medidas que la iglesia de Rávena; pero Aquisgrán es más atrevido, más elevado y posee tres pisos en lugar de dos. En la planta nos vemos rodeados por ocho pesadas puertas de arco, cuyas arcadas son sostenidas por fuertes pilares. Una cornisa en forma de corona, que actúa como descarga, separa este espacio inferior del piso superior, donde los órdenes de columnas superpuestas aumentan el esplendor festivo. Allí se tiene la impresión de que los arcos fueron cortados en una muralla que sube sin dificultad hasta la bóveda octogonal, donde un gran mosaico capta nuestra atención. Originariamente las paredes estaban pintadas, pero no cubiertas con placas de mármol. La sencillez arcaica, el vigoroso sosiego dominan la planta, mientras la variedad de forma, propia de una época más avanzada, impera en los pisos superiores. A un orden claro en la parte de abajo le sigue arriba la riqueza complicada y deslumbrante de la ornamentación imperial y, finalmente, en la parte más alta, el brillo resplandeciente del mosaico del Redentor.

Unicamente para el Señor regía el criterio de que el edificio fuera visto de oeste a este, mientras que para todos los demás lo era de abajo hacia arriba. En la planta la vista se detiene para mirar hacia el elevado espacio intermedio, y también en el piso superior las altivas bóvedas que cubren las *loggias* laterales hacen dirigir la mirada hacia el centro, tal como las formas ornamentales del antepecho.

Esta parte central es la de máxima altura y la que contiene la unidad y totalidad, el esplendor y la trascendencia. Consta de un único ámbito. El que en este ámbito, el primero de la Edad Media al norte de los Alpes, pueda mirarse desde fuera, el que uno lo

sienta como un conjunto inaprehensible, que está compuesto de columnas, mosaicos, divisorias y rejas, con la estructura de una piedra preciosa, determina su mensaje e integra su singularidad.

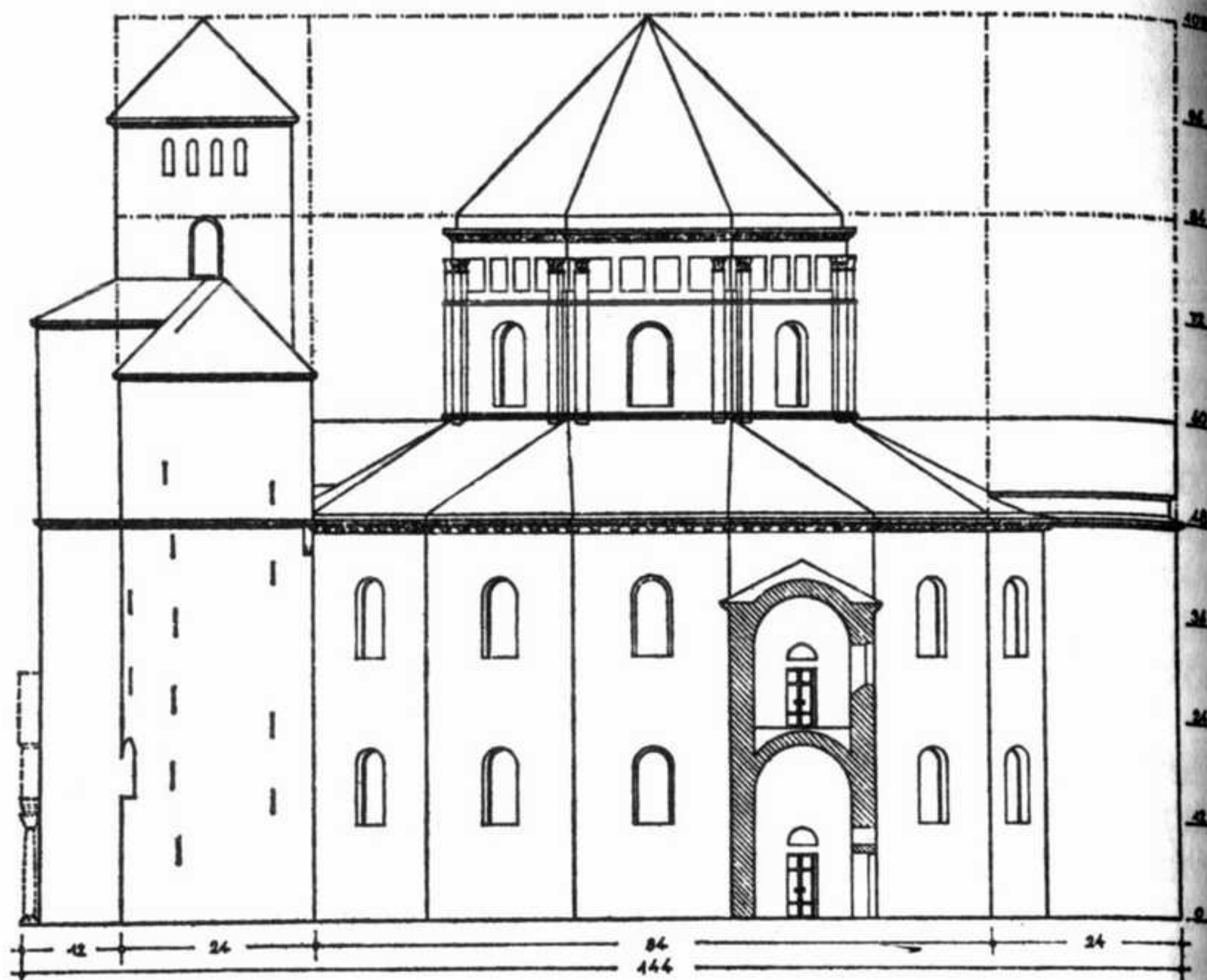
Mientras que en San Vital de Ravena un octógono rodea a otro octógono y la entrada queda en aquella indeterminación llena de misterio, a la cual eran aficionados el arte bizantino y del Oriente, en Aquisgrán un polígono de dieciséis lados rodea el octógono, pero la entrada está realizada por un *westbau* especial. El polígono de dieciséis lados daba la posibilidad de formar ocho espacios casi cuadrados, dos de los cuales están delante de la sala de entrada y del altar, respectivamente, y, en la dirección oeste-este, tres capillas por cada lado, en las cuales probablemente debía de haber altares.

Dichas capillas no formaban ninguna galería, sino que eran accesibles desde el centro y partían de él hacia afuera. Debemos imaginarnos que estaban separadas unas respecto de otras, y también respecto de la sala principal, a través de altas divisorias que dejaban en el fondo unas salas triangulares que no tenían asignada ninguna finalidad especial. El maestro de obras supo cubrir estas capillas secundarias con bóvedas cuidadosamente calculadas en crucero. La estructura de los sillares prueba que los que realizaron dichas bóvedas eran lombardos o francos formados en Lombardía y no bizantinos.

Las *loggias* altas del piso superior están concebidas de modo completamente diferente que los espacios inferiores de la planta. Se juntan en un pasillo y, al mismo tiempo, cada una de ellas está dirigida hacia el centro, donde están cerradas con rejas artísticas de bronce. La amplia cornisa, en forma de corona, separa claramente esta zona superior, propia de la nobleza, del recinto asignado al clero. Seis de las *loggias* están cubiertas con bóvedas de cañón, que se elevan con ligereza.

Las últimas investigaciones han demostrado que también el trono y la sala del altar debían de tener originariamente dichas bóvedas ascendentes. Al realizarse los trabajos de construcción, el maestro de obras se decidió a proponer una bóveda plana, gracias a la cual ambas salas serían más silenciosas, independientes y majestuosas. En efecto, las ocho bóvedas enmarcaron la noble ordenación duplicada de las columnas, las cuales constituyen el lado visible de las *loggias* y, junto con los pilares y las arcadas, hacen resaltar el aspecto decorativo de dicha arquitectura.

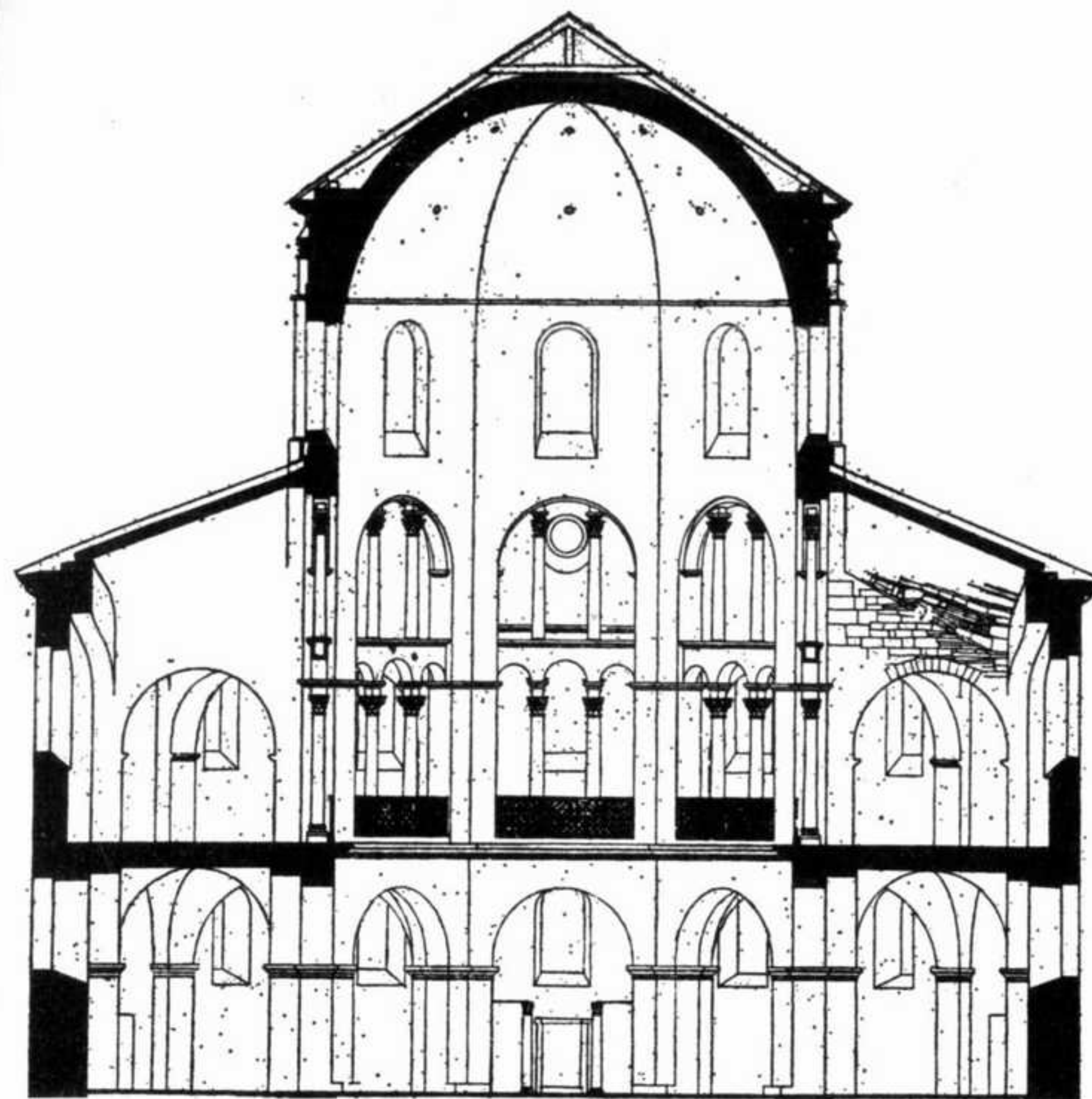
En otro lugar he mencionado la capilla de palacio, un teatro de la Corte con un sólo asiento. Sólo un asiento. Sólo el emperador podía seguir los oficios religiosos de los tres altares de la



iglesia desde su trono. Estos tres altares, que con bastante seguridad se nos han conservado, son: el de la Virgen María, el de San Pedro, de la planta, y del Salvador, en el piso superior. El séquito del soberano debía apretujarse alrededor del trono para que, de pie y mirando a través de las rejas, participara al menos en el oficio religioso del monarca. Dado que Carlos, tras ser ungido emperador, ya no volvió a casarse, no se hizo necesario prever un sitio especial para la emperatriz.

Teniendo en cuenta que la iglesia está construida de forma que todas las líneas de fuerza convergen en un lugar preferente del piso superior, podemos suponer que también allí había un trono. Unas columnas lo enmarcan por delante; un arco abierto muestra de nuevo una doble estructura de arcadas por la parte posterior. Seis escalones, como en el trono del rey Salomón, conducen al austero sitio hecho de antiguas placas de mármol. En la Corte, Carlos llevaba el nombre de David. Con este nombre pretendía resaltar que también el Antiguo Testamento constituía un modelo para el nuevo imperio cristiano junto con el pensamiento de la Antigüedad.

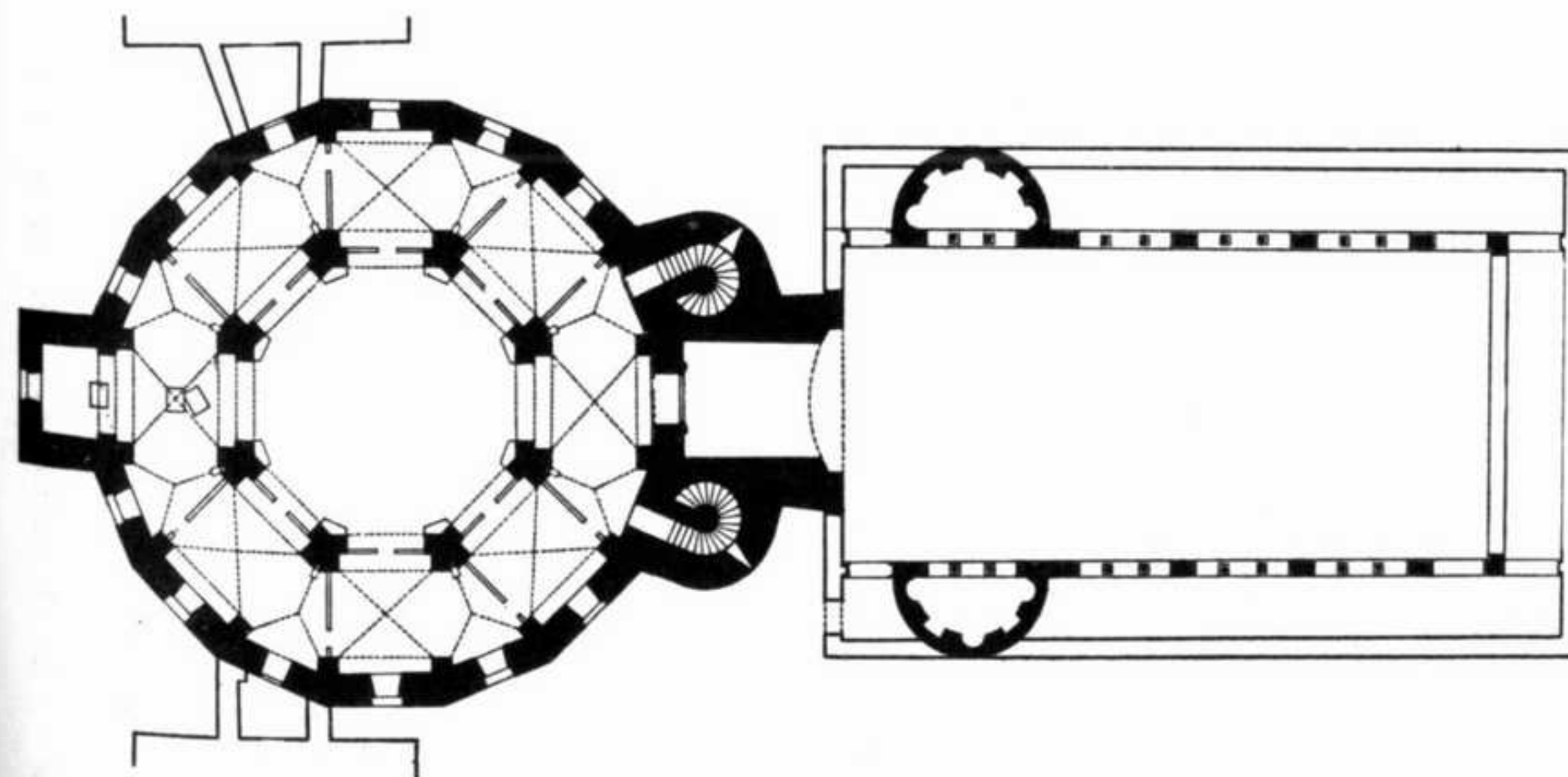
Desde el siglo VI la consagración real, a la cual Carlos se había sometido en su coronación en Noyon en 768, se había generalizado entre los visigodos y los pueblos germánicos del



Corte transversal de la capilla del palacio. Dibujo de F. Kreuzsch. Biblioteca del Land, Stuttgart.

▼ Detalle de las proporciones de la capilla del palacio de Carlomagno en Aquisgrán, según Leo Hugot.

Planta de la capilla de Aquisgrán y plano ideal del atrio.



norte según el modelo de la consagración de David por Samuel. Quien desde el octógono dirigiera la vista hacia Occidente se encontraría con la figura solemne del emperador.

El coro carolingio era sorprendentemente pequeño para el conjunto de la construcción, especialmente en comparación con la sala central medieval, destacada y alta. Más tarde, un maestro de obras del periodo gótico lo sustituyó por una grande y luminosa «casa de cristal», tal como la llamó Durero. Sin embargo, junto a este octógono y a las hermosas *loggias* del piso superior, no se puede pasar por alto la tercera idea arquitectónica general: el *westbau*, con su triple finalidad y sus tres pisos, que une la sala de entrada con las escaleras de la torre y la cámara del tesoro situado en ella. Al mismo tiempo hacía posible el ampliar la *loggia* del trono con una sala en la cual podía encontrar lugar el séquito del emperador.

Exige una estructura arquitectónica sumamente complicada el llevar a cabo las ideas constructivas tal como se habían desarrollado en Centula y posiblemente también en Saint Denis y en Lorsch. Aquisgrán conservó un *westwerk* de cuño propio, al cual siguieron correspondiendo atribuciones especiales. Este *westbau* formaba desde fuera una sola iglesia junto con la sala central. Aquí se muestra al visitante por primera vez la imagen de una composición de cuerpos constructivos compactos y altos, la cual, posteriormente, debía dominar toda la arquitectura religiosa de la Edad Media. La sencilla superficie exterior, vigorosamente estructurada y comparable a la de un castillo o fortaleza, se coloca en una buscada contraposición con la sala interior, solemne y rica en formas grandiosas.

El *westbau* abarca y cierra la sala del trono. Su vestíbulo pasa por debajo de ésta; pero las citadas finalidades del espacio interior corresponden con el mismo significado a la construcción exterior. El alto nicho se orientó hacia fuera, y debajo del mismo pudo haber estado un trono. Aquí una arquitectura muy artística de columnas y pilares rodea un patio anterior, el atrio, en el cual se reunía el pueblo. En este lugar pudo haber recibido el emperador el homenaje de los enviados extranjeros. Este es, en definitiva, el único lugar, a excepción de las bóvedas de cañón, en el cual el maestro de obras vaciló en sus planes. Originariamente, dos exedras debían hacer resaltar esta zona del trono inferior en el norte y en el sur. Sus restos fueron excavados y se pudo intentar una reconstrucción. Aún en la época carolingia, quizás incluso bajo el mismo Carlos, fueron eliminados otra vez.

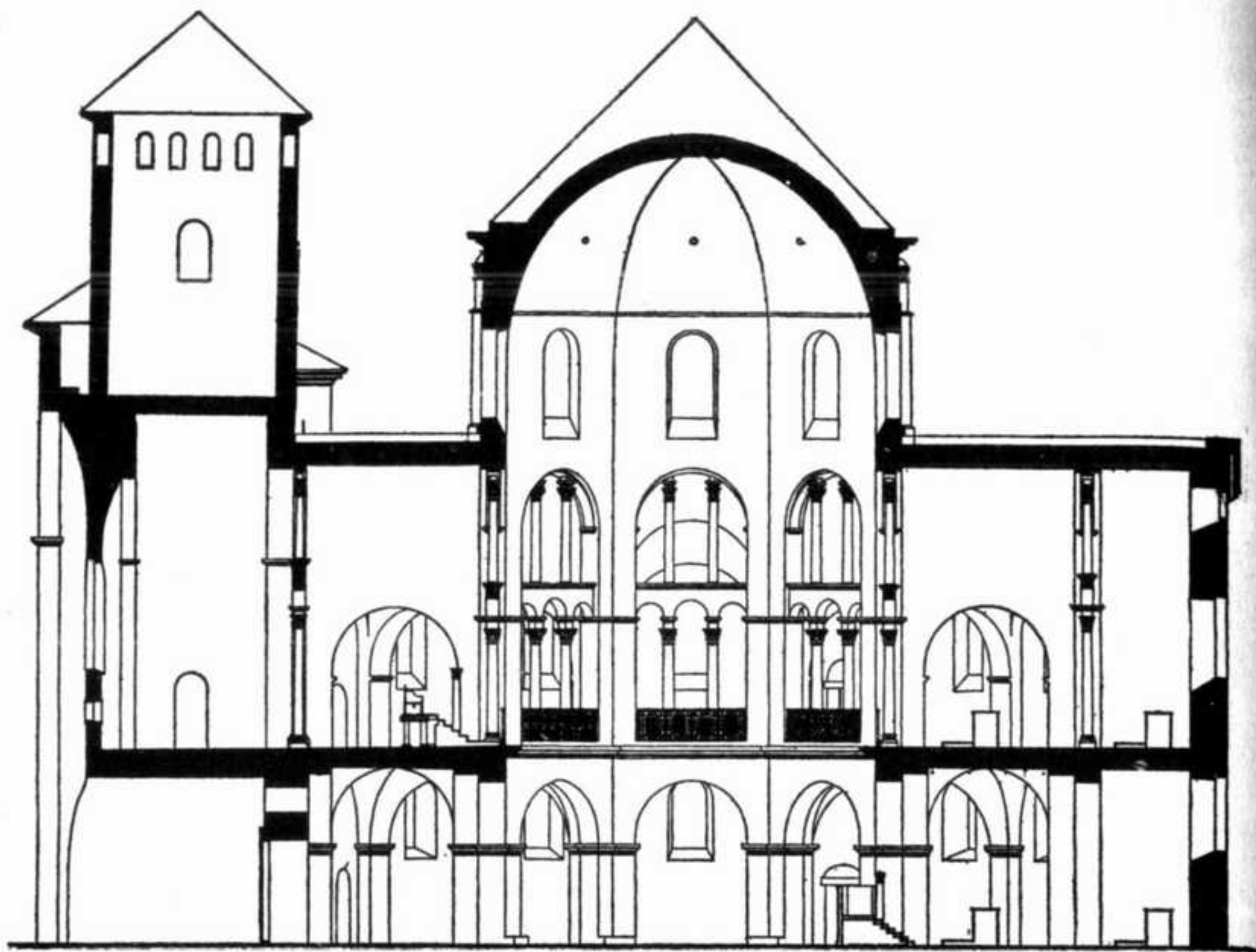
Allí, en aquel patio anterior, se debe imaginar también la



A la izquierda, la piña del atrio de la capilla del palacio de Aquisgrán; a la derecha, la osa de bronce situada en la misma capilla. Ambas son obras romanas, esta última de hacia 200 a. de C.

colocación de una fuente a la que antiguamente había adornado una piña, con la cual Carlos quería hacer visible la comparación de su iglesia con San Pedro de Roma, en cuyo atrio había una piña mucho más grande. También Carlos hizo colocar en el atrio de la iglesia aquella osa de la última época de la Antigüedad, que en tiempos de Carlos era tomada por una loba. De modo que el símbolo de la Roma secular encontró su lugar junto al símbolo de la aclesial. Desde la cúspide del techo saludaba a los visitantes un águila dorada como tercer símbolo de Roma, tal como lo llevaban consigo las legiones.

Al patio de las columnas se podía entrar desde la parte oeste, donde se extendía el *vicus*, la aldea de la gente sencilla. Igualmente se llegaba a él a través de la calle exterior del palacio, y también el pasillo cubierto desembocaba en el atrio, el cual ordenaba de modo artístico la estructura total de las construcciones del palacio. A este organismo arquitectónico pertenecen también los dos anexos en el sur y en el norte, y es probable que precisamente éstos fueran designados por los contemporáneos



Corte longitudinal de la capilla del palacio (según F. Kreuzsch) y reconstrucción de la torre (según Leo Hugot). Biblioteca del Land, Stuttgart.

El monasterio de Aquisgrán, según un dibujo de Alberto Durero realizado en octubre de 1520. British Museum, Londres. ▶

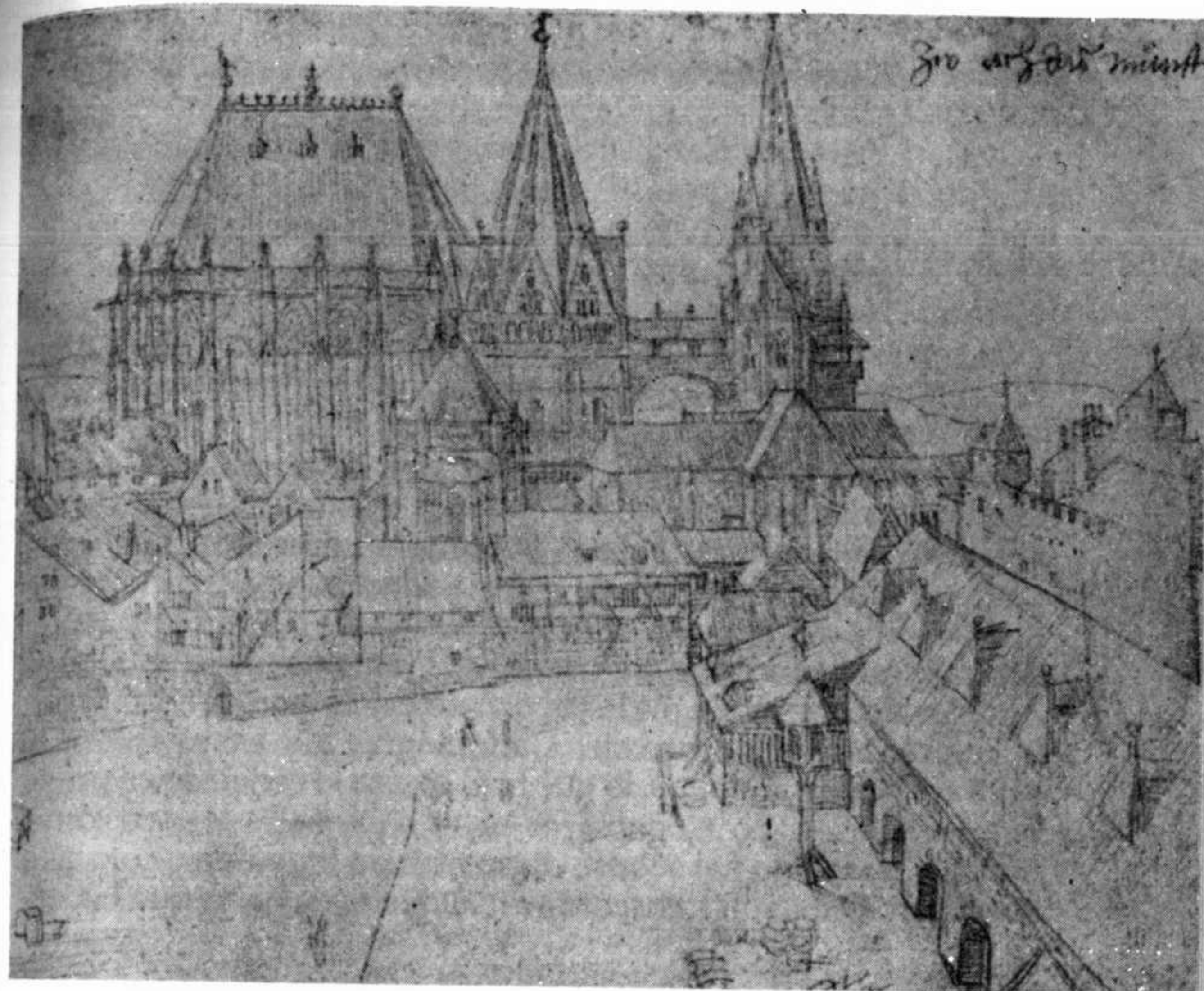
como «Letrán», es decir, las habitaciones del alto clero, el lugar de trabajo de la capilla de la Corte y quizá también sus escritorios.

Con seguridad no eran iglesias, sino edificios profanos, de los cuales el que estaba situado en la parte sur podía haber servido de sacristía y como sala de reuniones el del norte, a través del cual el mismo emperador entraba en la capilla de palacio desde sus aposentos. Así podían haber estado primeramente, junto al pabellón del rey, los de sus consejeros y servidores.

Aún en los campamentos de finales de la Edad Media ocurría algo parecido: al lado del pabellón principal estaban los pabellones del séquito, en los cuales dormían los servidores, los escribientes y guardaespaldas y donde era guardado el tesoro.

La construcción carolingia de la capilla estaba edificada tan firmemente que la «casa de cristal» gótica pudo asegurarse en ella con anclas de hierro; durante la Edad Media se substituyó solamente, a excepción del pequeño coro, la torre del oeste por una nueva construcción que el siglo XIX volvió a cambiar.

El conocido dibujo de Durero describe el aspecto que ofrecía



a finales de la Edad Media, cuando el patio de operaciones del conjunto, la *curia regia*, adquirió todo su esplendor. A causa del derribo de la torre dependemos de las reconstrucciones para el conocimiento de la misma. En cualquier caso, la sala situada encima del trono llegaba hasta la cámara del tesoro. ¿Y dónde podían guardarse los tesoros más seguros que en este piso de la torre de difícil acceso? Sus entradas estaban abovedadas con cúpulas cuidadosamente pintadas por manos lombardas.

Sobre el lugar de la tumba del emperador sabemos tan poco como sobre la sala del tesoro. Quizás Eginhardo quería intencionadamente con su relato apartar del verdadero lugar de la tumba a los posibles ladrones posteriores. Escribe que Carlos, en los mismos días en que murió, fue enterrado en una iglesia y que «sobre la tumba fue construido un arco dorado con su imagen y una inscripción». Su padre, Pipino, había sido enterrado en Saint Denis, bajo el nicho del vestíbulo, y su nieto Carlos el Calvo, en la misma abadía, cerca del altar y sus reliquias.

Así, desde tiempo atrás, hubo partidarios de tres distintas

hipótesis: que se había reconstruido una tumba mural bajo un arco en una de las capillas laterales; que se le había enterrado en la zona funeraria delante del altar, y por último —teniendo en cuenta fuentes posteriores—, que la tumba estaba escondida en el suelo del vestíbulo y bajo el trono, de modo que los cronistas de Otón III pudieron escribir que se le había encontrado «sentado en el trono». Muchas cosas hablan a favor de que esta última suposición sea exacta. Podemos decir con cierta seguridad que Carlos fue enterrado en aquel valioso sarcófago de Proserpina que se ha conservado en Aquisgrán hasta nuestros días.

El alto rango artístico de este sarcófago del siglo II y el contenido de las representaciones que ilustran el reino de los muertos, del cual fue raptada Proserpina, muestran que en la Corte se sabía exactamente lo que era adecuado para un emperador. No se pasó por alto el ocuparse de esta valiosa obra en el debido momento. Igual que en la vida, también en la muerte la Antigüedad constituía parte del ornato del emperador. En 1165, bajo presión de Barbarroja, Carlomagno fue aceptado en el santoral por un antipapa, lo que hizo que se le venerase en grado máximo en el siglo XII entre los reyes santos. En tal ocasión el antiguo sarcófago fue sacado de su cámara funeraria y colocado en el altar. Debieron transcurrir cincuenta años hasta que Federi-

co II de Staufen pudiera clavar el último clavo de oro en el nuevo cofre de Carlos, en el cual fue colocado el cadáver en 1215.

El palacio de Aquisgrán es un reflejo de la personalidad que lo había creado. Cabe dudar de si procede maravillarse de la grandeza de esta concepción o juzgar de modo completamente diferente las reducidas medidas de esta *nova Roma* como característica de un pensamiento político que se pierde en fantasías utópicas.

Disponemos de una fracción grande y nos falta el conjunto. Las enormes tareas del emperador y su administración central se contradicen absolutamente con las posibilidades de esta Corte y de su cultura. Carlos se sentía responsable de todos los campos de la vida social y del derecho en todas las partes de su imperio. Expidió muchas circulares por las cuales debían quedar asegurados los derechos de los pobres y débiles contra los abusos de la nobleza. Creó un sistema de emisarios, aquellos *missi dominici* (enviados del señor) —a veces un eclesiástico, a veces un seclar—, que debían cuidar de que sus edictos, los *capitularia*, fueran ejecutados en todo el país.

El emperador ocupaba con firmeza su trono, en el centro del Imperio, y los emisarios, a caballo, debían asumir las tareas de la

Ann Münchow, Aquisgrán



Detalle del sarcófago de Carlomagno. Arte romano de finales del siglo II.

Corte itinerante. Pero la administración de la justicia y la tarea de activar el cobro de los impuestos y de controlar la administración no se llevaban a cabo por medio de controles ocasionales, sino que lo hacía el rey en persona. La situación de las provincias tuvo que desarrollarse según leyes propias que no correspondían a los planteamientos del emperador, demasiado simples y a menudo también ideales en exceso.

Carlos se comportó con gran decisión como benefactor de las iglesias y de los monasterios. Vemos al emperador, muy envejecido, dejar Aquisgrán a disgusto después del último viaje a Roma y de las postreras campañas sajonas. Estaba sumido en múltiples preocupaciones y ocupado en tareas que no le traían compensación alguna. Es este Carlos anciano el que describe Eginhardo: «Por la noche interrumpía el sueño cuatro o cinco veces, en las cuales no solamente estaba despierto, sino que se levantaba. Mientras se ponía los zapatos y el vestido, no sólo dejaba pasar a sus amigos, sino que cuando el conde palatino hablaba de un conflicto jurídico que no podía ser resuelto sin su sentencia, hacía entrar en seguida a las partes litigantes, y pronunciaba la sentencia después de estudiar el caso como si estuviera sentado en la silla de un tribunal; y no era esto lo único, sino que se ocupaba en dichas horas de los asuntos que se tenían que realizar durante el día y daba encargos a uno de sus servidores.»

Entonces, por la noche, tal como describe Eginhardo, de debajo de la almohada «sacaba una tablilla y un cuaderno —*tabulas et codicillos*— para acostumbrar su mano a la copia de las letras en las horas desocupadas». Sabemos también que otras noches se apresuraba a ir a la capilla de palacio para tomar parte en las plegarias de las horas de los sacerdotes. Entonces se enteraba de alguna necesidad entre los cristianos de Siria, Egipto y Africa y mandaba enviar presentes a Jerusalén, Alejandría y Cartago, si damos crédito a lo que dice Eginhardo. Se preocupó de la codificación de los derechos, tanto francos como extranjeros, y también esta labor tuvo que dejarla inacabada. Su capacidad intelectual y su acervo de conceptos jurídicos no estaban en situación de dominar estas tareas de un modo realista.

En el mismo lugar, Eginhardo nos da noticia de los esfuerzos de Carlos en favor de su propia lengua, de una gramática germana, del libro de cantos con las antiguas canciones épicas, la preocupación por las palabras alemanas para los meses y los vientos. Carlos planeó, ordenó, decidió y se inquietaba porque casi nada se pudo llevar a cabo. Carlos y su Corte, los hombres de Iglesia que determinaron cada vez más su pensamiento, quisieron

cambiar el mundo y superar en pocos años las diferencias culturales que les distanciaban de la época de Virgilio y San Agustín. Esto, en el ámbito del arte, podía tener éxito en pocos lugares. En el campo de la política, de la vida social y económica, quedaba como una utopía, como improvisaciones del monarca anciano que, sentado en su trono, parecía perder aquel sentido de la realidad que le había caracterizado en tan gran medida cuando iba a caballo. Ni siquiera pudo terminar su testamento personal.

La cuestión de su sucesión le ocupó al menos desde 806, año en el cual promulgó en Diedenhofen una primera disposición sobre el reparto de su reino entre sus tres hijos, la *Divisio Regnorum*. El mayor, Carlos, recibió la propia Francia con las conquistas del este, particularmente Sajonia. Al segundo, Pipino, le correspondió el estado de los Alpes, que debía comprender el reino lombardo y la alta Alemania hasta el Danubio. El tercero, Luis, se conformó con el reino hereditario de Aquitania, que fue aumentado con parte de Borgoña. No se convino aquí quién de ellos debía ser emperador, quizá porque la herencia del primogénito les pareció una evidencia. Ya su porción hereditaria, Francia, le hacía acreedor a ello.

Las discusiones sobre la Trinidad, que precisamente en esos años habían ocupado repetidamente a la Corte y al emperador, tal como hemos visto, podían contribuir, según una aguda tesis de Heinrich Mitteis expuesta en su obra *El Estado en la Alta Edad Media*, a que se abrigara la esperanza de que también en la tierra podía regir entre los tres hijos la misma armonía que en el cielo entre las tres personas de la divinidad, tanto más cuanto que la idea imperial compensaría los antagonismos.

El Imperio abarca la totalidad. La muerte de sus hijos Carlos (811) y Pipino (810) arregló la cuestión por sí misma. Sin embargo, Carlos, en 813, mediante una ceremonia solemne, pidió la aquiescencia de todos los presentes, desde el más alto al más pequeño (tal como Thegan relata en su historia de Luis el Piadoso) antes de dar a su hijo el título de emperador.

La cuestión sucesoria llegó a su término. Cada una de las herencias rebasaba las posibilidades y la capacidad de la administración de la Corte de Aquisgrán. Empezó a establecer «un testamento —así escribe Eginhardo—, en el cual deseaba asignar una parte de la herencia a sus hijas y a los hijos habidos con las concubinas, pero dado que lo empezó tarde, no pudo acabarlo».

Al final, estos descendientes únicamente pudieron disponer de un remate de la partición total de los bienes muebles, según el cual los veintiún arzobispados de su imperio recibirían siete nove-

nas partes, para hacer un nuevo reparto entre sus obispados; los pobres de la Corte, otra novena parte, y los herederos propios, solamente la última novena parte. Todo lo que contenían las cámaras del tesoro, así como los vestidos y armas del emperador, debía ser entregado a los herederos. La biblioteca fue vendida, así como los valiosos objetos de adorno y la vajilla. Carlos aún no había reconocido públicamente el valor, para el estado, del oro y la plata amonedados o sin amonedar.

Es característico de él que lo dejara todo deshilvanado. Desde su punto de vista, el imperio consistía al final en la familia propia, los pobres de la Corte y aquellos veintiún arzobispados, de los cuales Eginhardo nombra primeramente los cinco de Italia (Roma, Ravena, Milán, Cividale y Grado); después, los cuatro en el ámbito de la lengua alemana, (Colonia, Maguncia, Salzburgo y Tréveris); y, por último, no menos de doce en Francia. Estos últimos son: Sens, Besanzón, Lyon, Ruán, Reims, Arlés, Vienne, Burdeos, Tours y Bourges, así como Mouters, En Tarantaise, y Embrun.

Ya se diferencian los tres países sobre los cuales reinó Carlos: Italia, Germania y Galia. Es igualmente característica la lista de treinta hombres que refrendaron el testamento, quince eclesiásticos y quince condes, y entre los eclesiásticos, once obispos y cuatro abades. Pero con la muerte del anciano emperador debía deshacerse todo el esplendor de Aquisgrán. No se quemaron los tesoros con el señor, como a veces en el antiguo Oriente, y tampoco se mató a las mujeres, sino que fueron enviadas a un convento. Cada una de las hermosas hijas recibió su abadía. No se quiso colocar los tesoros junto al emperador en la tumba, como cien años antes consta que se practicó con muchos de los nobles francos. Fueron dados a la Iglesia y a los pobres y se creó con ello un ejemplo para toda la Edad Media.

Eginhardo parecía tener delante al anciano monarca cuando apenas veinte años después de su muerte describió de memoria su imagen: «Era de constitución corporal ancha y poderosa, de altura superior que, sin embargo, no sobrepasaba la adecuada medida, ya que se sabe que medía siete veces el largo de sus pies (según las medidas más recientes de su osamenta, unos 1,92 metros). El cráneo era redondo; los ojos, grandes y vivaces; la nariz, sobrepasaba un poco la medida media. Tenía un hermoso cabello gris y unas facciones serenas y amigables. Su figura, tanto de pie como sentado, daba la sensación de gran autoridad y dignidad, aunque su espalda, fuerte y tal vez demasiado gruesa, parecía sobresalir de su cuerpo; pero la simetría de las otras

medidas de sus miembros lo disimulaban. Su paso era firme; todo su porte, masculino; la voz, clara, lo que, por cierto, no iba demasiado bien con su imagen.»

Eginhardo relata igualmente que hablaba casi incesantemente, de modo que se le podía considerar locuaz. Y más tarde continúa: «Vestía como su padre, es decir, según el modo franco, una camisa de lino sobre el cuerpo y ropa interior de lino; encima, la blusa, que estaba guarnecida con franjas de seda, y las calzas. Envolvía las piernas con vendas; llevaba zapatos en los pies y en invierno protegía los hombros y el pecho con una manta de piel de nutria o de cibellina. Además llevaba el manto azul y siempre la espada, cuyo puño y pinjantes eran de oro o de plata. A veces, en las festividades, o cuando venían emisarios de pueblos extranjeros, se servía de una espada adornada con piedras preciosas... Sin embargo, rechazó el traje extranjero, por más hermoso que fuera, y nunca se lo puso... En las festividades entraba con un vestido bordado en oro y con zapatos con piedras preciosas; el manto, sostenido por un broche de oro, y además llevaba una diadema que estaba adornada con piedras preciosas. Los demás días su vestidura se diferenciaba poco del traje del pueblo común.»

12. Los talleres de la corte

Los nobles del reino, los obispos, abades, condes, enviados extranjeros, así como los príncipes sometidos, fueron obligados por igual a enviar al rey las piezas más valiosas de la Antigüedad procedentes de los botines de la época, de las migraciones de pueblos y de las ruinas del Imperio Romano. Se recibieron las columnas de la planta inferior de la capilla, unos pocos capiteles, las placas de mármol del trono, el sarcófago, la loba, quizás la piña —si no es una imitación carolingia— y, además, valiosas sedas. Sabemos que Carlos hizo venir desde Ravena el retrato ecuestre de Teodorico, en el cual veía un modelo glorioso. Desde sus ventanas podía tenerlo siempre delante de sus ojos. No sabemos cuándo se perdió. Los trabajos de la Corte demuestran que muchos libros, marfiles, gemas, objetos de plata y adornos de oro de la Antigüedad llegaron a Aquisgrán, y Carlos generosamente los envió otra vez a las provincias.

No fue menos importante para la cultura de la Corte la afluencia de artistas y artesanos llamados a palacio o que se trasladaron a Aquisgrán pidiendo encargos. Dado que viajaron desde todas las partes del reino eruditos, poetas, comerciantes y soldados hacia el nuevo centro, se debe suponer también que los artistas llegaron, pasaron algún tiempo y se volvieron de nuevo, y que, junto a los francos y lombardos, estuvieron también irlandeses y anglosajones, francos del Sur y romanos y también hombres procedentes de la Italia griega, quizás de Constantinopla y probablemente incluso de la España árabe y de Oriente.

Junto a los canteros que habían construido el palacio, debieron trabajar en Aquisgrán pintores murales, artistas del mosaico, fundidores de bronce, orfebres e incluso tejedores de seda y lino. Quienquiera que se distinguía por facultades especiales en aquel

Epitafio del papa Adriano I. Aquisgrán, 796. Iglesia de San Pedro, Roma. ▶



amplio imperio, fue enviado a la Corte por un abad, obispo o señor para hacerse valer también ante el emperador.

Ya se ha hablado de los trabajos de los canteros. Ellos crearon también las hermosas placas para la tumba de Adriano. No se conserva nada de las obras de los pintores murales. El gran mosaico de la cúpula de la capilla de palacio nos es conocido únicamente por copias y descripciones, con cuya base el pintor de Gante barón Jean de Béthune creó, entre 1873 y 1881, los cartones para una copia que el veneciano Antonio Salviati trasladó a mosaico. Representa los veinticuatro ancianos del Apocalipsis que se levantan de sus asientos y entregan a Cristo sus coronas, acto de veneración que sirvió de modelo para las ocasiones en las que se rendía homenaje al rey.

Se ha puesto en duda últimamente con razón por Hermann Schnitzler que la composición copiada corresponda al original en todas las partes. En vez de Cristo en el trono, que quizás procede del siglo XII, según dicha tesis, originariamente debía adornar el centro de la cúpula un cordero. Esto se correspondería mejor con la opinión de la Corte sobre las posibilidades permitidas de la representación de Dios que estaban formuladas en los *Libri carolini*. Sin embargo, los artistas del mosaico, así como los pintores murales, no pudieron fundar ninguna tradición que veamos haya sido continuada en el reino franco.

Básicamente existen sólo tres grupos de artistas cuya actividad en la Corte podamos contemplar durante el tiempo suficiente para describir el desarrollo de su arte: los miniaturistas, los talladores de marfil y los fundidores de bronce, si es que no añadimos los orfebres. La historia de cada uno de dichos grupos constituye uno de los grandes capítulos del arte carolingio. Sus obras nos ilustran no solamente acerca de la capilla de palacio, sino también sobre lo que se ha llamado el estilo carolingio. Aunque se les presente separados, vivieron juntos el mismo desarrollo, cuyas etapas podemos seguir de 794 a 814 y aún más allá.

No se encuentra nada parecido en ningún otro centro del imperio, a menos que se debiera al estímulo de Aquisgrán o surgiera por emulación respecto al arte de la Corte. La época de florecimiento terminó inmediatamente después de la muerte de Carlos, aunque después de él surgieron obras en otros centros. Los artistas parece que se marcharon poco después de la entrada de Luis el Piadoso. Se cree que algunos de ellos pueden ser posteriormente localizados en Reims, Metz y Maguncia. Es señal del desarrollo del estilo de la Corte el que de lustro en lustro se aprendiera a entender e imitar mejor a la Antigüedad.

La pintura miniaturista ofrece el mejor ejemplo de ello. Carlos reunió en Aquisgrán una gran biblioteca: lujosos códices de finales de la Antigüedad, manuscritos anglosajones e irlandeses, los poetas latinos e incluso los griegos, padres de la Iglesia y comentarios de los mismos, obras de historia (entre ellas también las de Beda), enciclopedias, tratados de astronomía, libros sobre matemáticas y geometría, gramáticas... Allí estaban representados todos los campos de las ciencias. Se han podido concretar muchos títulos. Bernard Bischoff intentó una reconstrucción de la biblioteca. No conocemos ni su construcción, ni su estructura, ni su tamaño. Pero podemos deducirlos directamente a través de un grupo no muy pequeño de textos o copias de textos.

Entre los libros de la biblioteca se deben distinguir los códices del tesoro de la iglesia que estaban destinados al servicio litúrgico. Eran cuidados por la capilla de la Corte, pertenecían temporalmente a ella y consistían, en lo esencial, en textos nuevos, al contrario de las obras de la biblioteca. La misma capilla mantenía un escritorio y aceptaba también allí a huéspedes extranjeros para que realizaran nuevos trabajos para sus fines. Se han conservado nueve códices valiosos que salieron de dicho escritorio en el transcurso de unos treinta años, y a ellos hay que añadir el fragmento de un décimo volumen. Al menos otros tres fueron reconstruidos a mano a partir de copias posteriores de Fulda, Maguncia y Salzburgo. Los nueve volúmenes consisten en siete evangeliarios, un evangeliario litúrgico y un salterio. También las tres obras perdidas eran evangeliarios.

Este escritorio se especializó expresamente en evangeliarios lujosos, de los cuales algunos fueron regalados por Carlos o su sucesor a los grandes monasterios y sedes episcopales. También el grupo de huéspedes o pintores extranjeros en la Corte creó principalmente evangeliarios. En total se conservan cuatro, que hoy se guardan en Viena, Aquisgrán, Bruselas y Brescia.

Según un registro del evangeliario de la biblioteca municipal de Tréveris, la Historia del Arte ha llamado a las obras del escritorio de la Corte «grupo Ada». En este manuscrito se nombra como fundadora a una tal Ada, a la cual la leyenda considera hermana de Carlomagno. Pero no hay unanimidad en cuanto a la ciudad donde fueron escritos los códices. Se mencionan Tréveris, Maguncia y Lorsch junto a Aquisgrán. En Francia se habló de la «École du Rhin». Wilhelm Köhler ha recogido los argumentos que hablan en favor de Aquisgrán. Estos artistas poseyeron preciosos modelos raros y trabajaron sin restricción de material, pergamino, oro, plata y colores. Podían repartir el trabajo entre muchas

manos y organizarlo rigurosamente. Entre 780 y 810 nada se puede comparar con ellos en rango artístico. Köhler habló de la «escuela de la Corte de Carlomagno» y también dio nuevos nombres a los cuatro libros de los pintores extranjeros. Les llama, por el más célebre de sus trabajos, «el grupo del evangelionario de la coronación de Viena». Efectivamente, los emperadores alemanes posteriores prestaron su juramento de la coronación sobre este precioso libro. Ambos grupos de manuscritos y miniaturas, tanto los libros del escritorio de la capilla de palacio como aquellos de sus huéspedes extranjeros, tuvieron una influencia decisiva sobre la pintura de libros bajo Luis el Piadoso y sus hijos, y más tarde también sobre el arte otónico, las obras de los extranjeros de más hacia Occidente y sobre todo de Reims, y los trabajos de las capillas situadas más al este del imperio, sobre todo las de Fulda, Salzburgo y Reichenau. Bajo Carlos el Calvo debían pintarse motivos de ambos en el libro más usado de esta época tardía, el *Codex Aurteus de St. Emmeran* (hoy en Munich).

Particularmente a través de las investigaciones de Köhler, fue firmemente establecida la sucesión en la cual surgieron los libros del escritorio de la Corte. Las comparaciones de textos han confirmado sus análisis de estilo histórico. En la Corte se habían esforzado constantemente en mejorar las versiones de los textos de los cuatro Evangelios. Solamente dos de los manuscritos son fechados o fechables por medio de los versos de la dedicatoria, los dos «intrusos»: el códice más antiguo con el evangelionario litúrgico del monje Godescalco, que recibió su encargo en Roma en el invierno de 781 y que lo acabó antes de la muerte de la reina Hildegarda, el 30 de abril de 783, y el salterio que escribió un sacerdote llamado Dagulfo y que Carlomagno quería regalar al papa Adriano, pero que probablemente no envió a Roma, ya que entre tanto murió el papa. Debió de estar acabado poco antes de 795, año de la muerte del pontífice.

Estos trabajos facilitan la división de los textos conservados en dos grupos: al más antiguo le llamaríamos el de los manuscritos del rey, y a los más modernos, los manuscritos del emperador; en medio de ambos debió ocurrir en Roma un gran acontecimiento que hizo cambiar el modo de pensar de Carlos, así como de toda la Corte. A partir de entonces se plantearon metas más elevadas. Existe incluso un manuscrito, el evangelionario «Harley-2778» del Museo Británico, durante cuya composición se abre camino una ambición más alta con la llegada de nuevos modelos. Al mismo tiempo observamos cómo el taller alcanza bajo la dirección de un maestro principal una completa libertad plástica.



San Mateo. Ilustración del evangelionario de Centula realizada por los artistas de la denominada escuela de la Corte de Carlomagno, hacia 800. Biblioteca Municipal Abbeville. Sobre este evangelionario prestaron su juramento de la coronación los emperadores alemanes posteriores.

El grupo más antiguo de manuscritos del rey consta de cinco obras, si se tiene en cuenta el libro primero y predominante, el evangelario litúrgico de Godescalco, que ocupa una cierta posición privilegiada. Le sigue un evangelario más pequeño, aunque decorado muy lujosamente, que se encontró en cierto momento en el monasterio de Saint-Martin de-Champs y que hoy está en la biblioteca del Arsenal de París.

Poco después de él se escribió una primera parte del evangelario de Ada, en Tréveris, con el cual la serie adopta el formato monumental que desde entonces tendrían todos los evangelarios lujosos. A esta primera parte se agrega el pequeño salterio de Dagulfo, de aproximadamente el año 795. No mucho después surgió el único códice de púrpura, según el evangelario litúrgico de Godescalco: el evangelario de Centula, que siempre estuvo en dicho monasterio de Angilberto y aún hoy se guarda en la vecina ciudad de Abbeville. Pudo ser regalado por Carlomagno en el año 800 con ocasión de la consagración de la iglesia.

A los cinco manuscritos del rey se deben contraponer los cuatro códices del emperador, si se puede contar en este último grupo aquel evangelario de Londres que constituye una transición y que probablemente fue comenzado aún antes del Códice de Centula. El grupo consta de cuatro evangelarios de gran parecido en el formato y la estructura. Todos son muy gruesos y tienen treinta y seis centímetros de alto y veintisiete de ancho. Están escritos completamente en oro y a dos columnas, y cada página doble en cada uno de los cuatro volúmenes muestra una orla ornamental distinta. El grupo a que nos referimos comprende: el libro de Londres, el «Harley-2788»; el evangelario que Luis el Piadoso, en 827, regaló al monasterio de Saint-Medard en Soissons y que, al mismo tiempo, da a conocer nuevos progresos en la depuración de los textos; más adelante, el segundo volumen del manuscrito de Ada, de Tréveris; y, finalmente, el evangelario del monasterio de Lorsch, que tuvo un destino peculiar.

El último de los códices mencionados se encontraba a principios del siglo XVII en el castillo de Heidelberg, la famosa biblioteca Palatina, y fue regalado al papa Urbano VIII con toda esta incalculable biblioteca después de la conquista de la ciudad por Tilly. Una parte, sin embargo, fue malversada en Roma y así llegó su mitad a Rumania (a la biblioteca de Alba Julia), permaneciendo la otra mitad en el Vaticano, mientras que las tapas de marfil —igualmente valiosas— fueron a parar a Roma y a Londres. Estas cuatro partes fueron reunidas después de muchos siglos en la exposición de Aquisgrán.

Este libro del monasterio de Lorsch, que, por lo que vemos, fue encargado por Carlomagno, ejerció una gran influencia en la miniatura de libros de la Edad Media posterior. Sus miniaturas fueron copiadas en el siglo X repetidamente. Junto a la serie de los grandes evangelarios goza igualmente de una posición especial el pequeño y valioso salterio como obsequio regio para el papa Adriano. También la tiene, por ser el primer encargo de libros de Carlomagno, el evangelario litúrgico de Godescalco. Este *Evangélaire de Charlemagne*, como se llama en Francia, constituye, sin duda, el precedente de la posterior escuela de la Corte, pero no pertenece a ella en un sentido estricto. Carlos lo encargó en el invierno de 780-781 en Roma.

Fue el mismo invierno en el cual tuvo lugar la primera coronación real medieval por un papa en Roma, que por primera vez muestra a los príncipes carolingios Pipino y Luis. A Carlos se le ofreció entonces un valioso códice romano. Este presente debió de inducirle a encargar él también uno del mismo valor. Es característico que no encontrara disponible ningún escritor o pintor en Roma. Tuvo que elegir un monje de su séquito, un franco.

Se trataba de crear seis grandes miniaturas que ocupaban toda una página: Cristo en su trono, las fuentes de la vida y los cuatro evangelistas; y el monje se acreditó sobre todo en las dos primeras tareas de un modo singular, aunque entendió mal muchas cosas.

No copió las letras y las páginas iniciales de su modelo. Los monjes debían practicar la caligrafía durante años, antes de que pudieran ser designados por su abad para un encargo real.

Estas páginas iniciales se originaron en la tradición anglosajona. De este modo, se estableció el programa de la escuela de la Corte. Todos los libros del escritorio representan una síntesis entre elementos insulares e italianos. Esta es su característica, y en ella se refleja la situación cultural de la Corte; de tal modo, se abrió un amplio campo de acción y de confirmación a la propia fuerza creativa. Se puede suponer que todo lo insular llegó a dichos escritorios por vía escolar, mientras que lo italiano, tanto si procedía de las provincias bizantinas o aun de finales de la antigua Roma o Milán, se llegó a conocer a través de muestras que Carlos recibió como obsequio.

En el transcurso de este desarrollo se aprendió a entender mejor dichos modelos. Se aprendió a ver la Antigüedad, a caracterizar el espacio y los cuerpos, la perspectiva y el volumen plástico. Sin embargo, no conocemos ningún manuscrito y tampoco nin-

gún fragmento de manuscrito que sirviera de modelo a los pintores de la Corte de Roma o Aquistrán. No se ha conservado nada, aun cuando las obras del escritorio estaban guardadas como reliquias con el máximo cuidado.

La sucesión en la que surgieron los códices lujosos, según el evangelionario litúrgico de Godescalco, no ha sido discutida nunca más después de la obra de Wilhelm Köhler. La misma le parecía tan evidente que podía renunciar a cualquier argumentación. Es igualmente obvio el esfuerzo de unir el patrimonio escolar insular con los modelos italianos. Todos los manuscritos fueron decorados con gran lujo.

El evangelionario litúrgico de Godescalco cuenta, junto con una serie de iniciales sobre seis miniaturas que ocupan toda una página, con los cuatro evangelistas y las imágenes del icono de Cristo y la fuente de la vida. Si se piensa que en todos los demás manuscritos juntos solamente aparecen cuatro de dichas imágenes independientes del propio texto —dos en el manuscrito de Soissons y dos en el de Lorsch—, nos daremos cuenta del valor de estas imágenes. Cinco de los evangelionarios, además del evangelionario litúrgico, contenían las cuatro representaciones de los evangelistas. Observamos, pues, la vistosa serie de veinticuatro representaciones de los mismos, muchas de las cuales provienen del mismo modelo y, sin embargo, están desarrolladas de modo distinto, puesto que se tuvo o se adquirió el valor de introducir variaciones.

A los seis evangelionarios se les antepone la hermosa arquitectura de columnas de las tablas de cánones. El manuscrito de la biblioteca del Arsenal posee dieciséis; el manuscrito de Ada, diez; el evangelionario de Centula, catorce; el de Londres, once, y los evangelionarios de Soissons y Lorsch, doce cada uno. Los maestros dedicaron a esta serie la mayor atención. Esta colección es tan grande y al mismo tiempo tan unitaria en sus partes esenciales, que al observarla se pueden apreciar muy claramente tanto las etapas del desarrollo como las innovaciones creativas. Las grandes páginas iniciales tienen valor para el conocimiento del modo de trabajo del escritorio, así como las imágenes de los evangelistas e incluso un pequeño grupo de páginas con título.

El primer manuscrito del emperador es el evangelionario «Harley 2788», del Museo Británico de Londres. No se puede reprimir la impresión de que en el peso poderoso de las columnas y arcadas de sus tablas de cánones se manifiesta el espíritu que también movió al maestro constructor de la iglesia. Hasta entonces, estos pintores no habían tenido las columnas de mármol y



Las fuentes de la vida. Ilustración perteneciente al evangelionario litúrgico de Godescalco (781). Biblioteca Nacional, París. Los evangelionarios carolingios fueron realizados muchas veces por los propios monjes del séquito de Carlomagno.

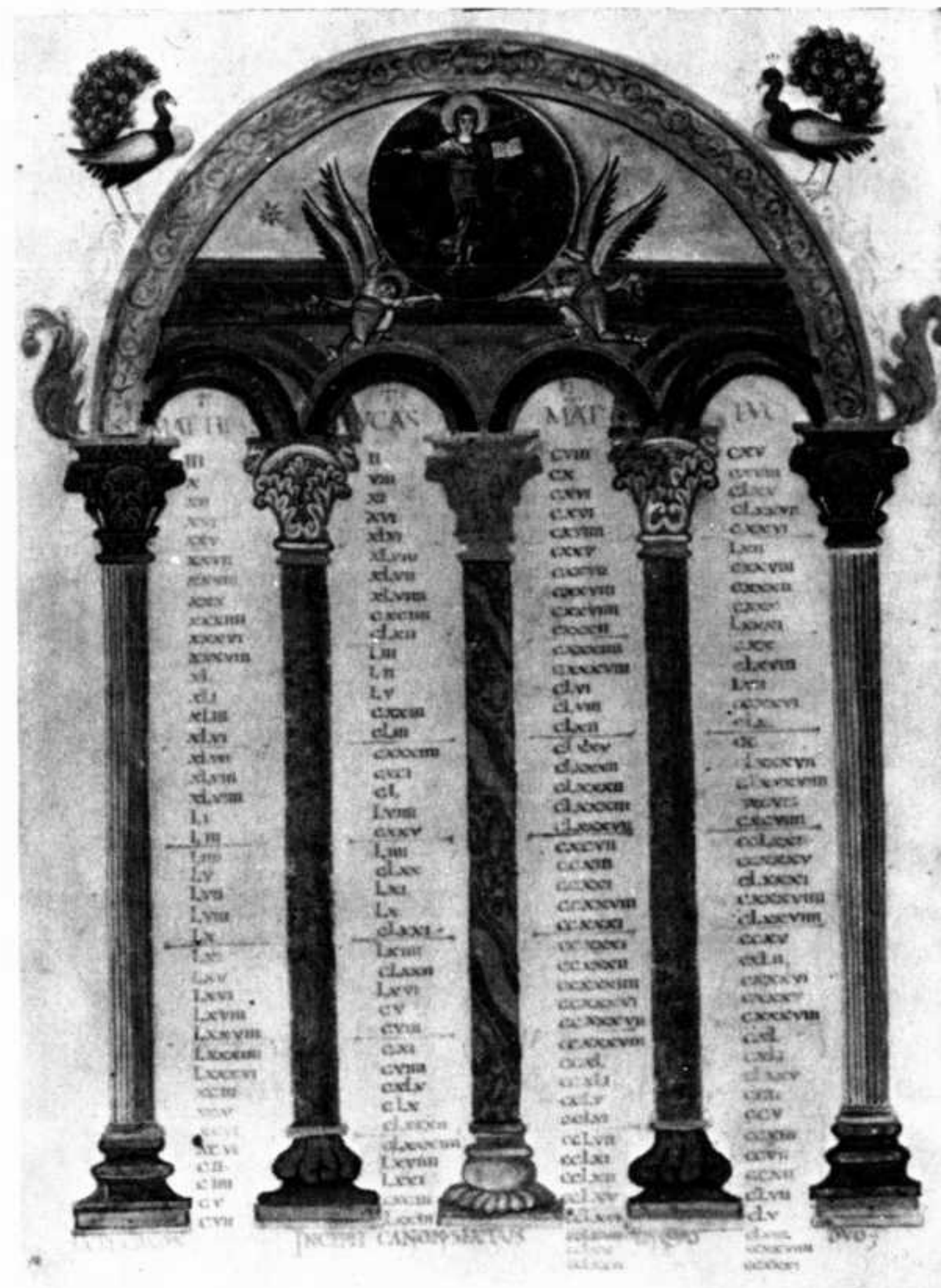


Tabla de cánones del evangelario de Ada. Escuela de la Corte de Carlomagno, hacia 795. Biblioteca Municipal, Tréveris.

pórfido delante de los ojos. El desarrollo se hace patente cuando se comparan las tablas de cánones del manuscrito de Ada, de alrededor de 796, con las del evangelario de Saint-Médard, en Soissons. En aquél, las columnas son aún un mero ornamento lujoso, gracias a su realización con oro y cinabrio, pero es una arquitectura romana completamente plana, sin peso, que el sentimiento germánico de las formas ha proyectado sobre una superficie. Al contrario, el evangelario de Soissons, que debió de surgir hacia el 805, después de la coronación del emperador, reúne en tablas de cánones columnas romanas de diferente forma y realización —comparables a las de una iglesia romana paleocristiana—, que el pintor copia fielmente de la naturaleza y entiende como cuerpos plásticos.

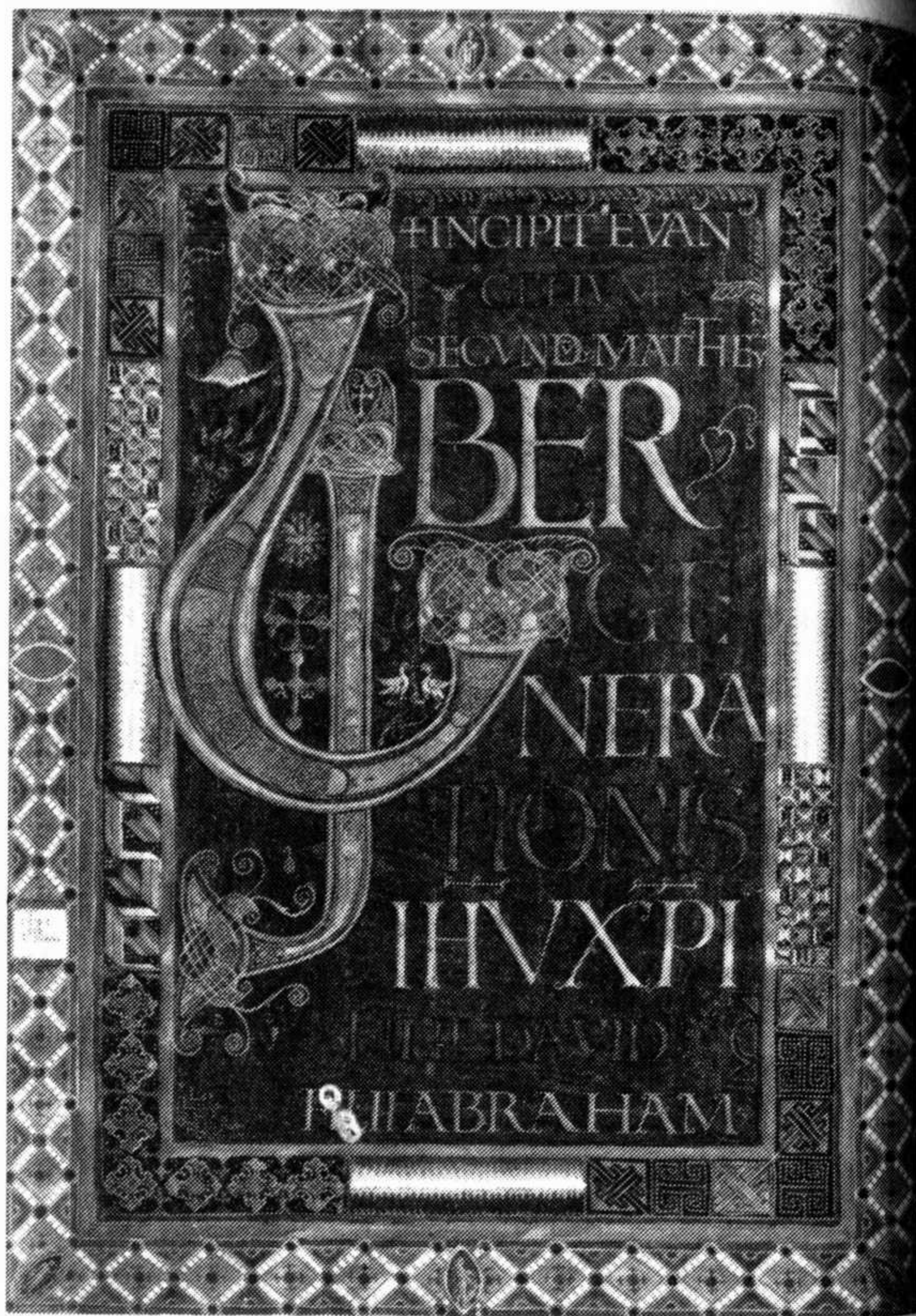
Aquí las formas arquitectónicas ya no se ven solamente como adornos, sino también como partes de la construcción. Entre las tablas de cánones del manuscrito de Ada y las del evangelario de Soissons se efectúa el tránsito desde los manuscritos

Tabla de cánones del evangelario de Saint Medard en Soissons. Escuela de la Corte de Carlomagno, hacia 805. Biblioteca Nacional, París.



del rey a los manuscritos del emperador. Sin embargo, la representación de Cristo en el conjunto plástico de estas tablas de cánones muestra que los pintores carolingios también habían aprendido a crear por sí mismos. Este Cristo se adelanta como vencedor hacia el observador, echada la cruz sobre el hombro, como un guerrero lleva su lanza cuando marcha, y con el libro a la izquierda. Los ángeles se inclinan hacia la tierra para sostenerle, a la vez que soportan la bóveda del cielo.

El criterio de que hay que investigar la producción propia de los pintores —sobre la base de un mejor entendimiento de los modelos de la Antigüedad— a medida que se pasa de un manuscrito a otro ha permitido evaluar la creatividad de estos maestros. Dicha comprensión les capacitó en creciente medida para servirse de los modelos transmitidos con tan gran libertad, que adoptan completamente el espíritu y la forma de la propia época. La Antigüedad les había enseñado el arte y el conocimiento de las leyes, del mismo modo que les animó a la libertad. ¿Se puede ratifi-



car este conocimiento a través de la observación de las páginas iniciales, de las imágenes de los evangelistas y de las últimas grandes composiciones?

Las dos imágenes que hemos elegido como principio de los Evangelios del último evangelario hacen patente que los maestros podían servirse con autonomía de diferentes expresiones



Evangelio de San Juan. Evangelario de Lorsch, hacia 810. Biblioteca Vaticana.

◀ Liber generationis. Evangelario de Lorsch, hacia 810. Batthyáneum, Alba Julia.

formales de modo cambiante. El principio de San Mateo, el gran *Liber Generationis*, constituye la página de adorno más rica en motivos de esta serie. Para dar forma a las orlas se utilizaron la idea de un trabajo de orfebrería con perlas, piedras preciosas y gemas insertadas, el motivo insular de la clave, los meandros, los ornamentos mediterráneos de perspectiva, la polícroma banda de aplicaciones y la cruz de palmas.

Sin embargo, más que todos los motivos, atraen la mirada la gran L y la gran I, cuyos finales creó el calígrafo con enrejados tan



San Marcos. Evangelario de Ada. Escuela de la Corte de Carlomagno, hacia 804. Biblioteca Municipal, Tréveris.

ricos y tan seguramente trazados. Su grandeza y claridad, su ordenación simétrica y su densidad son asombrosas. La obra tiene vida, se mantiene erguida, vibra, se convierte en signo, en símbolo, en tono litúrgico. No se la puede olvidar. Pudo ser del mismo pintor que al principio del Evangelio de San Juan se contentó con letras rojas tan sencillas sobre fondo de oro como si

Página escrita del Evangelio de San Lucas. Evangelario de Lorsch, hacia 810. Biblioteca Vaticana, Roma.



las tuviera que tallar en piedra. No se puede decidir cuál de las dos páginas es la más decorativa. Dado que el maestro sabía hablar bien tanto el latín como el idioma franco, podía pintar igualmente bien lo romano y lo germánico.

Sin embargo, por el hecho de que todo ello fue refundido en Aquisgrán, no se ha reconocido lo propiamente carolingio. Es característico del joven estilo un concepto diferente de la figura humana. Los cuerpos son blandos y pesados, poderosos y, sin embargo, tiernos. Las manos y sus dedos fueron configurados sin noción de su estructura; las cabezas son redondas; los ojos, grandes, sombreados al mismo tiempo por cejas anchas y a menudo oscuras. La rica vestidura intenta moldear el cuerpo, pero no lo consigue. También aquella tiene su propia vida, tal como todos los signos de dignidad del fondo poseen una vida propia. Se unen para combinar escenas. Paso a paso, el taller se acercó al entendimiento de la especialidad y la corporalidad

antiguas. Pero a medida que reconocía con más precisión los detalles, más cambiaba su visión del conjunto. Tal como las gemas y las piedras preciosas se unen para crear nuevas muestras en una rica tapa de libro, del mismo modo se funden aquí elementos de la Antigüedad más próxima para formar una composición medieval. Una nueva solemnidad y un nuevo esplendor ornamental caracterizan las hojas. Las formas son al mismo tiempo pesadas y desprendidas de la tierra. En lugar de la dignidad natural y del montaje monumental aparece aquí algo representativo de lo sagrado y lo poderoso, que presta a la Corte del emperador aquella solemnidad ingenua que le era propia.

La atención que otorga un observador moderno a las miniaturas puede distraerle de la idea de que para el escritorio los textos sagrados constituían el centro de los esfuerzos. Todos estos textos fueron escritos completamente en oro sobre hojas de pergamino, cada una de las cuales necesitaba semanas de trabajo para ser alisada. Junto a las nuevas y nobles minúsculas carolingias se utilizaba sobre todo la solemne letra inicial, que todos los colaboradores habían aprendido a pintar con tanta pulcritud que apenas pueden distinguirse diferencias entre las diversas manos. En los manuscritos del emperador, cada página doble recibía otra orla ornamental.

Los motivos de esta ornamentación fueron reunidos de todos los campos de la artesanía, de la tejeduría, del arte de la orfebrería, de las orlas de metal de la Antigüedad, de la talla de gemas y de las obras anglosajonas e irlandesas, tanto sagradas como profanas. Existe un patrimonio ornamental germano, celta, mediterráneo y oriental que encontró aquí una nueva aplicación. En el último manuscrito, el código de Lorsch, los talleres supieron organizar sus fuerzas de modo que desde el principio hasta el final no disminuyó su riqueza ornamental. Es evidente que se pusieron a trabajar tantos escritores y pintores al mismo tiempo, que la dirección del taller repartió por igual los motivos que cada uno podía utilizar. Las imágenes y los colores contenidos y ordenados en estas páginas doradas tienen el fondo adecuado.

Wilhelm Köhler calificó de extranjero al maestro que con escasos ayudantes, poco antes del año 800, viajó desde Italia a la Corte de Aquisgrán y creó el evangelario de la coronación de Viena. Las comparaciones de textos no dejan ninguna duda sobre el lugar y el momento en el cual hay que colocar este trabajo de suprema belleza, ni tampoco acerca del estilo de las imágenes de los evangelistas y de las tablas de cánones, ni del área en el cual debemos buscar su patria artística: la Italia griega.



San Mateo. Evangelario de la coronación de las insignias imperiales alemanas. Aquisgrán, hacia 800. Cámara del Tesoro del Hofburg, Viena.

A estos pintores — al contrario que a los artistas del escritorio de Aquisgrán — todo lo anglosajón y todo lo germano les era extraño. Únicamente estuvieron dispuestos a recoger unas pocas iniciales decoradas no pertenecientes a la Antigüedad cuando, instalados en el Norte, buscaron sus modelos en los antiguos manuscritos de la Corte. La monumentalidad de sus formas permite suponer que también crearon pinturas murales. La trans-



Tabla de cánones del evangelionario de la cámara del tesoro. Principios del siglo IX. Cámara del Tesoro de la catedral de Aquisgrán.

misión del estilo ilusionista de finales de la Antigüedad helenística les resultaba perfectamente conocida.

La diferencia de calidad entre los evangelistas nos enseña que al menos existieron dos pintores que trabajaron en esta gran obra. Quizás permanecieron únicamente en Aquisgrán un verano, o quizás un año, y se volvieron otra vez a casa.

Aproximadamente un decenio más tarde, probablemente no antes de Luis el Piadoso, viajaron a Aquisgrán otros pintores más jóvenes de la misma ciudad o taller y realizaron tres evangelios más: los libros de la cámara del tesoro de Aquisgrán, el de la catedral de Xanten, que fue a parar a Bruselas, y el de la biblioteca de Brescia, que pertenecía a uno de los príncipes carolingios residentes en Italia. El libro de Aquisgrán contiene —aparte de la lujosa tabla de cánones con las columnas esbeltas de un templo griego de la primera época— solamente una miniatura, en la cual los cuatro evangelistas escriben juntos en un paisaje.

Las tablas de cánones y las miniaturas permiten advertir a primera vista que este arte proviene de un mundo diferente al de



Foto Ann Bredol-Lepper, Aquisgrán

Los cuatro evangelistas. Miniatura del evangelionario de la cámara del tesoro de la catedral de Aquisgrán. Los textos de los evangelios fueron escritos completamente en oro sobre hojas de pergamino, y dan cabida en ellos a los patrimonios ornamentales germano, celta, mediterráneo y oriental.

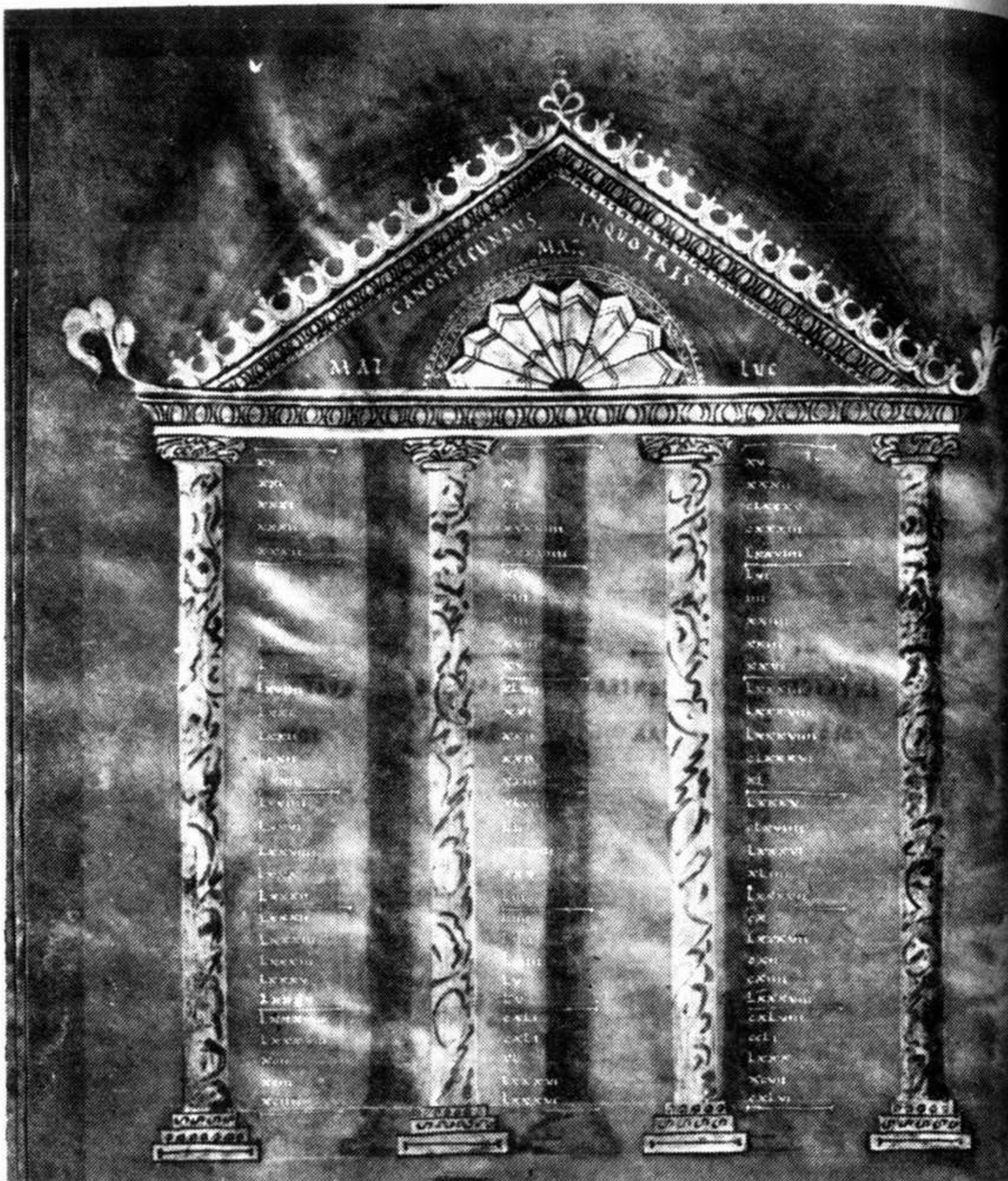


Tabla de cánones del evangelario de la coronación de las insignias imperiales alemanas, hacia 800. Cámara del Tesoro del Hofburg, Viena.

las obras del escritorio de la Corte, así como de escritores carolingios más antiguos. Tampoco en Italia ni en Constantinopla se ha conservado nada parecido, y ello no puede deberse a la casualidad. No poseemos ninguna otra obra del genio que pintó los preciosos evangelistas. El hecho de que ellos, pero únicamente ellos, fueran imitados más tarde en Reims y en la Corte de Carlos el Calvo hace probable que solamente esta obra capital proviniera del Norte. Los maestros extranjeros en aquel mundo pobre y herido tantas veces sólo encontraron oportunidad de avivar un fuego oculto en la Corte del emperador.

Estos hombres se sintieron romanos — así como los emperadores bizantinos se llamaban romanos —, herederos conscientes y administradores de la grandeza de la Antigüedad. Todo lo medieval les era extraño. Los pintores que crearon las tablas de cánones de Viena, de Aquisgrán y de Brescia debieron repudiar a los artistas del manuscrito de Ada. Solamente podían aprobar las arquitecturas claras, firmes y tranquilas, el frontón del templo clásico, la viguería ricamente adornada y pesada, las bases y capiteles sobriamente tallados, los fustes de las columnas puramente alisados y brillantes.

El maestro de la miniatura de Aquisgrán muestra a los cuatro evangelistas, junto con sus alegorías y utensilios de escritura, en un paisaje de colinas acentuadas; el cielo luminoso queda visible en la parte superior. El artista debió de conocer un modelo que se aferrara más al legado artístico antiguo que los demás, y en el cual las cuatro figuras estarían aún unidas, de modo solemne y representativo, apareciendo más como autores que como santos.

Sigue siendo extraño que fueran a Aquisgrán diferentes artistas de la Italia regida por Bizancio — con la distancia de quizá unos diez años o incluso un poco más —, los cuales crearon obras muy variadas, en el mismo estilo de la expresión ilusionista del helenismo. Solamente el más viejo de ellos amaba y conocía el factor monumental. Es también extraño que las obras del más viejo y no las de los más modernos fueran imitadas en Reims bajo Luis el Piadoso. Pertenecen ya a aquel programa que un grupo de la Corte consideró adecuado sólo para el emperador y vemos precisamente a este grupo imponerse bajo Luis el Piadoso, hasta el punto de que se imitaron las obras más antiguas del escritorio de la Corte casi únicamente en los nuevos monasterios del Oeste, y no en los más antiguos del Occidente latino. Se había aprendido a escoger los modelos y, al hacerlo, se daba preferencia a los «griegos» más antiguos sobre los italianos más jóvenes.

13. El tesoro de Carlomagno

El poder de Carlomagno debió de corresponder a la magnitud de los tesoros que fue reuniendo a lo largo de su vida y que al final agrupó en Aquisgrán. Para todo príncipe arcaico, los tesoros eran al mismo tiempo símbolos de rango.

La plenitud de una gran personalidad buscaba reflejarse en un tesoro para el cual aceptaba regalos y del cual los sacaba con prodigalidad, así como mostrarlo a los asombrados embajadores. Llevar regalos al rey era un honor, un deber y una señal de homenaje, y recibirlos era la mayor distinción.

Los príncipes germanos de la época de las migraciones de los pueblos no reconocieron el valor del dinero, pero amaban el oro. El tesoro correspondía al esplendor de los príncipes: armas de riqueza ilimitada, vasijas de oro y plata, anillos, pulseras, fíbulas, sedas valiosas, una gran cámara de vestidos, pieles, piezas de oro de todas las culturas, lingotes de plata y reliquias con el más rico revestimiento. Se logró causar asombro por lo cuantioso, lo variado y lo extraordinario. El éxito se manifestaba en la abundancia.

Los príncipes y los nobles de la época se relacionaron unos con otros por medio de tributos y regalos. Lo insólito, lo artístico y lo valioso debían mostrar el rango del donante. Tenemos noticia detallada por las fuentes de una serie de tales «dádivas reales» y presentes de los embajadores, entre los cuales el más valioso a los ojos de la época fue seguramente el elefante Abulabaz, que Harun al-Rachid hizo llevar por medio del judío Isaac en 802. Igual que en la antigua Roma y en Bizancio, más tarde, en la Edad Media, los animales raros de tierras extranjeras pertenecían al séquito de las exhibiciones regias.

En todas sus campañas bélicas Carlos procuró ganar tesoros. El tesoro lejano, desconocido, escondido, constituía a menudo un motivo básico para esas mismas guerras. La rapiña tenía carácter de trofeo demostrativo del poder del vencedor. De la

conquista de Eresburg y de la destrucción del santuario sajón de Irminsul, Carlos trajo consigo un tesoro en botín de oro y plata. Desde Pavía transportó —junto con el rey Desiderio, su mujer y su hija— todo el tesoro del palacio al reino franco. Podemos suponer que la mayor parte de las riquezas carolingias de la Antigüedad venían de Lombardía, de las ciudades griegas y seguramente también vino de allí gran parte de la orfebrería encargada por los lombardos a sus propios orfebres o a los griegos.

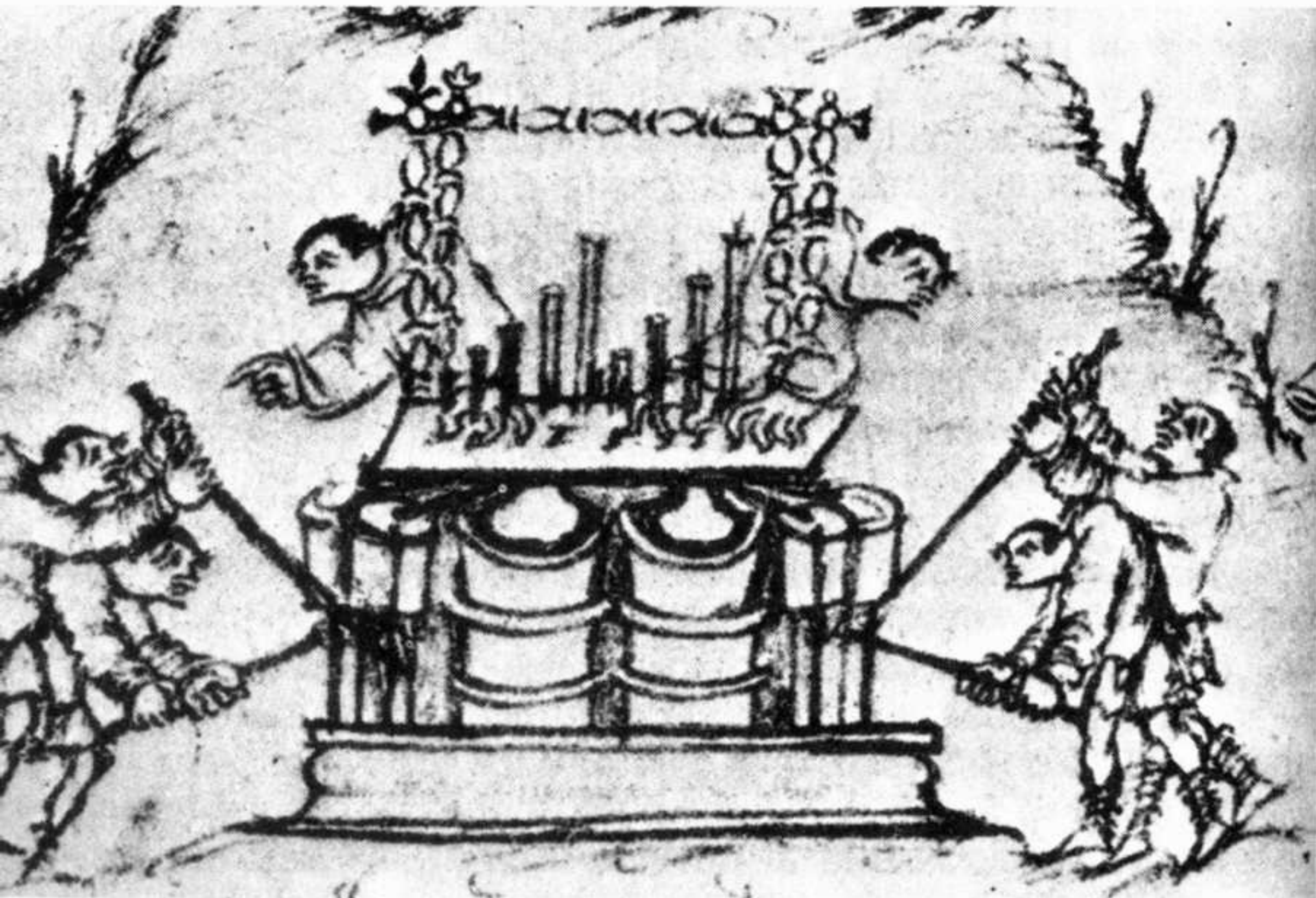
También Carlos debió de volver de la campaña contra los árabes de 778 con un buen botín. La guerra posterior de Sajonia, las campañas contra los eslavos, daneses y bretones no debieron aportar mucho patrimonio cultural. El botín consistía sobre todo en esclavos, caballos y ganado. Aun antes de que en 788 condenara en Ingelheim a Tasilón, Carlos hizo traer el tesoro de éste a Ratisbona. En las negociaciones con los príncipes de Benevento, el importe de los pagos de tributos jugó un papel decisivo. Como ya sabemos, la ganancia procedente de la guerra contra los ávaros fue inmensa. Este pueblo de jinetes había reunido desde siglos el producto de sus campañas de rapiña en el gran círculo del Kagan, y Pipino pudo enviar aún a su padre, en 796, a Aquisgrán dieciséis carros de bueyes con obras de metales preciosos, después de haber remunerado al ejército. Durante un corto tiempo se creyó que la Corte era inmensamente rica en aquel siglo pobre en dinero. El tesoro de Carlos consistía con seguridad principalmente en oro bizantino amonedado que se reunió en los decenios de pagos de tributos. Carlos pudo igualmente admirar allí las armas más raras y valiosas. Al rey inglés le regaló un arnés y un sable. De todos los territorios fronterizos fluyeron hacia el nuevo imperio aún más tesoros desde el año 800 en forma de tributos.

Cuanto más subía el prestigio de Carlos, más valiosas eran las dádivas que le entregaban los grandes del reino, los enviados extranjeros y los príncipes amigos. El papa, los obispos y los abades entregaron objetos de raro valor. Un abad franco del monasterio del Monte de los Olivos de Jerusalén envió también presentes. De los príncipes árabes llegaron vestidos, sedas, tiendas, tapices, armas y perfumes. Ya Pipino había recibido de Bizancio aquel órgano asombroso que podía ser parecido al descrito en el salterio de Utrecht. Entre los obsequios que Carlos recibió de la capital de Oriente fueron igualmente admirados una tienda de lino de hermosísimos colores y sus cortinas polícromas, así como un «artístico mecanismo de reloj trabajado en latón... con doce caballeros que al final de las horas salían de doce

ventanas y con su movimiento cerraban igualmente las ventanas que estaban abiertas». De Bizancio procedían también las mesas de plata y una de oro que Eginhardo menciona en la herencia de Carlos. En las mesas de plata estaban grabados los planos de Roma, de Constantinopla y un mapamundi en «trazo fino y precioso».

A través de Teodulfo de Orleans tenemos conocimiento de dos mesas más de plata, de las cuales una mostraba las siete artes liberales, como las ramas de un árbol cuyo tronco lo formaba Sofía, la sabiduría divina, mientras que la segunda mesa mostraba a Tellus, la Tierra, con una corona mural, rodeada por el océano. Puede deducirse, por tanto, que habían existido originales de la última época de la Antigüedad junto a las nuevas creaciones bizantinas que Carlos adquirió para su tesoro. Eginhardo pone de relieve la riqueza de los vestidos, tanto seculares como eclesiásticos. «Hizo adquirir vasos sagrados de oro y plata, así como vestiduras litúrgicas en tal cantidad, que ni siquiera los ostiarios, que constituían los grados eclesiásticos más bajos, aparecían en los oficios religiosos con su traje corriente.»

Se nota, especialmente en el testamento de Carlos transmitido por Eginhardo, que aquel tercio que fue adjudicado a los pobres debía ser añadido al conjunto de los utensilios de la casa, entre ellos «las cortinas, las colchas, los tapices, los trabajos de fieltro y de piel y las valijas».



Yelmo procedente de la tumba de un caballero francés de principios del siglo VI. Museo del Land, Krefeld.



Organista del gran Aleluya que aparece al final del salterio de Utrecht. Reims, hacia 823. Biblioteca Universitaria de Utrecht.

Se puede conseguir una débil representación de la variedad de objetos a través del testamento del margrave Eberardo de Friul y de su mujer, Gisla, de 872, la cual era hermana de Carlos el Calvo, y en cuya posesión se había podido reunir algo del tesoro carolingio. Si se considera únicamente lo más valioso entre los numerosos objetos que ambos legaron a sus siete hijos, resulta que dicho tesoro, además de una rica biblioteca, contenía objetos para el altar en marfil y oro para cada uno de los cuatro hijos, al menos una armadura, una espada con pomo y puño decorados en oro, un puñal con oro y gemas, también cinturones y espuelas de oro y piedras preciosas, yelmos, corazas, guantes, grebas y, además, vasijas de oro, plata y marfil, vestiduras de hilo de oro y mantos con fíbulas de oro.

Las cucharas de plata y las vasijas, un vaso de mármol realizado en oro y plata, los brazaletes de oro, los trabajos de cristal, las telas de seda y un curioso relicario muestran que se reunieron en este tesoro obras de diversas áreas de la cultura durante siglos. Se pueden contemplar con el mismo criterio los yelmos, puñales y fíbulas que han llegado hasta nosotros proce-

dentes de las tumbas francas y lombardas, si éstas pertenecen también a un nivel de cultura más antiguo.

Probablemente fue el mismo Eginhardo el que preparó las prescripciones del testamento en detalle. Debió de corresponder también a sus tareas como «intendente de arte» el completar el tesoro por medio de obras valiosas. Está de acuerdo con la tabla de valores de un rey germano el hecho de que Carlos, durante toda su vida, se desprendiera generosamente de su riqueza inmensa y bárbara, y caracteriza la actitud cristiana del anciano emperador el que desde entonces quisiera repartirlo casi todo entre los arzobispos de su reino y los pobres de su Corte. A la Corona y al Estado no les quedó casi nada.

Ni el oro amonedado ni la plata eran a los ojos de Carlos una fuente de poder del Estado que pudiera facilitar las tareas políticas de su sucesor. Incluso se vendió la biblioteca. Sólo la capilla de la Corte debía conservar sus bienes. Para hacer completamente imposible el acceso de sus sucesores a estos bienes, hizo firmar el testamento por treinta de los más poderosos nobles presentes en su Corte: once obispos, cuatro abades y quince condes, así como muchos señores, tanto laicos como eclesiásticos. Ya antes había equipado Carlos a las iglesias más importantes de su imperio con trabajos de oro y plata, sobre todo a las cuatro grandes basílicas romanas.

La reseña de los obsequios efectuados con ocasión de la coronación imperial en el año 800 no deja lugar a dudas sobre que el acontecimiento fue esmeradamente preparado y que el emperador deseaba subrayarlo mediante una exhibición de su patrimonio y su largueza. El *Liber Pontificalis* enumera las obras que recibieron las iglesias de San Pedro, San Pablo Extramuros y las basílicas de Letrán y Santa María la Mayor. Entre ellos se cuentan sillas de plata, coronas de oro con piedras preciosas, cálices, patenas, cruces, un ciborio portátil con columnas de plata y unos evangelios con tapas de oro, a propósito de los cuales el cronista resalta tanto la pureza de los metales como el tamaño de las piedras.

Aparte de los libros litúrgicos y de algunos textos de la biblioteca, de los marfiles y los bronces ya mencionados, en breve tiempo quedaron pocos objetos del tesoro de Carlomagno que pudieran llegar hasta nosotros. Del conjunto del botín de los ávaros sólo conocemos una única pieza, de la cual puede presumirse con cierta verosimilitud que en ella se montaron fragmentos de orfebrería correspondientes al arte de las estepas: el jarro de Carlomagno, custodiado en Saint-Maurice d'Agaune, en Wa-

Jarro de Carlomagno, de principios del siglo IX. Monasterio de Saint Maurice d'Agaune.



Bildarchiv Foto Marburg, Marburg

llis. Acaso la bolsa de Enger y otra análoga del tesoro catedralicio de Monza fueran realizadas en uno de los talleres de la Corte o por encargo de Carlomagno en el último cuarto del siglo VIII. En cualquier caso, el reaprovechamiento de joyas antiguas representa en grado máximo la orfebrería religiosa de la primera época de su gobierno, y constituye una de las principales características del estilo de la Corte.

De los trabajos que Eginhardo encargó a los orfebres de la Corte sólo se ha conservado uno en un dibujo posterior: el arco del triunfo, que en cierto momento ostentaba una cruz; con todo, así no proviene con certeza de época anterior a la muerte de Carlomagno. Del rico tesoro en relicarios de la capilla palatina sólo puede remitirse a la época de Carlomagno la bolsa de San



Talismán de Carlomagno procedente de Aquisgrán, de principios del siglo IX. Catedral de Reims.

Retrato de Julia, hija del emperador Tito (79-81), en una joya ornada de gemas antiguas. Coronación del Ecrain de Charlemagne de Saint Denis. Biblioteca Nacional París.



Bolsa de San Esteban, realizada a principios del siglo IX en el taller de la Corte de Carlomagno. Cámara del Tesoro del Hofburg, Viena.

Esteban. La plétora de piedras preciosas, sobriamente talladas en la parte frontal, así como las finas representaciones figurativas, con sellos de pan de oro en los laterales, son completamente análogas a las piedras pintadas de las orlas del código ornamental de la Corte y denotan una época temprana.

Aun cuando nuestros conocimientos sobre la orfebrería en la Corte de Carlomagno no bastan para fundamentar una identificación exacta, es posible que el famoso talismán, que hoy contiene una reliquia de la Santa Cruz, fuera portado siempre por el monarca e incluso enterrado con él. Se admite también que, de las numerosas cruces preciosas que Carlomagno donó documentadamente a iglesias de diversas partes del imperio, la de Saint-Denis se ha conservado por lo menos a través de su representación en una pintura del siglo XV. Da ornato a un retablo dorado, del cual se supone con razones convincentes que fue instituido por Carlos el Calvo.

El llamado *Esrain de Charlemagne* no nació hasta Carlos el Calvo, y la idea de que por lo menos las piedras preciosas corresponden al tesoro imperial debe quedar en hipótesis. A él



pertenecen la cabeza de Julia, hija del emperador romano Tito, la cual, en la Edad Media, fue tomada por una imagen de la Virgen y que corresponde al número, sin duda copioso, de obras del arte lapidario que estuvieron siempre en el patrimonio imperial y fueron utilizadas también por los carolingios para el aparato artístico de la soberanía. En éste se integra también por lo menos un gran camafeo que procede, con toda probabilidad, del tesoro imperial. Actualmente adorna las tapas del evangelario de Ada, de 1499, y cabe suponer que ornamentó también a sus predecesores.

Aparecen representados en él, debajo de dos águilas, Constantino y su madre Elena, su esposa Fausta y sus hijos Constantino II y Crispo. Se cree que el orfebre del gótico tardío asumió del precedente carolingio la composición de la cubierta con la cruz, acompañada de los cuatro símbolos de los evangelistas y las figuras de los mismos santos.

En efecto, dentro del arte carolingio es perfectamente concebible que en el centro de la cruz figurase una antigua representación imperial, tal como en la época de los otones la cruz de Lotario llevaba incrustada una gema de Augusto. Sabemos, por numerosas fuentes, que Carlomagno entregó el oro y las piedras preciosas de su tesoro para labrar coronas, cruces y ornamentos de altar destinados a las iglesias que fundó, así como cálices, patenas, recipientes de agua bendita y relicarios.

Sin embargo, no nos ha llegado ni una sola de las encuadernaciones en oro de la capilla de la Corte, que fueron, sin duda, numerosas, y para hacernos una idea de ellas hemos de remitirnos a los trabajos posteriores de los talleres de la corte de Carlos el Calvo y a la ya mencionada copia del evangelario de Ada. Tampoco queda ninguno de los altares ornamentados en oro que instituyó Carlomagno.

No es temerario pensar que lo más entrañable de los esfuerzos artísticos de la Corte y de los máximos centros de cultura del país vino a ser estimado, más que por la valía de los libros, por estos trabajos en oro que superaban en importancia de modo notorio a la joyería profana. Dado que el emperador encomendó en su testamento a sus arzobispos que redistribuyeran su tesoro entre los obispos, se intensificó la transferencia de los tesoros germánicos y del botín de la Antigüedad desde las cámaras seculares a las eclesiásticas, proceso que debía continuarse durante toda la Edad Media. Lo valioso de este material y su reaprovechamiento posterior fueron las causas de que se destruyera casi todo.

El tesoro de Carlos fue uno de los lugares más importantes para la transformación de los bienes procedentes del botín en tesoros religiosos. Es igualmente importante su función para el cambio de un tesoro bárbaro, como símbolo de un *status* de infinitud de poder y de posesión, a un tesoro concebido como riqueza cultural u ornato artístico. Se habían reunido todas las antigüedades valiosas —de los escombros de las ruinas del Imperio Romano— que parecían de importancia a la época para el culto, o al imperio por su material o su forma.

Un patrimonio cultural al que no se había prestado atención durante siglos volvió a adquirir su antigua fuerza para la transmisión de energías culturales. El emperador, que hizo llevar a Aquisgrán columnas, placas de mármol, el propio sarcófago, la loba de bronce y la imagen ecuestre de Teodorico como símbolos de la renovación de Roma, reunió con la misma afición textos, libros, marfiles, trabajos de orfebrería, gemas y esculturas. Entonces, dado que las antigüedades aumentaban en valor por esta causa, ya que estaban puestas al servicio del poder imperial o de la Iglesia, se abrieron nuevas posibilidades de enriquecer el tesoro con obras maestras de todo tipo. Así, se convirtió al mismo tiempo en colección de modelos y escuela de arte.

En cualquier lugar del país donde surgiera algún antiguo bien cultural se desataron y liberaron las fuerzas creativas. Las antiguas obras fueron copiadas, montadas y transformadas. Si la Corte de Aquisgrán, durante los años de 794 hasta 814, ha sido denominada el corazón del imperio, esta imagen debe entenderse al pie de la letra. Las corrientes culturales confluyeron allí desde todas partes y, tras modificarlas, fueron lanzadas de nuevo hacia afuera. Sin duda, este proceso sólo lo podemos tener presente gracias a unos pocos ejemplos. También existió otra serie de centros en los cuales se desarrolló un proceso similar de transformación. Los monasterios de San Martín de Tours, Fulda o St. Gall son algunos ejemplos de ello. Sin embargo, puede decirse que las principales vías al norte de los Alpes, desde la Antigüedad a la Edad Media, condujeron a la Corte de Aquisgrán y a sus cámaras de tesoros y se siguió circulando a través de ellas.

14. Decadencia y disolución

Los pipínidas ofrecen a la historia el grandioso espectáculo del ascenso de una familia noble al poder. Les vamos viendo subir progresivamente y marginar de modo paulatino a los reyes merovingios. Entre aquéllos se dio una serie de personalidades insig-nes: Pipino el Mediano, Carlos Martel y Pipino el Breve pertene-cen a tal grupo. Su carrera estuvo amenazada en múltiples ocasiones por la crisis, y la actuación de diversas circunstancias afortunadas favoreció su éxito.

El propio Carlomagno no fue sólo la figura más poderosa de esta serie: fue también la más afortunada. A su muerte se terminó el ciclo —de cien años de duración— que había comenzado con el acceso al poder en 714 de Carlos Martel. Tanto en el interior como en las fronteras, los enemigos fueron derrotados; los áva-ros, aniquilados; los sajones, pacificados; y con los eslavos se establecieron alianzas. Con el Islam en España, al igual que con Bizancio, fue posible llegar a sendos acuerdos. Sólo permaneció firme la amenaza normanda, y ello, porque se presentó en los últimos años de la vida de Carlomagno. Los árabes siguieron dominando el Mediterráneo tal como antes.

El Imperio que Carlomagno dejó a su hijo y heredero —y que Luis el Piadoso transmitió intacto, en 840, a los tres hijos supervi-vientes de los cuatro que había tenido— tenía aproximadamente 1.200.000 kilómetros cuadrados. La frontera oriental, que tenía carácter abierto, no puede ser determinada con exactitud. No existe fundamento alguno para establecer el número de sus habitantes. Si admitimos que en Austrasia y Neustria había unos cuatro millones, en Borgoña y Aquitania un millón en cada una, en Italia dos o tres, y la misma cantidad en Baviera y en el país de los alamanes, en conjunto, lo mismo, así como también en Sajo-nia y Frisia, y en las zonas fronterizas quizá otro tanto, resultan entre diez y doce millones, es decir, unos ocho o diez pobladores por kilómetro cuadrado. Podemos considerar que esta estima-ción es más bien excesivamente alta.



La distancia entre Roma y Aquisgrán es de unos 1.150 kiló-metros; de Barcelona a Hamburgo hay aproximadamente 1.200, y de la Marca Hispánica a la oriental, unos 1.500 kilómetros. Tanto en el orden climático como en el sociológico, en el etnografi-

Carlos Martel
mayordomo de palacio en 716
gobernó el reino sin rey († 741)

Hiltruda († 754)
esposa de Odilón
duque de Baviera († 748)

Carlomán
mayordomo de palacio
de Austrasia 741-747
(† 754)

Pipino el Breve
(714-768)
mayordomo de palacio de
Neustria y Borgoña 741
y también de Austrasia 747
rey de Francia 751-765

Tasilón
duque de Baviera

CARLOMAGNO
(742-814)
rey de Francia 768
de Italia 774
emperador 800-814

Carlomán
(751-771)
rey 768-771

Bernardo

Adalardo
abad de Corbie
(† 826)

Wala

Pipino
el Jorobado
(769-811)

Carlos
(772-811)
rey de
Neustria

Pipino
(773-810)
rey de Italia
781-810

Luis I el Piadoso
(778-840)
emperador 814-840

Drogón
arzobispo de Metz

Hugo
de San Quintín

Rotruda

Berta
esposa de Angilberto
abad de San Riquier

Adelaida
esposa de Guido
duque de Spoleto

Bernardo
(797-818)
rey de Italia
812-818

Lotario I
(795-855)
emperador 830
y después
840-855

Pipino I
(803-838)
rey de
Aquitania

Luis II el Germánico
(806-876)
rey de Germania
840-876

Carlos II el Calvo
(823-877)
rey de Francia 840-877
de Italia 876-877
emperador 875

Gisela
esposa de Eberardo
marqués de Friul

Luis II
rey de Italia
emperador
855-875

Lotario II
rey de Lorena
855-869

Carlos
rey de
Provenza
855-863

Pipino II
rey de
Aquitania
(† 865)

Carlomán
rey en
Germania
(Baviera)
876-880

Carlos III
el Gordo († 888)
rey en Germania 876
de Italia 876
de toda Germania 882
de Francia Occid. 883
emperador 881-887

Carlos II
rey de
Aquitania
(† 866)

Luis II
el Tartamudo
(846-879)
rey de Francia
877-879

Berenguer I
de Friul
rey de Italia 888
emperador 915
(† 924)

Ermengarda
esposa de
Bosón
conde de Vienne
rey de Provenza
879-887

Hugo
pretendiente
a Lorena
879-885
(† 896)

Berta
esposa de
Teobaldo
conde de Arlés

Arnulfo
rey de Germania
887-888
emperador 896-899

Bernardo
pretendiente
a la sucesión
de su padre
(† 890)

Luis III
(863-882)
rey de
Francia
879-882

Carlomán
rey de
Francia
879-884

Carlos III
el Simple
rey de Francia
893 y 898-923
y de Lorena
911-923
(† 929)

Gisela
esposa de
Adalberto
marqués de Ivrea
(† 925)

Zwentiboldo
rey de Lorena
895-900

Luis IV
el Niño
(893-911)
rey de Germania
y de Lorena

Glismonda
esposa de Conrado I
de Franconia
de Germania
de Germania 911

Luis IV de Ultramar
(921-954)
rey de Francia
936-954

Berenguer II
marqués
de Ivrea
rey de Italia
950-961 († 964)

Lotario
(941-986)
rey asociado en 952
rey de Francia
954-986

Carlos
duque de la
Baja Lorena
(† 994)

Adalberto
rey asociado
de Italia
950-961
(† h. 974)

Otón-
Guillermo
conde de
Borgoña

Luis V
rey asociado en 978
rey de Francia
986-987

Otón
duque de la
Baja Lorena
(† h. 1005)

CAROLINGIOS

----- Bastardo

co y en el cultural, este coloso territorial no constituía unidad alguna. Los franceses del Sur y los sajones, los habitantes de Rávena o Utrecht, de Rouen o Salzburgo no se podían comprender entre sí mejor de lo que pueden entenderse ahora. Se hablaban lenguas diversas, se vivía según costumbres distintas; los pueblos no se conocían a sí mismos, no se autoestimaban ni sabían nada unos de otros. Los ejércitos apenas recorrían más de veinticinco kilómetros al día; los mensajeros, poco más de cincuenta; los viajes de los embajadores duraban años y las cartas tardaban meses en llegar a su destino. Los comerciantes aparecían en raras ocasiones en las casas de campo y en las aldeas; los forasteros casi nunca. Los factores que traían movimiento eran la política, la guerra o la fuga respecto de cualquier amenaza. Los magnates son los únicos a quienes vemos siempre viajando.

Mientras vivió Carlomagno, todas las miradas pudieron con razón permanecer fijas en él, puesto que se sabía que en él latía una personalidad de insólito peso propio, situada en un distante esplendor. Había robustecido el poder de las familias nobles y de la Iglesia, puesto que unas y otra prestaron todo su apoyo a su rápida ascensión, pero al mismo tiempo las dejó al margen de las grandes resoluciones. Carlos tomó a solas sus decisiones, después de aconsejarse bien.

Respecto de él, cualquier insubordinación sonaba como una insensatez. Ya hemos visto, en efecto, que el poder que ejercía personalmente tenía un efecto multiplicativo sobre la eficacia de sus leyes en tierras lejanas. Lo cierto es que ni el amor a la patria ni sentimiento alguno de comunidad mantenían unido a este imperio. La organización eclesiástica constituyó un vínculo esotérico para unir con él al estado, y mientras la alta cultura latina pudo fomentar la unidad entre las elites, los pueblos vivieron recíprocamente distanciados.

Luis el Piadoso recibió de manos de su padre un Imperio que no se podía administrar, una idea de imposible realización y un programa cultural que rebasaba las posibilidades de la época. El soberano era de constitución hercúlea y albergaba los mejores propósitos, pero no supo ejercer su poder. En ningún momento de su reinado (813-840) supo juzgar correctamente la situación política. El joven emperador, que se había distinguido como héroe en la guerra contra los árabes y como promotor del monacato, fue recibido con grandes esperanzas. Podía aparecer como rey consagrado por el papa, como portador del título regio de los merovingios y, en definitiva, como único heredero legítimo del emperador, cuya imagen ya empezaba a convertirse en un mito

La Iglesia admiraba su piedad; la nobleza, su valentía, y el pueblo, su generosidad.

Sus primeros años de Aquisgrán debieron de estar impregnados de un gran optimismo. Desde el año 814 estuvo a su lado como consejero más importante el «abad del imperio», Benedicto de Aniane, al cual había traído con él a la Corte desde su reino de Aquitania. Comparado con Alcuino, cuyo lugar ocupó pronto, era más un asceta y educador que un maestro y erudito. Desde 816 hasta 819 se sucedieron los sínodos que tenían por objeto la reforma de los monasterios y sedes episcopales.

Ya en 817 el joven emperador creía que debía anticipar sus medidas sucesorias. Nuevamente, como en 806 bajo Carlos, se procuró encontrar un compromiso entre el derecho de sucesión franco y la aspiración —sobre todo, del alto clero— de salvaguardar la unidad del Imperio. En la *Ordinatio Imperii* de dicho año, Luis nombró emperador a su hijo mayor, Lotario, y le cedió la cosoberanía en todas las tierras francas, incluidas Borgoña y Sajonia. Luis el Germánico recibió únicamente Baviera; Pipino, sólo Aquitania, y Bernardo, sobrino del emperador, permaneció como virrey de Italia. Luis el Piadoso pudo celebrar en ese año, confiadamente, su gran cacería de otoño, algo que no omitió ni siquiera en los ulteriores años de dificultades.

En Italia pronto surgieron oposiciones contra esta decisión. El rey Bernardo, después de un intento de sublevación en el año 818, fue cegado tan brutalmente que murió tres días después. Luis el Piadoso, arrepentido de ello, tuvo dudas sobre el camino que debía tomar. ¿Tenía que seguir pagando la unidad del Imperio a costa de sentencias sangrientas en su propia familia? ¿Debía acceder al deseo de cada uno de sus hijos de obtener un territorio de soberanía propio con perjuicio del conjunto? La solución de estas cuestiones se agravó por el hecho de que entre los jóvenes, que iban creciendo, pronto no hubo ninguno que estuviera contento con la parte de herencia que le habían adjudicado. Se llegó a la crisis cuando Luis quiso también tomar una parte de la herencia de Lotario para entregársela a su cuarto hijo, Carlos el Calvo, que había nacido de su segunda esposa, la enérgica y bella Judith, en 823.

Luis se vio obligado a buscar una solución a este conflicto en favor de sus hijos y de su comitiva noble y contra el partido unitario de la Iglesia. El monarca aceleró esta desgracia al fomentar las rivalidades entre sus hijos. Para asegurar la parte de la herencia de Carlos el Calvo, que aún era niño, hizo un pacto entre éste y Lotario contra los otros hermanos, y más tarde, cuando

precisamente Lotario se volvió contra él, hizo nuevas alianzas con Pipino y Luis el Germánico.

De este modo tuvo que soportar que sus hijos y seguidores le abandonaran varias veces, le aislaran y le hicieran prisionero, y hubo de esperar pacientemente hasta que una fracción de desavenidos le volviera a nombrar. Nos encontramos al principio de un siglo de particiones hereditarias que han condicionado con sus problemas las fronteras y los estados del mapa de Europa hasta nuestros días.

Una primera mirada al árbol genealógico de los herederos de Carlomagno y una segunda al mapa de países hacen patente, con más claridad que cualquier relato, lo cambiante de las situaciones. Luis el Piadoso tuvo tres hijos y tres hijas de su primera mujer, Ermengarda, que murió en el año 818. Su segunda mujer, la condesa güelfa Judith, le dio primeramente a su hija Gisela (hacia 820 hasta después de 874), la cual, como esposa del margrave de Friul, tal como sabemos, pudo reunir una dote artística de enorme belleza e incalculable valor. Pipino I, el segundo hijo, murió relativamente pronto, en 838, y al igual que su hijo Pipino II de Aquitania, que fue desheredado sin contemplaciones, representó un papel secundario.

En cambio, las batallas decisivas por la herencia de su padre fueron llevadas a cabo entre Lotario I (795-855), Luis II el Germánico (806-876) y Carlos II el Calvo (823-877). Luis el Piadoso, después de que Carlos el Calvo se convirtiera en mayor de edad, repartió en 838 nuevamente el reino destinado a Lotario, aproximadamente por igual entre Lotario y Carlos. Luis el Germánico quedó reducido a Baviera únicamente. Que el Imperio le preocupaba menos que a su hijo más joven lo prueba el hecho de que en el mismo año le cedió a éste la herencia de Pipino, Aquitania (la cual no pudo adquirir, sin embargo, por causa de la oposición de Pipino II).

La misma idea del Imperio parecía muerta entonces y no se volvió a despertar hasta que Lotario I, después de la muerte de su padre, en 840, exigió nuevamente el total para sí. Esta pretensión condujo al baño de sangre de Fontenay, junto a Auxerre, el 25 de junio del año 841, en el cual vemos a casi toda la nobleza franca exterminarse mutuamente, luchando en un lado por Carlos el Calvo y Luis el Germánico y en el otro por Lotario I. Luis y Carlos vencieron. Se habló de un juicio de Dios que había «fallado» en contra de la idea del Imperio. En las negociaciones sobre la repartición del Imperio, que condujeron en agosto de 843 al tratado de Verdún, Lotario I pudo otra vez intervenir y hacer



prevalecer el principio de que cada uno debía recibir lo mismo. A Luis el Germánico se le adjudicó primeramente Baviera; a Lotario, Italia, la Provenza y una parte de Borgoña, y a Carlos el Calvo, Aquitania. Para el reino franco propiamente dicho, fue establecido un prolijo inventario de monasterios, sedes episcopales, condados y dominios reales. Luis recibió lo que más tarde fueron los países alemanes; Lotario, una franja intermedia que alcanzaba desde Frisia, por Colonia y Metz, hasta Suiza; y Carlos se adjudicó el Oeste. Fue el final del imperio de Carlomagno.

Al mismo tiempo se perfiló que la franja intermedia entre el Este y el Oeste tendría que permanecer siempre discutida. Sin duda, los hijos de Lotario conservaron la paz entre ellos. Luis II, rey de Italia, con el título de emperador desde la muerte de su padre en 855, da la impresión de que, precisamente por limitarse a su país, pudo dominar las tareas a él asignadas. Existe una serie de obras de arte raras y valiosas, procedentes de Lorena, que indica que también su hermano Lotario II fue un monarca enérgico. El tercer hijo, Carlos, rey de Provenza, no tuvo ningún motivo para abandonar aquel paraíso que le había correspondido.

Es característico de la larga época de reinado de Luis el Germánico que sus hijos, sobre todo Carlomán (fallecido en 880), le crearan unas inquietudes parecidas a las que él y su hermano habían causado a Luis el Piadoso. Luis el Germánico fue, entre los nietos de Carlomagno, el que más fácilmente se pudo comparar con el abuelo en energía y prudencia. Aunque residió larga y regularmente en sus dos palacios principales de Francfort y Ratisbona, evidentemente poseía poca sensibilidad para aquel esplendor real y cultural, en el cual solemos encuadrar las creaciones artísticas de la época. El único libro que poseía anteriormente, el salterio que lleva su nombre, lo hizo escribir fuera de su territorio de soberanía, en el monasterio de Saint-Omer, del norte de Francia. Pertenece a las vicisitudes trágicas de la historia que su hijo más capaz, Luis III el Joven, de Germania, languideciera y muriera ya en 882, después de un reinado de dos años comenzado con gran brillantez. Un tercer hijo, Carlos III el Gordo, al cual se le adjudicó una vez más todo el Imperio a causa del grave problema creado por los normandos, fue un hombre enfermo y perezoso, quizá también epiléptico, como uno de los hijos de Carlos el Calvo, entre los cuales no hubo ninguno que pudiera hacerse cargo de tarea histórica alguna. Solamente el hijo mayor de Carlos el Calvo, Luis II el Tartamudo —también, como dice el nombre, un enfermo—, llegó a reinar por dos años. El segundo ocupó a sus cronistas con sus ataques, que se tomaron como posesiones del demonio; el tercero, Carlomán, por su incomprensible sed de sangre y su rapacidad, que impulsaron a que su propio padre le hiciera cegar.

No fue una familia ni muy agradable ni muy ejemplar. Sus luchas históricas por la herencia fueron descritas por los cronistas durante setenta años detalladamente y han quedado como algo singular en la historiografía de la Edad Media. Tanto los partidarios de Luis el Piadoso —Thegan— y el llamado «Astrónomo», como más tarde los valedores de su hijo Luis el Germánico (*Anales de Fulda*) y de Carlos el Calvo (*Anales de St. Bertin*), expresaron su propia opinión. Con Nitardo tomó la pluma un nieto de Carlos. Con el paso de los años aumenta el distanciamiento de esos clérigos respecto al comportamiento de los príncipes carolingios, que corren a sangre y fuego a través de los países de sus hermanos y primos, queriendo conquistarlos, y que en su comitiva llevan una aristocracia de caballeros que carece de toda noción de las consecuencias económicas de aquellos estragos.

No puede decirse que a la estirpe le faltaran personalidades relevantes. Aun así, se dieron épocas de gobierno largas y enérgi-

cas en este Imperio, como aquella de Luis el Germánico en el Este (reinado de 840 a 876) o de Luis II en Italia (reinado de 855 a 875). Tampoco se pueden omitir los aspectos humanos de algunos de ellos, como en el caso de Lotario II, cuyo trágico conflicto matrimonial ocupó a los cronistas durante treinta años y llevó a su estado a la decadencia. No se aceptó a su amada concubina, de la que tenía un hijo, lo que le indujo a forzar a su esposa legítima a las más horribles autoacusaciones de una relación incestuosa con su propio hermano para poderse separar de ella.

La obra preciosa y única de su taller, el vaso de Susana, de Londres, podría por su tema estar en relación con las inculpaciones y juramento de descargo de la desgraciada reina. El corto periodo de reinado de este segundo Lotario se grabó tan profundamente en la conciencia del pueblo, que el reino intermedio durante toda la Edad Media llevó el nombre de «Lotaringia» (no por su padre, sino por él). Todavía hoy muchos estudiosos de la vida cultural usan esta palabra con agrado cuando hablan de su patria espiritual. También Aquisgrán pertenecía a ella.

Cuanto más se medita sobre el destino de cada uno de estos reyes carolingios, más claro se manifiesta que la familia, como conjunto, había sido abandonada por la suerte y había perdido con ello la medida de lo posible. Se entienden mejor los temores que se cernían sobre el Imperio cuando se aclara que en el decenio entre 875 y 885 murieron nada menos que ocho reyes carolingios: Luis II de Italia (875); Luis el Germánico (876); Carlos el Calvo, apenado a la vuelta de Roma (877); su hijo Luis el Tartamudo (879), a causa de un accidente de caza; el hijo de éste, Luis III, de dieciocho años (882), de una caída de caballo durante una aventura amorosa, sólo unos meses antes de la muerte de su primo y tocayo Luis el Joven, de Germania. Dos años antes murió su hermano mayor, Carlomán (880). Poco tiempo después murió, cuando aún no tenía veinte años, Carlomán de Francia (884). Sólo quedó el débil Carlos el Gordo (fallecido en 888), y en el reino del Oeste, después de él, Carlos el Simple (fallecido en 929), último nieto de Carlos el Calvo. La única figura de alguna categoría que intentó dominar las tareas insolubles en los dos últimos decenios, al menos en su parte del Imperio, fue el emperador Arnulfo de Carintia, en Ratisbona (fallecido en 899).

Si se piensa sobre el destino de estos príncipes, se hace patente que todos ellos, así como sus antepasados, tuvieron que entrar en campaña casi año tras año, pero la mayoría de dichas guerras fueron libradas entre los mismos francos. Apenas hubo



Los reyes encadenados (salmo 149). Salterio de Utrecht. Reims, h. 823.

ninguno de estos príncipes que pudiera disfrutar de la posesión continua de su herencia a lo largo de su vida. Es conocida la historia de las particiones de la herencia. Se repartió el Imperio en 843 en tres partes; en 870, entre Alemania y Francia, en dos; se reunió el conjunto nuevamente en 885 y se volvió a partir en 887, con lo cual entonces la parte central pasó al Este; en 911, a Occidente, y en 925, nuevamente al Este. Tuvieron que transcurrir siglos hasta que Francia pudiera volver a obtener una parte de su territorio lingüístico; y aún pasaron más siglos hasta que diversas provincias, de la franja de Norte a Sur, pudieran librarse de sus ataduras a uno de los estados principales. No se podía detener la fatalidad, y ya Nitardo, nieto de Carlomagno, lo advirtió al describir la guerra fratricida con palabras emocionadas. Una y otra vez intentó, al reseñarla, sustraerse de la lucha y limitarse a fomentar únicamente sus intereses culturales en el monasterio de Centula.

En un pequeño combate contra Pipino II de Aquitania, cayó Nitardo, en 844, al servicio de Carlos el Calvo. Cuando en el siglo XI fue trasladado de sepultura, se comprobó la ancha herida de espada que había recibido en medio de la frente. Suenan como cinceladas en una placa sus lamentaciones, con las cuales abre su relato en mayo del año 843: «En los tiempos del gran Carlos, de

feliz recuerdo, el cual murió hace casi treinta años, dominaba por doquier la paz y la concordia, puesto que el pueblo seguía el camino recto y, por tanto, el camino de Dios; pero ahora se ve desunión y lucha por todas partes, porque cada uno, tal como quiere, sigue un camino distinto. Y entonces había, en general, abundancia y alegría, pero ahora sólo existen la escasez y la tristeza» («tunc ubique abundantia atque letitia, nunc ubique poenuria atque mesticia») (*Los cuatro libros de historia*).

Un documento que testimonia esta situación vital es el libro más famoso de la época de Luis el Piadoso: el salterio de Utrecht. Es obra de un monje, artista tan genial como apasionado y perteneciente al mismo monasterio de Hauteville, junto a Reims, que fue también más tarde refugio y prisión de aquel gran poeta de la época, Godescalco. Este fue igualmente monje, aunque, al mismo tiempo, un espíritu revolucionario que se rebeló contra el estado monacal y la doctrina cristiana. El maestro del salterio de Utrecht dispuso de grandes modelos de la Antigüedad, pero los transformó completamente. Vemos al salmista en una disputa ininterrumpida con Dios, mientras se suceden en la Tierra todos los horrores que pueda imaginar la fantasía, y de los cuales dan cuenta las crónicas de la época. La inquietud más profunda se apoderó nuevamente de los hombres que bajo Carlos se habían sentido protegidos.

Se observa al salmista quejarse «de que su alma está llena de pesar y de que su vida se acerca al reino de los muertos». Triunfa porque los reyes de los paganos son conducidos atados (*salmo 149*) y se regocija en el *salmo 90* porque los malos son arrojados al abismo por Dios. En esta obra está tomado todo de antiguos modelos y, sin embargo, visto y vivido de modo completamente nuevo, penetrado de nuevas angustias y esperanzas que son extrañas a la Antigüedad y que determinarán repetidamente la sensibilidad de la Edad Media. De este modo se comprendía en un todo vital el tiempo propio, el destino humano y el mundo.

La guerra fratricida de los carolingios se sucedió bajo los ojos de las hordas de rapiña danesas. La capacidad descriptiva fracasa ante el intento de reseñar la catástrofe y el horror que sus ataques trajeron consigo. Durante siglos, dicho pueblo se había mantenido tranquilo. Los anglosajones tuvieron una gran sorpresa cuando por primera vez, el 8 de julio de 793, los barcos vikingos cruzaron delante de la costa inglesa y destruyeron los monasterios de Jarrow y Wearmouth, y más tarde (797), también Lindisfarne. El exceso de población fue el motivo de que grupos cada vez mayores de la juventud prefirieran la vida de vikingo a la



Lamentación de David desde el sepulcro (salmo 87). Ilustración del salterio de Utrecht, el libro más famoso de la época de Luis el Piadoso. Aunque inspirado en modelos antiguos, contiene la sensibilidad propia de la Edad Media. Reims, h. 823.



Universitätsbibliothek, Utrecht

Cristo lanza a los malos al abismo (salmo 90). Otra imagen del salterio de Utrecht. Refleja el estado de ánimo de unos hombres que bajo el reinado de Carlomagno se habían sentido protegidos, pero que durante el reinado de su hijo fueron presa de la inquietud y la angustia.

sedentaria. El pequeño oasis de tierra cultivable, que las generaciones anteriores habían descuajado de los espesos bosques que cubrían toda Dinamarca, ya no alcanzaba para el sustento de la población. Los hijos de los reyes asumieron el caudillaje.

Los vikingos, con experiencia de siglos en la construcción de barcos, desarrollaron flotas cada vez mayores. Desde poco después de la mitad del siglo IX existen testimonios de reuniones de más de setecientas unidades, con barcos de veinte a veinticinco metros de largo que eran impulsados por remos y velas y que podían transportar entre cuarenta y setenta guerreros. Hay que tener presente que las tripulaciones de dichos «principados del mar» procedían de los sombríos bosques y los salvajes acantilados del Norte. Sus únicas aptitudes eran la construcción de buques y la lucha, en la cual la pura ansia de matar podía reprimirse solamente por la codicia del botín. Lo duro de la vida en invierno había embotado también su sensibilidad contra rudezas que habrían sido insoportables incluso para las naturalezas más fuertes. Cuando se retiraban de un lugar, sólo quedaban ruinas humeantes, hedor de podredumbre y despojos desbaratados y espantosos. La nube sombría del terror penetró cada vez más profundamente en el reino franco durante todo el siglo XI.

Cuatro etapas se bosquejan en la evolución de los normandos desde piratas de las costas a conquistadores. En la primera, irrumpen aisladamente ante los monasterios y ciudades situados junto al mar, ambicionan un rápido botín y se vuelven cargados de tesoros y esclavos. Solamente en el territorio de la desembocadura del Escalda y del Rin se atreven a pasar un invierno ocasionalmente. Esta primera fase dura hasta la muerte de Luis el Piadoso, en 840.

En la segunda etapa, les vemos penetrar en los grandes ríos y apoderarse de ciudades importantes. Los territorios de las orillas del Sena, Loira, Garona, y también el Elba, son devastados; Nantes, París y Hamburgo, destruidas, y Bretaña, Aquitania y Frisia, saqueadas. Las velas de los normandos penetran cada vez más adentro de los cursos de los ríos. Los barcos empiezan a llevar consigo como botín caballos, que conducen a las tripulaciones rápidamente al interior del país. Cada vez más, los piratas de los ríos conocen el valor de los monasterios más aislados.

A la tercera fase, de 850 a 878, se le ha llamado la «marea normanda». En este momento cambian las campañas de rapiña por intentos de instalarse en parajes aislados durante periodos de tiempo más largos. Los caudillos normandos compiten unos con otros en el atrevimiento de sus ambiciosas empresas. Empezar

hazañas en países lejanos y desconocidos forma parte de la moral de los vikingos. El santuario nacional de los francos, Tours, es incendiado en 853. Se incluye a Italia en las operaciones. Pisa es quemada; Luna, que es confundida con Roma, es tomada y arrasada tras la ruptura de un tratado. Tales maniobras de fraude son, para los vikingos, muestras laudables de superior habilidad guerrera. Se tenía que vencer en astucia al enemigo. Parece ser que entre los caudillos normandos se llegó a un reparto de las provincias saqueadas. Existen normandos del Loira, normandos del Sena y normandos del Rin. En 863 fue saqueada Neuss, y en 865 incluso Orleans. Los reyes carolingios se ven obligados a entrar en negociaciones sobre tributos que siempre aseguraban por corto tiempo la tranquilidad de las diversas comarcas. En efecto, a causa de su nivel cultural, los caudillos normandos aún no eran capaces de entrar en trato alguno. Sus gentes desaparecían repetidamente en la lejanía del mar y después de pocos años volvían con nuevas multitudes para invadir y destruir otros lugares.

En las dietas de Carlos el Calvo se reunieron los nobles venidos de todas partes y expusieron sus quejas, como en 862 habían hecho en Pitres: «Nuestro país está despoblado por la devastación enemiga..., los habitantes del país son muertos o expulsados..., las iglesias y los pueblos están reducidos a cenizas.»

La cuarta y última fase está caracterizada por el establecimiento de un gran ejército entre el Rin y el Loira. Los lazos con la madre patria se abandonan ampliamente. Los caudillos normandos, cada uno por su lado, aspiran a la soberanía en territorios mayores. Desde 879 a 890 vemos a multitudes poderosas buscar el botín en nuevas comarcas. En noviembre de 880 caen Tongeren, Maastricht y Lieja, cuyo valeroso obispo no puede evitar que sea asesinada casi toda la población. A continuación son saqueadas Colonia, Neuss y Bonn. Aquisgrán se rinde sin lucha. La capilla de palacio sirve como establo para los caballos normandos. ¿Podía su caudillo recordar que uno de sus antepasados había ya amenazado con hacer tal cosa al mismo Carlomagno?

En diciembre llegó el turno a los ricos monasterios de las Ardenas, Malmedy y Stablo. Incluso el alejado Prüm, en el Eifel, fue saqueado y quemado totalmente. En abril de 882, Tréveris fue también tomada. Los normandos habían alcanzado el Mosela. Al llegar a Metz, emprenden el regreso, más por la abundancia del botín que por la resistencia encontrada. El país, en 892, estaba devastado de tal modo que el hambre misma forzó a los vencedores a volver a Inglaterra. Cuando uno de sus caudillos, Rollo,

regresó en 896, tuvo lugar el famoso tratado que condujo a la fundación de Normandía.

Los mismos contemporáneos reconocen que lo primero que hizo posible la victoria de los normandos fue la guerra fratricida de los nietos de Carlos. Cuando en 841, junto a Fontenay, los nobles francos se mataron entre ellos, se decidió ya el destino del reino franco, también en lo concerniente a la guerra con los normandos. «En dicha batalla —escribió Regino de Prün—, las fuerzas bélicas de los francos estaban tan minadas y su glorioso poder heroico tan debilitado, que en el futuro ni siquiera fueron capaces de proteger las propias fronteras.» Veinte años más tarde, Ermentario se lamentaba de las consecuencias de dicha guerra fratricida: «Se abandonó la vigilancia de las costas del océano, las guerras exteriores cesaron, las interiores se encendieron, se aumentó el número de barcos y la multitud de los normandos creció sin límites.»

En realidad, la guerra fratricida fue únicamente la primera de las tres causas de aquella fatalidad. La segunda hay que buscarla en el hecho de que ni el caudillaje franco ni la técnica de armas franca estaban preparados para la guerra rápida de movimiento de los barcos normandos. Allí donde querían, podían concentrarse con superioridad de fuerzas. La técnica defensiva en las ciudades y en los monasterios aún no estaba en la proporción adecuada al valor del botín. También políticamente la tarea sobrepasaba el horizonte de la aristocracia del joven imperio carolingio. Nos desconcierta esta cultura cuando nos enteramos de que los levantamientos de los campesinos para su defensa propia fueron sofocados por una nobleza para la cual cualquier movimiento independiente del pueblo era una atrocidad. Junto a la insuficiencia política y militar, aparece como tercera causa un debilitamiento de origen psicológico de la posición franca. Los hombres de la Iglesia describen los éxitos de los normandos como castigo por los pecados propios. Se reconocían culpables y, por tanto, condenados a aceptar el castigo humildemente.

Ya en 797, en la segunda invasión de los normandos y la destrucción de Lindisfarne, Alcuino puso ante los ojos del rey Ethelred, en una famosa carta, que el destino de aquellos brotes más antiguos de la cristianidad en Inglaterra —según las palabras del mismo escrito— sólo podía entenderse como castigo por los muchos pecados que el país había cargado sobre sí en los 350 años, en los cuales había vivido sin ataques enemigos de ningún género. ¿Cómo podía defenderse un pueblo del cual había desaparecido la fe en el propio derecho, junto con la esperanza en la

Wolfgang Braunfels, Munich



Medalla realizada por H. Domizlaff con motivo de la exposición «Carlomagno, su obra y su legado», realizada en Aquisgrán en 1965.

posibilidad de la victoria? La misma cristiandad enterró la voluntad de defenderse contra aquellos que eran mirados como paganos. La nueva alta cultura latina se mostró inadecuada para conducir a la solución de dichas tareas. El conjunto cultural no supo desarrollar formas de defensa que fueran coherentes con la magnitud de los peligros. El individuo debía sentirse lanzado, sin esperanzas, al infierno amenazante.

Se nos muestra así un espectáculo sobrecogedor. Igual que los osos hacen con los panales de las colmenas, así las hordas normandas destrozan un monasterio cultural tras otro, en cuyo empeño sólo parece inquietarles una cuestión: ¿destruirán o robarán, pasarán a cuchillo a los prisioneros o pedirán por ellos un rescate? Una parte de los monjes permanece allí y encuentra el martirio, mientras otros huyen a lugares más seguros con las reliquias de los santos, en las cuales han puesto toda su confianza.

Carlos el Calvo consiguió, por medio de nuevos puentes defensivos, bloquear algunos cursos de ríos, pero pronto los normandos aprendieron a superar aquellos obstáculos. Los cantores viajeros podían a veces hacer relatos de alguna brillante victoria de uno de los jóvenes carolingios. Los largos versos rimados de la «Canción de Luis», que describen la batalla de Luis III en 881, junto a Savcourt, son un ejemplo. Pero ninguno de estos reyes supo utilizar su éxito, y pronto surgieron nuevas hordas normandas que destruyeron el orden fugazmente restablecido.

¿En qué medida hubo de convertirse un paisaje en desierto para que la propia hueste vencedora se viera forzada a retirarse de los territorios famélicos hacia Inglaterra, como pasó en 892? El botín cultural, del cual se conservó muy poco, fue expuesto

también a las vicisitudes del destino. El *Codex Aureus* inglés, de Canterbury, pertenecía al botín que no fue destruido. Apenas quedaron centros que no fueran invadidos por las hordas normandas del Norte y del Sur, por los sarracenos del Mediterráneo y, finalmente, también por los magiares desde el Este —que en 862, por primera vez, amenazaron la frontera oriental de Baviera y no fueron vencidos y aniquilados hasta casi cien años más tarde por Otón el Grande, en el Lech, en 955—. Metz y Reims se encuentran entre los oasis de la cultura respetados, y también Corvey y Maguncia, y finalmente Reichenau. St. Gall pudo salvar igualmente en su isla libros y tesoros. Allí, en la zona montañosa, y casi sólo, continúa ardiendo hacia 900 la antigua llama, que brillaría nuevamente en otros centros después de 960.

En St. Gall, el monje y poeta Notker, al cual llamaban *balbulus* (el tartamudo), contaba en 883 al débil y enfermo bisnieto de Carlos, su homónimo, llamado «el Gordo», las hazañas de su gran antepasado. Describía la imagen de un hombre piadoso, recto y sabio, que creó un imperio con gloria resplandeciente, en el cual reinaron la paz y la felicidad. La fantasía popular extrajo durante siglos de la *Gesta Caroli*, de Notker, una imagen del héroe que ya en edad madura había aprendido a leer y escribir, que fomentó las escuelas y los monasterios y que dio a cada uno su derecho. Con este libro, Carlomagno salió de la historia para entrar en la mitología.

Barbarroja, que fue el primero en llamar a sus dominios el Sacro Imperio Romano le hizo elevar en 1165 al círculo de los emperadores santos. Sus huesos fueron colocados en un cofre de reliquias y elevados al altar de su iglesia en Aquisgrán. La corona que nunca había llevado y la espada que nunca había utilizado se convirtieron en los símbolos de un Imperio del cual nunca se había imaginado ser emperador. Realmente, sólo escribió el prólogo de una historia que siguió luego su curso en Francia, Alemania e Italia. Cuando Napoleón trataba de escribir el epílogo de esta historia con una referencia consciente y acentuada a «Charlemagne», era ya demasiado tarde para una unificación de Europa bajo un nuevo emperador. Solamente pudo tomar parte en el mito del gran Carlos, y este mito ha seguido siendo un concepto político hasta el siglo XX.

Cronología

- 714 Después de la muerte del mayordomo Pipino el Mediano, conquista el poder su hijo natural Carlos Martel.
- 732 Carlos Martel libra a Occidente de los árabes en las batallas de Tours y Poitiers.
- 741 Después de la muerte de Carlos Martel, el poder es repartido entre sus hijos Carlomán y Pipino.
- 742 2 de abril (?): Nacimiento de Carlomagno, hijo primogénito de Pipino.
- 747 Pipino se convierte en soberano único, tras la entrada de Carlomán en un convento.
- 751 Pipino desposee, con la aprobación del papa, al último rey franco de la dinastía merovingia y es consagrado rey de los francos.
- 754 El papa Esteban II pide a Pipino protección contra los lombardos. En la donación de Pipino, éste otorga al papa concesiones territoriales en Italia (origen de los estados de la Iglesia). El papa le nombra *patricius romanorum*. Carlos viaja para encontrar al papa en Saint-Maurice (Wallis). Primera titulación del que luego será emperador.
Pipino es coronado rey por el papa Esteban II en Saint-Denis.
Bonifacio, reorganizador de la Iglesia alemana, muere a manos de los frisonos paganos.
- 765 Pipino celebra en Aquisgrán las Navidades.
- 768 Tras la muerte de Pipino, Carlos y Carlomán se reparten el reino.
- 771 Muerte de Carlomán. Carlomagno se convierte en soberano único.
- 772 Comienzo de la guerra sajona.
- 773 A petición de Adriano I, Carlos somete el reino lombardo y, al año siguiente, se proclama rey.
- 778 Campaña infructuosa contra los musulmanes en España. Al retorno, Rolando cae en el combate de Roncesvalles.
- 785 Widukind se somete a Carlos.
- 786 Carlos comienza a hacer de Aquisgrán un centro monumental.

- 788 El duque Tasilón de Baviera, último duque de su dinastía, es depuesto.
- 791 Campaña contra los ávaros.
- 794 El sínodo de Francfort, reunido bajo la presidencia de Carlos, refuta los preceptos del concilio de Nicea (787) acerca del culto a las imágenes. Carlos adopta Aquisgrán como residencia. Esplendor cultural de la Corte desde 794 hasta alrededor de 830.
795. Fundación de la Marca Hispánica, la cual tiene su capitalidad en Barcelona, en 803.
Tras la segunda campaña contra los ávaros, se extiende la frontera hasta la llanura húngara.
- 799 El papa León III huye de Roma y pide a Carlos, en Paderborn, ayuda contra los romanos.
- 800 25 de diciembre: León III corona emperador, en Roma, a Carlos.
- 804 Final de la guerra sajona.
- 806 En previsión de su muerte, Carlos divide el imperio entre sus hijos Carlos, Pipino y Luis.
- 812 Carlos es reconocido por Bizancio como *basileus e imperator*.
- 813 Después de la muerte de sus hijos Carlos y Pipino, Carlomagno dispone que Luis sea tenido por coemperador. Luis se corona a sí mismo.
- 814 28 de enero: Carlos muere en Aquisgrán y es enterrado el mismo día en la capilla de palacio.
- 817 Luis el Piadoso coloca en Aquisgrán la corona imperial en la cabeza de su hijo Lotario, nombrado coemperador.
- 840 Luis el Piadoso muere en Ingelheim. Guerra entre sus hijos por la herencia.
- 843 Tratado de Verdún: el emperador Lotario I recibe Italia y una franja territorial al norte de los Alpes, desde el mar del Norte hasta Provenza; Carlos el Calvo, el Oeste, y Luis el Germánico, el Este.
- 881 Aquisgrán es devastada por los normandos.
- 925 La mitad septentrional del reino intermedio constituido en el tratado de Verdún (Lotharingien = Lorena) pasa al reino alemán del Este.
- 936 Otón I es el primer alemán coronado rey de Aquisgrán.
- 1000 El emperador Otón III hace abrir la cripta sepulcral de Carlomagno.
- 1165 29 de diciembre: Federico Barbarroja hace proclamar santo a Carlomagno en Aquisgrán.

Testimonios

Esta sección de nuestra Biblioteca de Grandes Biografías se presenta aquí de forma desacostumbrada. El lector comprenderá, sin embargo, por qué nos hemos apartado del esquema usual. El procedimiento adoptado permite mejores resultados que los que proporcionaría acudir a una diversidad de testimonios sueltos.

No existe otra figura en la historia de Occidente que haya centrado mitos, leyendas y creaciones poéticas tan reiterada y persistentemente como Carlomagno. Su figura ha quedado caracterizada en ocasiones por la pretensión de las diferentes generaciones que han vivido en Alemania, Francia e Italia — así como de las más variadas orientaciones políticas o partidos confesionales— de servirse de ella para sus fines políticos o repudiarla por la misma causa. De esta suerte, los testimonios resultan más elocuentes acerca de las concepciones políticas de sus autores que sobre la significación real de Carlomagno. Esto sirve también para el primer biógrafo, Eginhardo, cortesano de Carlomagno, que presentó su figura, unos veinte años después de la muerte del emperador, como imagen ideal de un soberano. El mismo criterio debemos aplicar a los años del III Reich alemán, cuando Alfred Rosenberg le califica de «exterminador de sajones» y habla de que «sojuzgó la religión de la raza nórdica». Pocos años más tarde, tras la victoria hitleriana sobre Francia, se convertía a Carlomagno en el primer configurador del ordenamiento de Europa por la Gran Alemania.

Es sorprendentemente grande el número de personalidades que han manifestado sus opiniones sobre Carlomagno. Eneas Silvio Piccolomini, Lutero, Maquiavelo, Calvino, Bossuet, Leibniz, Montesquieu, Voltaire, Justus Möser, Herder, Friedrich Schlegel, Hegel, Ranke, Sybel y Döllinger figuran en ese elenco. Lutero y Maquiavelo le condenaron por su alianza con el Papado. Calvino le defendió por su prohibición de las imágenes. Bossuet vio en él el precedente de los reyes franceses y de Luis XIV; para Voltaire, era casi un delincuente que había destruido todas las libertades a causa de la confabulación entre el trono y el altar.

Entre estas actitudes polémicas se encuentran los esfuerzos desarrollados desde el siglo XVI, en orden a representar objetivamente la obra de su vida partiendo de las fuentes históricas, trabajos que corrieron a cargo más bien de diligentes eruditos que de espíritus brillantes y destacados. Hasta después de 1945 no cabe situar el éxito de los afanes por establecer una imagen objetiva de Carlomagno. En tal empeño se situaron, sobre todo, en Francia, Robert Folz; en Bélgica, F. L. Ganshof; en Austria, Heinrich Fichtenau; en Alemania, Percy Ernst Schramm, Heinz Löwe, Helmuth Beumann, Joseph Fichtenau, Arno Borst y otros eruditos.

En el proceso de elaboración de la imagen del emperador se pueden distinguir seis etapas, aun cuando en ninguna de las épocas la imagen haya sido unitaria. Las simplificaciones extremadas dejan siempre de lado las investigaciones reales.

1. *Transfiguración.* En la época de la decadencia, y a continuación de la disolución del Imperio de Carlomagno, la imagen de éste fue idealizada. Tal empeño empieza con la *Vida de Carlomagno*, de Eginhardo, hacia 830, y continúa en los *Cuatro libros de la Historia*, del nieto de Carlomagno, Nitardo, que alcanzan hasta 841, llegando a la cúspide en el de Luis el Tartamudo, *Historia de Carlomagno*, hacia 885.

2. *Poetización.* Carlomagno constituye uno de los temas más frecuentes, tanto en la literatura francesa como en la alemana, desde el siglo XI hasta el XV. Este proceso comenzó con la *Chanson de Roland*, cuyo auténtico héroe era el emperador, y con la imitación alemana de la misma, el *Rolandslied*, que escribió en Ratisbona, en 1170, un sacerdote llamado Conrado, por encargo de Enrique el León, el cual descendía de Carlomagno y se sentía deudor de él en el sentido político. El momento de la redacción hizo que la leyenda de Carlomagno se convirtiese en una epopeya de las Cruzadas. Las numerosas narraciones en verso sobre el tema culminaron en el *Karlmeinet*, epopeya de 35.656 versos, del siglo XIV, que recopilaba prácticamente todas las leyendas anteriores. La actitud espiritual de estas poesías aclara el relato de la *Chanson de Roland* sobre el grave pecado de Carlos: Rolando sería hijo del emperador, nacido de su incestuosa unión con su hermana Berta; por consiguiente, Rolando había de expiar la culpa de su padre mediante la muerte.

3. *Actitudes partidistas.* En los siglos XV y XVI la figura de Carlos fue sacada a colación, tanto por parte francesa como por la alemana, para respaldar reclamaciones fronterizas. El reino francés, sobre todo, vio en él un precedente de su actitud política. Comenzó entonces la polémica acerca de la nacionalidad y del idioma de Carlomagno. En la época de la Reforma y de las guerras de religión, las creencias religiosas de Carlomagno constituyeron el punto de mira principal del interés respecto de su persona, centrándose las investigaciones en su relación con el Papado, la querrela de las imágenes, la misión en tierra de sajones y los tribunales represivos en materia religiosa que perseguían los delitos contra la ortodoxia.

4. *Traslación a lo ideológico.* En 1681 el obispo Bossuet comparó a Carlomagno con Luis XIV. Con Carlos empezó, según Bossuet, la historia de la monarquía francesa. Por medio de sus conquistas extendió por todo Occidente el cristianismo y el reino de Dios, otorgó al Papado el poder temporal, fomentó la cultura y aseguró el orden del Estado. En 1748, Carlos se transmutó, para Montesquieu, en un monarca constitucional que limitó el poder de la nobleza y defendió la libertad del pueblo. Voltaire le negó, en 1754, estos méritos. Para la Ilustración, el emperador aparecía como el fundador de una Edad Media tenebrosa y el dominador de millones de esclavos cristianos que reprimía todos los impulsos en favor de la libertad.

5. *Historia nacional.* Para Leopoldo von Ranke, Carlomagno fue «el realizador de la Historia Universal», a la vez que el monarca que dio «la conciencia de nacionalidad» a Alemania, Francia e Italia. El discípulo de Ranke, Giesebrecht, confrontó en 1855 la grandeza de la época imperial alemana fundada por Carlomagno con el fraccionamiento de poder de su propio tiempo. Carlos habría sido el primer soberano «que se elevó a grandes ideas políticas por encima de las limitaciones de la nación alemana». En 1860 escribió Georg Waltz que Carlomagno había hecho posible «que el pueblo alemán contara con un gran futuro». Al soberano fundador de la historia nacional alemana se le perdonó el baño de sangre de Verden, aun cuando no faltó quien opinase que no había necesidad política de semejante atrocidad.

6. *«Exégesis de las fuentes».* Anotaremos dos citas escogidas de entre el cúmulo de manifestaciones recientes que se esfuerzan en una rigurosa objetividad científica. Al autor del segundo fragmento debemos el estudio del cambiante juicio acerca del emperador, que ha servido de base para el presente resumen.

«La imagen que el nombre de Carlomagno suscita en la mayoría de nosotros es la de un vigoroso hombre de Estado y un victorioso conquistador que integró en el reino franco la mayor parte de la Europa central y oriental. Si nos apartamos de esta imagen, corremos el peligro de subestimar la significación de la obra política y militar de Carlomagno, con tanto mayor motivo cuanto que, treinta años después de su muerte, se disgregó la unidad de la monarquía franca, y aunque subsistió la dignidad imperial adquirida en las Navidades de 800, se perdió la sustancia de la misma. Sin embargo, si retornamos a aquella noción, se nos muestra de nuevo la amplitud de la obra que ejecutó este gran unificador de pueblos y países. Con la conquista del país sajón, la sumisión de Baviera y su reunión con Franconia, Suabia y Turingia bajo su dominio, comenzó la génesis de Alemania. Si Carlomagno no hubiera completado la conquista de Septimania y el sometimiento de Aquitania —ambos comenzados por su padre con vigor—, se habría disuelto probablemente su vinculación con los países de densa población franca del norte del Loira. Francia no habría sido lo que ha sido» (François L. Ganshof: *Karl der Grosse. Werk und Wirken*. Aquisgrán: 1965).

«¿Por qué la serie de investigaciones sobre Carlomagno apenas ha alcanzado un punto culminante, ni ha obtenido ningún progreso? ¿Por qué cada generación empieza desde cero a vivir su experiencia con el tema de Carlomagno? La ciencia histórica dispone de suficientes maestros relevantes para establecer con la firmeza de lo clásico la grandeza y las limitaciones de las figuras históricas consideradas tanto en detalle como en perspectiva. ¿Por qué Carlomagno no ha encontrado a su maestro? La respuesta a nuestra opinión de conjunto es sencilla. Carlomagno estableció los fundamentos de aquella historia en pos de la cual se esfuerza hasta hoy la historia moderna de Europa: la historia de las comunidades europeas y de las singularidades nacionales, del ordenamiento estatal y de la estructura social, de la moralidad cristiana y la cultura antigua, de la tradición vinculante y de la libertad seductora. Las cosas que en la época de Carlomagno estuvieron juntas no pueden reunirse ya hoy, puesto que los fragmentos han seguido su crecimiento. El historiador que quiere hacer justicia al pasado, pero que, al mismo tiempo, desea señalar los resultados que ha dejado hasta la actualidad, tendrá especiales dificultades en aquella zona donde la continuidad viva de la actuación y, con ella, la innovación duradera sean más intensas. Dispondríamos de una imagen clásica de Carlomagno si contáramos con un impecable tríptico: la obra propia de Carlos, sus consecuencias históricas y nuestro juicio histórico sobre ellas» (Arno Borst: «La imagen de Carlomagno en la ciencia histórica desde el humanismo hasta hoy», en *Carlomagno. La posteridad*. Düsseldorf, 1967).

Bibliografía

- BAKER, S. P.: *Carlomagno y los estados unidos de Europa*. Barcelona, Iberia, 1944.
- BOUSSARD, J.: *El siglo de Carlomagno*. Madrid, Guadarrama, 1968.
- BRAUNFELS, W.: *Karl der Grosse, Leben, Werk und Nachleben*. Düsseldorf, Schwan, 1965. 4 vols.
- DELPERRIÉ DE BAYAC, J.: *Carlomagno*. Barcelona, Aymá, 1977.
- HALPHEN, L.: *Carlomagno y el imperio carolingio*. México, UTEHA, 1955.
- LAMB, H.: *Carlomagno. La leyenda y el hombre*. México, Grijalbo, 1955.
- PERROY, É.: *Le monde carolingien*. Paris, SEDES, 1974.
- PIRENNE, H.: *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza, 1981.
- TESSIER, G.: *Charlemagne*. Paris, Albin Michel, 1967.
- VV. AA.: *La Europa carolingia*. Barcelona, Noguer, 1975.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



CARLOMAGNO

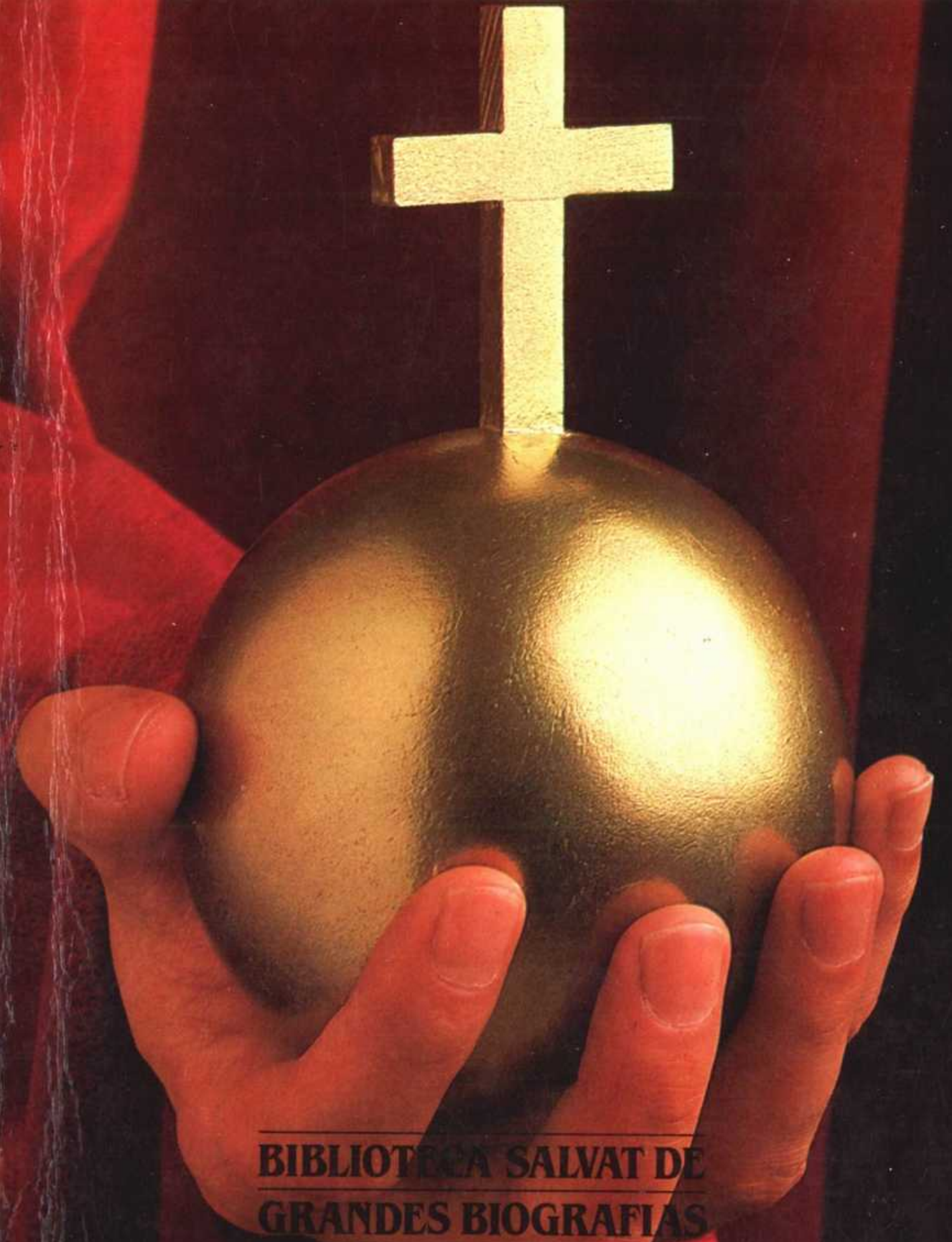
No existe otra figura en la historia de Occidente que haya suscitado tantos mitos, relatos heroicos e interpretaciones interesadas como la de Carlomagno. Por ello, no es exagerado afirmar que el emperador del "insigne pueblo de los francos", que consiguió unir bajo un mismo reino buena parte de Europa, ha sucumbido como personaje histórico bajo el peso de su propia leyenda.

En estas páginas, el profesor alemán Wolfgang Braunfels, autor de numerosas investigaciones sobre el imperio y el arte carolingios, plantea una recuperación de la verdadera imagen de Carlomagno y de su entorno a través de un cuidadoso estudio y valoración de las principales fuentes historiográficas.

CARLOMAGNO Wolfgang Braunfels

CARLOMAGNO

WOLFGANG BRAUNFELS



BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

